ESTUDIOS
INTERNACIONALES

AMERICA LATINA ¿clase media de las naciones?

Obra editada
bajo la dirección de

FRANCISCO ORREGO VICUÑA

Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile

Instituto Chileno de Estudios Humanisticos

AMERICA LATINA: ¿CLASE MEDIA DE LAS NACIONES?

— Opciones frente a países industrializados y el Tercer Mundo —

ESTUDIOS INTERNACIONALES

Colección dirigida por el

INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

EL INSTITUTO DE
ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

es un centro de enseñanza superior
e investigaciones en el ámbito
de las relaciones internacionales,
en sus aspectos políticos, jurídicos,
económicos, sociales e históricos.
Imparte docencia en posgrado
en la Universidad de Chile y
coopera con otras instituciones
académicas

Dirección: Calle Condell Nº 249. Santiago 9. Chile
Dirección Postal: Casilla 14187. Sucursal 21. Santiago, Chile
Dirección Cablegráfica: INTERACADEMIC. Santiago, Chile
Teléfonos: 42940 – 258249

AMERICA LATINA: ¿CLASE MEDIA DE LAS NACIONES?

Obra editada bajo la dirección de

FRANCISCO ORREGO VICUÑA

PUBLICACION CONJUNTA DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y DEL
INSTITUTO CHILENO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS

TALLERES GRAFICOS CORPORACION
Santiago de Chile

Esta obra reúne los estudios presentados
al seminario sobre este tema,
organizado conjuntamente por el
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE y el
INSTITUTO CHILENO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS,
realizado en Puerto Varas, Chile,
entre el 25 y el 30 de noviembre de 1978

Tanto el referido seminario como la
Publicación de esta obra han contado con el auspicio de la

FUNDACION KONRAD ADENAUER,
de la República Federal de Alemania

Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile
Instituto Chileno de Estudios Humanísticos

Inscripción Nº 49.756
Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en los Talleres Gráficos Corporación
Santiago, Chile

INDICE

Presentación 11
WILLY OTTEN

Introducción 13
RAMON DOWNEY Y FRANCISCO ORREGO VICUÑA

Las alternativas de América Latina como clase media de las naciones 15
FRANCISCO ORREGO VICUÑA

Reflexiones sobre América Latina 36
GABRIEL VALDES SUBERCASEAUX

La integración de América Latina como instrumento de acción internacional 49
FRANCISCO VILLAGRAN KRAMER

El surgimiento de las potencias medias latinoamericanas y su rol internacional 52
EDGARDO MERCADO JARRIN

The emerging role of Japan in the framework of a new relationship with Latin America 56
CHIHIRO HOSOYA

Cuba's Castro and Africa's castration: a case-study in micro-dependency 69
ALI A. MAZRUI, LEMUEL JOHNSON AND ROVAN LOCKE

La lucha por la autonomía e identidad de las potencias asiáticas: experiencias para América Latina 87
WALTER SANCHEZ GONZALEZ

La relación entre América Latina y el Pacífico Sur 104
FRANCISCO ORREGO VICUÑA

Cooperación horizontal entre América Latina y otras regiones del tercer mundo 107
GUILLERMO PERRY R.

El diálogo Norte-Sur: una visión latinoamericana 121
LUCIANO TOMASSINI

Un rol latinoamericano en el Nuevo Orden Internacional: la crisis de valores y estrategias 139
GUSTAVO LAGOS Y HERALDO MUÑOZ

América Latina en el sistema de estratificación internacional . 154
MANFRED WILHELMY von W.

Programa del Seminario 159

Nómina de participantes 161

COLABORARON EN ESTE VOLUMEN:

CHIHIRO HOSOYA. Profesor de Relaciones Internacionales e Historia Diplomática en la Facultad de Derecho de la Universidad de Hitotsubashi, Tokio, Japón. Presidente de la Asociación Japonesa de Relaciones Internacionales.

LEMUEL JOHNSON. Originario de Sierra Leona, colabora actualmente con el Centro de Estudios Afroamericanos y Africanos de la Universidad de Michigan, Ann Arbor.

GUSTAVO LAGOS. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

ROVAN LOCKE. Originario de Jamaica, colabora actualmente con el Centro de Estudios Afroamericanos y Africanos de la Universidad de Michigan, Ann Arbor.

ALI A. MAZRUI. Originario de Kenya, colabora actualmente con el Centro de Estudios Afroamericanos y Africanos de la Universidad de Michigan, Ann Arbor.

EDGARDO MERCADO JARRIN. Presidente del Instituto Peruano de Estudios Geopolíticos y Estratégicos. Ex primer ministro y ex canciller del Perú.

HERALDO MUÑOZ. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

FRANCISCO ORREGO VICUÑA. Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

GUILLERNO PERRY. Director de la Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo, Bogotá. Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional de Colombia.

WALTER SANCHEZ. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

LUCIANO TOMASSINI. Consultor de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas.

GABRIEL VALDES SUBERCASEAUX. Administrador regional para América Latina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Ex canciller de Chile.

FRANCISCO VILLAGRAN KRAMER. Vicepresidente de la República de Guatemala y Presidente del Consejo de Estado.

MANFRED WILHELMY von W. Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo, Universidad Católica de Valparaíso.

PRESENTACION

Los problemas y perspectivas que representa la inserción de América Latina en el sistema internacional han comenzado a adquirir importancia en el plano del análisis académico y de la elaboración intelectual, tanto en centros e instituciones de la región como de fuera de ella. Este es un signo positivo que ilustra la importancia de las relaciones internacionales en el mundo contemporáneo y la manera cómo las diferentes regiones de la comunidad internacional perciben y definen su vinculación con ese sistema.

Particular importancia adquiere este análisis en el caso de América Latina, región que mucho ha contribuido al desarrollo del sistema internacional y ha mantenido una larga tradición de vinculación con todos sus segmentos y actores. América Latina se encuentra en la posición única de compartir valores y tradiciones con el mundo occidental y de identificarse en importantes áreas del desarrollo y otros planos con el Tercer Mundo, lo que hace de todo estudio un factor atractivo y estimulante por la variedad de alternativas que se presentan.

Con este motivo, la Fundación Konrad Adenauer se complace de de haber patrocinado la iniciativa conjunta del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, destinada a convocar un seminario internacional que permitiese el inicio de un pensamiento colectivo sobre esta vasta problemática. Los resultados de este encuentro son los que se reúnen en el presente volumen.

La fundación confía en que el inicio de este diálogo y sus primeros resultados que hoy se publican contribuyan a estimular un amplio debate intelectual sobre un área de estudio, que no sólo es de trascendencia para América Latina sino también para el conjunto de la comunidad internacional.

WILLY OTTEN

Delegado de la Fundación
Konrad Adenauer en Chile.

INTRODUCCION

Ramón Downey
Presidente del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos
Francisco Orrego Vicuña
Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile

Desde hace algún tiempo, la posición relativa que ocupa América Latina como región dentro de la comunidad internacional ha venido siendo objeto de preocupación. Por una parte, se observa un sostenido mejoramiento de la situación latinoamericana en cuanto se refiere al proceso de desarrollo e industrialización, ubicándose la región entre las más avanzadas del mundo en desarrollo. Pero por otra parte, también se observa un deterioro casi sistemático de su rol político internacional, particularmente en cuanto se refleja en las organizaciones internacionales y en el proceso de decisión política internacional.

Si bien el fenómeno ya ha sido observado con suficiente claridad, no ha sido todavía racionalizado a cabalidad para comprender sus causas y orígenes y, sobre todo, para poder apreciar qué representa en términos de tendencias y proyecciones futuras. La configuración de un cuadro de esta naturaleza es indispensable para que se puedan diseñar las estrategias apropiadas de acción y, sobre tal base, permitir una conducción regional acorde con las realidades en que se desenvuelve América Latina.

Uno de los primeros esfuerzos de racionalización de este fenómeno fue publicado por el editor de esta obra en la Revista Estudios Internacionales bajo el título "Las alternativas de América Latina como clase media de las naciones". En dicho ensayo se sostenía en síntesis que la situación de América Latina era comparable a la de una clase media dentro de una sociedad nacional, con todas las ventajas y desventajas, pugnas y limitaciones que ello conlleva, incluyendo las posibles opciones y alianzas que ese sector podría pactar con otros sectores relevantes de la sociedad.

Como todo primer esfuerzo, él sólo constituía una primera aproximación al problema, suscitando más interrogantes que respuestas y, desde luego, requiriendo de todos los perfeccionamientos metodológicos y sustantivos del caso. Sin embargo, permitió despertar un interés activo por la discusión del problema y la consideración de sus complejas variables y enfoques.

Sobre esta base fue que el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, conjuntamente con el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, convocaron a un Seminario para discutir

el tema: **América Latina: ¿clase media de las naciones?**, que se realizó en Puerto Varas, Chile, entre el 25 y el 30 de noviembre de 1978. El seminario contó con el auspicio de la Fundación Konrad Adenauer, República Federal de Alemania.

Este Seminario, cuyos trabajos y presentaciones se reúnen en el presente volumen, discutió intensivamente la vinculación de América Latina con la comunidad internacional y las opciones que la región tiene frente a las naciones industrializadas y a los países del Tercer Mundo. Así se discutió, además de la problemática general de América Latina como clase media, el rol emergente del Japón en el marco de una nueva relación con América Latina, los problemas de la descolonización en Africa y su comparación con el caso latinoamericano, las perspectivas de la relación latinoamericana con la región Asia-Pacífico, la cooperación horizontal entre América Latina y el Tercer Mundo, la redefinición de las relaciones de América Latina con los centros de poder internacional en el marco del diálogo Norte-Sur, el surgimiento de las potencias medias latinoamericanas y el rol latinoamericano en un Nuevo Orden Internacional.

Igualmente el Seminario analizó diversos modelos de estudio de las perspectivas del futuro, cuyas presentaciones estuvieron a cargo del Council on Foreign Relations de Nueva York y de los dos institutos organizadores.

El resultado de este esfuerzo colectivo ha contribuido a enriquecer notablemente el análisis de esta problemática, agregando numerosos elementos de juicio, particularmente en cuanto a la comparación de experiencias, todo lo cual ha permitido identificar el marco de los problemas existentes y ubicarlos en la dimensión que sugiere la realidad. A la vez, este primer esfuerzo permitirá la continuación de un ejercicio permanente de estudio destinado a interpretar la realidad y la perspectiva de América Latina con el rigor intelectual y la amplitud de visión que la región requiere y necesita.

LAS ALTERNATIVAS DE AMERICA LATINA COMO CLASE MEDIA DE LAS NACIONES

Francisco Orrego Vicuña

UNIDAD Y DIVERSIDAD CON EL TERCER MUNDO: PERCEPCIONES Y PROBLEMAS

En los últimos años comienza a ser frecuente el planteamiento de que América Latina habría pasado a desempeñar el rol de una clase media en la sociedad internacional contemporánea, a la luz de las tendencias del desarrollo y de sus estructuras socioculturales.[1] No forma parte de la élite de naciones industrializadas, pero en una medida importante aspira a la imitación de sus formas de vida y modelos de desarrollo. Comparte con el Tercer Mundo aspectos sustantivos de la problemática del desarrollo económico y social y ha estructurado dentro de este marco los mecanismos básicos de la acción conjunta, pero a su vez difiere en cuanto a la intensidad de esa problemática, al tratamiento de intereses específicos y a las tradiciones ideológico-culturales.[2]

Los fuertes lazos tradicionales occidentales de los segmentos dirigentes de las sociedades latinoamericanas, y en ocasiones de su propio pueblo, han determinado vínculos históricos, religiosos, políticos y de otra índole que tiene una clara influencia en las orientaciones domésticas e internacionales de la región. Por otra parte, las vinculaciones con el Tercer Mundo son relativamente recientes, originándose en la posguerra y principalmente a partir de la década de 1960.[3]

[1] En términos del Producto Nacional Bruto per cápita (1973), América Latina registra 644 dólares, en comparación a 214 de Africa y 125 de Asia meridional y oriental. Sin embargo, Asia occidental registra una cifra de 650 dólares, similar a la de América Latina. Esto último posiblemente explique que el fenómeno de actitud de clase media no sea único de América Latina. Para las cifras comparativas, UNCTAD: Estudio sobre el comercio internacional y el desarrollo 1975. TDB 530 Add. 1, Rev. 1, 1976. Cuadro XXI, p. 41.

[2] Felipe H. Paolillo: "La Estrategia del Tercer Mundo. Apuntes sobre la solidaridad de los países en desarrollo en su lucha internacional por reivindicaciones económicas". En Francisco Orrego Vicuña (ed.): **Derecho Internacional Económico**, Vol. II, Fondo de Cultura Económica, 1974, especialmente pp. 323-328.

[3] Para el proceso de vinculación con el Tercer Mundo, véase Alberto Van Klaveren S.: **Las relaciones entre América Latina y los Estados Uni-**

En los hechos de la vida internacional, y particularmente en las grandes conferencias negociadoras, América Latina en ningún momento ha abandonado su unidad esencial con el Tercer Mundo. Sin embargo, también es efectivo que ha adoptado actitudes menos radicales y más abiertas que la de otros países, explorando en muchos casos las alternativas que pudieran llevar a un entendimiento. Es esta actitud la que ha hecho emerger una imagen de América Latina como puente entre tendencias contrapuestas. [4]

Ejemplos de lo anterior pueden encontrarse en UNCTAD IV, en relación a la moratoria de la deuda del mundo en desarrollo, [5] en la Conferencia del Derecho del Mar respecto de algunas de sus negociaciones, [6] en la actitud menos militante de Ecuador y Venezuela dentro de la estrategia de la OPEP, [7] en determinadas votaciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas y en otros casos, pero que no son tan numerosos como en principio pudiera creerse.

Esta actitud latinoamericana encuentra su razón de ser en una variedad grande de causas, probablemente diferentes para cada país y para cada caso. En ocasiones obedece a relaciones típicas de dependencia, en que la presión o el temor a enemistarse con una gran potencia impone la moderación. En otras oportunidades obedece a un genuino convencimiento en consideración a los méritos del problema. A veces responde también a alineamientos ideológicos. En muchos casos se relaciona con intereses concretos que se trata de salvaguardar mediante una posición cautelosa. En no pocas oportunidades se origina en el desconocimiento de los intereses nacionales reales que cabría proteger. Tampoco debe excluirse el prejuicio que a veces existe res-

---

dos. De la idea del hemisferio occidental al Tercer Mundo, Tesis Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, 1976. (No publicada.)

[4] Para un análisis de esta alternativa, Ibíd., pp. 655-662, con particular referencia a las concepciones de Janio Cuadros.

[5] Véase la vaga resolución de UNCTAD IV sobre **Problemas de la deuda de los países en desarrollo.** TD/RES/9 (IV), 10 de junio de 1976.

[6] Francisco Orrego Vicuña: **Las políticas latinoamericanas sobre el derecho del mar. Perspectivas de un acuerdo general de transacción,** Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, Serie de Publicaciones Especiales, Nº I, 1975.

[7] Véase, por ejemplo, la declaración del Embajador representante de Venezuela en la OEA, en el sentido de que la política internacional de su país no está dirigida a utilizar el petróleo como instrumento de confrontación o retaliación. Acta de la sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la OEA, 20 de enero de 1975, OEA, Ser. 6. CP/Acta 150/75, 20 de enero de 1975, p. 8.

pecto del país o la persona que lidera una iniciativa en relación a la cual se establece la actitud de moderación o de no compromiso.

Por lo mismo que las causas son muy variadas, resulta difícil generalizar. Así como existen ejemplos de determinadas actitudes de moderación, hay también una impresionante lista de materias en que los países latinoamericanos han adoptado posiciones de alineamiento total con el Tercer Mundo, muchas de las cuales se han originado en iniciativas concretas de la región, según se examinará más adelante. No obstante ello, no puede dejarse de reconocer la existencia de diferencias entre América Latina y el Tercer Mundo, que son las que tenderían a confirmar el rol de América Latina como clase media internacional. También debe tenerse presente que en ocasiones los países latinoamericanos se abstienen de evidenciar su posición de apertura para evitar así roces políticos con el Tercer Mundo, pero en su intimidad pueden guiarse por una orientación diferente lo que en definitiva repercute en el resultado final del proceso en cuestión.

Cualquiera sea la causa o la intensidad de este fenómeno, el hecho concreto es que, al ser percibida América Latina como puente entre tendencias contrapuestas, se generan consecuencias de importancia para la región, favorables algunas y desfavorables otras. En la perspectiva del Tercer Mundo, un primer tipo de reacción lleva a que América Latina sea mirada con algún grado de recelo, al percibírsela en una actitud menos militante o en cierto entendimiento explícito o implícito con naciones que no forman parte de este bloque. Ello es válido respecto de los entendimientos con las naciones industrializadas occidentales, y también comienza a serlo respecto de entendimientos con el bloque soviético. Pero, por otra parte, la actitud latinoamericana también despierta en el Tercer Mundo ciertas reacciones de aceptación, particularmente cuando la iniciativa de que se trata ha tenido su origen en algún país de la región. Muchas veces la única manera de llevar un planteamiento a resultados concretos es mediante fórmulas de transacción, lo que el Tercer Mundo acepta y practica. Además hay otros países del Tercer Mundo que comparten igual actitud de moderación, lo que hace que la posición latinoamericana no sea única ni aislada.

En la perspectiva de las naciones industrializadas, las consecuencias se plantean en términos similares. Hay quienes ven en la actitud latinoamericana el puente que puede llevar a soluciones mutuamente aceptables. También hay quienes ven en ello la posibilidad de mostrar al Tercer Mundo dividido y aprovechar este factor para su propia estrategia. Pero, al mismo tiempo, hay naciones industrializadas que cuestionan la conveniencia de una actitud latinoamericana como la que

se viene describiendo y prefieren buscar las posibles soluciones con aquellos países que aparezcan como los más genuinos representantes del Tercer Mundo, representación que muchas veces se mide equivocadamente en función del grado de militancia desplegado.

Dentro de este complejo marco de relaciones es que cabe preguntarse sobre algunos problemas básicos. En primer lugar, debe averiguarse sobre las alternativas y opciones que tiene una clase media para la materialización de sus objetivos, y en función de ello, determinar los tipos de alianza que caben. En segundo lugar, y sobre la base de lo anterior, es que puede explorarse el problema de quién es el beneficiario de una actitud de moderación. Finalmente, debe plantearse la eventual compatibilidad entre alianzas múltiples. Todo ello permitirá apreciar las alternativas disponibles para América Latina y sus implicaciones para el sistema interamericano.

CONCIENCIA, CONSOLIDACION Y PODER: OBJETIVOS REGIONALES

El problema del rol político de una clase media en una sociedad nacional es de suyo complejo, dando lugar a una serie de opciones alternativas en diferentes coyunturas históricas. En el caso de una sociedad internacional como la actual, las opciones se plantean en términos similares.

Un primer aspecto fundamental es el determinar qué grado de conciencia tiene una clase media acerca de sus derechos y aspiraciones, acerca de sus objetivos como clase y acerca de las posibles estrategias para lograrlo. Si se trata de una clase media incipiente o relativamente débil, ese grado de conciencia es mínimo y difuso. En tal caso, normalmente el rol político de esa clase es manipulado por la élite que detenta el poder, principalmente el poder económico. Por el contrario, si se trata de una clase media bien estructurada, de amplia penetración en la sociedad, tendrá normalmente una clara percepción de sus objetivos políticos, económicos y sociales y, en tal caso, lejos de ser manipulada por la élite, es la propia clase media que establece las alianzas que le convengan para alcanzar sus objetivos.

La medición de este aspecto en América Latina tampoco es susceptible de una fácil generalización. Hay, desde luego, países que no tienen ninguna identificación con el fenómeno de la clase media internacional, y cuyo alineamiento es incuestionablemente tercermundista, lo que es claramente observable en los países de reciente independen-

cia.[8] Hay también países cuya identificación es muy incipiente y, por tanto, su grado de conciencia menor, situación que normalmente se observa en aquellos países cuya propia estructura interna es dominada por élites. Pero al mismo tiempo otro núcleo considerable de países, particularmente aquellos que cuentan con importantes estructuras de clase media nacional, han logrado una percepción y conciencia clara de sus expectativas en el ámbito internacional.[9]

Estos últimos países son los que han ido asumiendo cada día en forma nítida un rol de liderazgo en el contexto latinoamericano y proyectando ese rol en el ámbito de las relaciones internacionales, como consecuencia de su mayor claridad en los objetivos a lograr.[10] Incluso algunos, entre ellos, vienen afirmando su identificación con un nuevo rol internacional desde fines del siglo XIX, lo que les ha otorgado una importante experiencia histórica en este plano.[11] Esta experiencia, percepción y liderazgo, es la que explica que hayan sido los países latinoamericanos los que propusieran la gran mayoría de las iniciativas importantes de reforma del sistema económico internacional a partir de la Segunda Guerra Mundial, aspecto que se examinará más adelante.

De esta manera, no obstante las diferencias que registra la región en cuanto a su grado de conciencia individual, el conjunto de planteamientos y percepciones que ha logrado desarrollar son indicativos de un proceso de identificación ya establecido en lo fundamental y cuyo grado de maduración y amplitud va en aumento.

El segundo aspecto fundamental que surge en torno al rol político de una clase media es, una vez establecido el grado de conciencia necesario, cuáles son los objetivos prioritarios que desea alcanzar. En este plano, dos son las etapas claramente distinguibles. La primera es el objetivo de consolidar la posición social a que aspira, principalmente en términos de ingreso, bienestar, educación, posición social y otros factores. Esta es la etapa en que América Latina se encuentra en la

[8] Para muchos efectos, las naciones del Caribe insular encuentran una mayor identificación con el bloque africano que con la región latinoamericana. Seis naciones del Caribe participan en la Convención de Lomé con la CEE. Sobre la desvinculación histórica de América Latina con el Caribe, Carlos Martínez Sotomayor: **El Nuevo Caribe. La independencia de las colonias británicas**, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974, especialmente pp. 332-343.

[9] Véase Carlos Pérez Llana: "¿Potencias intermedias o países mayores? La política exterior en Argentina, Brasil y México", Estudios Internacionales, Nº 29, enero-marzo, 1975, pp. 47-105.

[10] Celso Lafer y Félix Peña: **Argentina y Brasil en el sistema de relaciones internacionales**, Buenos Aires, 1972.

[11] Véase Francisco Orrego Vicuña: **La participación de Chile en el sistema internacional**, Santiago, 1974. Para el caso de Argentina, Brasil y México, Pérez Llana, loc. cit., nota 9 supra.

actualidad, caracterizada por la constante reivindicación de su desarrollo económico y de sus expectativas de bienestar.

La segunda etapa a que se hace referencia es aquella en que, simultáneamente con la consolidación de la posición social, se inicia un proceso destinado a desplazar a la élite de su posición dominante en el poder, político y económico, o al menos a exigir algún grado de participación. Esta es ciertamente la etapa más compleja de todo el proceso de la clase media, por cuanto normalmente involucra situaciones muy disímiles, que van desde conflictos internos en la propia clase media hasta conflictos internos en la élite, desde alianzas parciales hasta confrontaciones parciales o generales y desde incorporaciones selectivas a la élite hasta desplazamientos totales, según las circunstancias en que se dé el proceso y según el grado de rigidez o flexibilidad del sistema.

Aun cuando, como se expresó, América Latina se encuentra en la primera etapa, ya hay también indicios que permiten apreciar que el inicio de la segunda etapa no se encuentra distante, particularmente en cuanto algunos países de la región ya aspiran, y parcialmente participan, en un rol de poder relativo en la sociedad internacional.[12] En consecuencia, las dos etapas mencionadas irán desarrollándose en forma simultánea en los próximos años, pues en la misma medida en que progresa la consolidación de un rol latinoamericano se irá vializando su reclamación de poder internacional.

ELITISMO Y PROLETARISMO: OPCIONES PARA UNA ALIANZA

En función de los anteriores objetivos, surge el tercer aspecto fundamental del rol político de una clase media: las alianzas que ésta puede pactar para el logro de sus objetivos. Probablemente ésta sea la cuestión más importante de todo el problema, por cuanto la clase media siempre requerirá de algún tipo de alianza para consolidarse y alcanzar el poder, pues por más influyente que pueda ser su peso en la sociedad, normalmente no es suficiente para producir por sí mismo los cambios buscados. Por otra parte, el espectro de alianzas posibles es enorme y dependerá de las propias percepciones de la clase media, así como la percepción de aquellos sectores con los cuales se procura la alianza. Al mismo tiempo, en esta etapa del proceso es donde suelen ocurrir conflictos dentro de la clase media, pues sus diferentes

[12] Este sería principalmente el caso de Brasil. Véase en general, Celso Lafer: "Una redefinición del orden mundial y la Alianza Latinoamericana. Perspectivas y posibilidades". Estudios Internacionales, Nº 31, julio-septiembre 1975, pp. 42-58.

segmentos podrán inclinarse por distintas alianzas, dando así lugar incluso a estrategias diversificadas.

Dentro de un esquema social relativamente flexible y abierto, que permita razonablemente cambios sin confrontación, la primera inclinación de la clase media ascendente será probablemente la de buscar su alianza con la propia élite. Ello es particularmente cierto cuando la clase media imita las formas de vida de la élite y aspira a ser en alguna medida considerada parte de la misma, o cuando media una cierta afinidad cultural con esa élite. La factibilidad de esta alianza dependerá principalmente de la reacción de la élite. Si ésta accede a viabilizar la consolidación de la clase media y a compartir con ella el poder, lo que en definitiva involucra el renunciar a la posición de élite cerrada y aceptar la difusión del poder, la alianza puede prosperar y producirse una readaptación pactada. Por el contrario, si la élite rechaza el acomodo buscado y rigidiza el sistema, esa clase media intentará sus alianzas alternativas.

El segundo tipo de alianza que la clase media tiene disponible es con el sector proletario de la sociedad, con el cual puede estructurar acciones comunes que tiendan al desplazamiento de la élite en beneficio de ambos sectores, aun cuando normalmente cada uno de ellos mantendrá sus propias aspiraciones en forma relativamente individualizada. La factibilidad de este esquema dependerá en gran medida del grado de conciencia que ese sector proletario tenga en sus propias aspiraciones, en consecución de las cuales podría movilizar su acción en alianza con la clase media. [13]

En principio cabría pensar en la posibilidad de que si el grado de conciencia del sector proletario es grande, pudiera emprender por sí mismo un proceso reivindicatorio que se dirigiera tanto en contra de la élite como en contra de la clase media, desplazando a ambas de su situación relativa al poder. Sin embargo, la experiencia histórica demuestra que, dándose una clase media bien estructurada, la acción proletaria directa normalmente es ineficaz para el logro de ese propósito. En ausencia de una clase media la situación es ciertamente diferente. De esta manera, la mayor conciencia proletaria no es un obstáculo para la eventual alianza con la clase media y, por el contrario, la hará más viable.

Frente a este segundo tipo de alianza, la manera como el cambio buscado se lleve a la práctica también dependerá en principio de la reacción de la élite. Si el sistema se mantiene abierto y flexible, el cambio en cuestión puede materializarse sin confrontación. En cam-

[13] Para un análisis de los problemas de conciencia de clase, movilidad social y relaciones con las élites, Raymond Aron: La lutte de classes, Gallimard, 1964. Especialmente capítulos XIII, XIV y XV.

bio, si el sistema es rígido y la élite decide mantener su poder como fuere, el proceso puede desembocar en el enfrentamiento violento o directamente en la vía revolucionaria.

DISCRIMINACION ECONOMICA Y CONFLICTO POLITICO CON LA CLASE MEDIA

En el plano de las alianzas, América Latina se muestra hasta ahora en una actitud de exploración. En el hecho la llamada actitud de "moderación" no es más que una actitud de exploración pues, como se verá, ante el fracaso de una alianza siempre se ha optado por otra alianza, sin comprometer el interés regional. Como consecuencia de sus tradiciones occidentales, la primera opción ha sido la de buscar una alianza con la élite occidental en la esperanza de consolidar su posición deseada y de compartir en alguna medida su poder. La imitación de las formas de vida y de los modelos de desarrollo, así como eventuales afinidades ideológicas, han sido también factores influyentes en este proceso.

Sin embargo, la viabilidad de esta opción está aún lejos de poder ser comprobada. Desde luego, la reacción de la élite occidental no es clara ni uniforme frente a una posible alianza con la clase media de América Latina. En casos selectivos, pareciera haber alguna intención de apertura destinada a acomodar el interés de la clase media ascendente y de incorporarla al circuito de poder. El entendimiento brasileño-norteamericano podría corresponder a esa intención. De la misma manera, la actitud de moderación que han asumido los países nórdicos frente a las posiciones de la élite a que pertenecen, pareciera indicar una identificación con los planteamientos de la clase media internacional, produciéndose así un cierto encuentro con la posición latinoamericana. [14]

No obstante esos y otros ejemplos, cuyo significado exacto tampoco resulta claro, la tendencia general de la élite más bien se inclina a resistir las reivindicaciones latinoamericanas y a buscar formas de cooperación con aquellos sectores del Tercer Mundo a quienes más se teme por su mayor radicalismo o por su mayor influencia numérica en determinados foros internacionales como UNCTAD o las Naciones Unidas. La discriminación de la Comunidad Económica Europea en contra del comercio latinoamericano [15] y el decreciente porcentaje de

[14] Posiciones de esta naturaleza se han evidenciado recientemente en UNCTAD IV y en la Conferencia sobre el Derecho del Mar.

[15] Véase Aldo Ferrer: "Relaciones económicas entre la Comunidad Económica Europea y América Latina", **Estudios Internacionales**, No 24, octubre-diciembre 1973, pp. 3-42.

la ayuda externa de las naciones desarrolladas, que afecta particularmente a América Latina,[16] son algunos indicadores, entre muchos otros, que muestran la falta de acomodo de esa clase media por parte de la élite. Incluso, la creciente discriminación en contra de América Latina se fundamenta, precisamente, en el argumento de que su mayor desarrollo relativo le permitiría solucionar sus problemas sin la cooperación prioritaria de las naciones industrializadas.[17]

El problema es todavía más complejo, pues si a la reacción económica de la élite se agrega su reacción política, se podrá observar que incluso el vínculo ideológico de América Latina resulta un tanto mítico. En efecto, no obstante que la mayoría de los gobiernos militares en América Latina invocan como su principal razón de ser la defensa de los valores occidentales, este argumento no es objeto de la menor atención por parte de la élite occidental, que percibe la defensa de sus valores de una manera radicalmente diferente. De ahí que la afinidad política de hecho no existe entre la élite y un sector importante de América Latina. En consecuencia, mal podría servir de fundamento a la materialización de una alianza, aun cuando, como se verá, tampoco significa necesariamente un obstáculo.

De esta manera, América Latina se encuentra enfrentada a las vicisitudes típicas de una clase media que aún no ha logrado consolidar su posición y carece, por tanto, de un poder de negociación decisorio. Esta situación se caracteriza por un cierto grado de abandono y es particularmente manifiesta en períodos de crisis económica, como los que vienen caracterizando a la comunidad internacional en la presente década. Por una parte, la élite goza del poderío suficiente para mantenerse relativamente al margen de la crisis, o al menos para paliar sus efectos. Por otra parte, el sector proletario es objeto de una atención preferente para ayudarle a paliar los efectos de la crisis a su respecto. Resulta así que es la clase media la que recibe el impacto directo y sufre las consecuencias sin más paliativos que los que ella misma pueda proporcionar. Cabe observar que este fenómeno no sólo es el fruto de la posición de la nueva élite petrolera, como queda demostrado por los criterios de distribución de los fondos de asistencia de OPEP.[18]

[16] Cuadernos de la CEPAL: Las evaluaciones regionales de la estrategia internacional de desarrollo, Santiago, 1975, p. 15.

[17] Para una discusión sobre la necesidad de concentrar la asistencia para el desarrollo en los países de menor ingreso de la comunidad internacional, Charles R. Frank and Mary Baird: "Foreign aid: its speckled past and future prospects". En Bergsten y Krause (editors.): World Politics and International Economics, Brookings, 1975, pp. 133-167.

[18] Entre los países que recibieron asistencia de los países de OPEP, en 1974, sólo se incluyen dos de América Latina: Argentina y Honduras. Véase The OECD Observer, Nº 74.

LA ALTERNATIVA DEL TERCER MUNDO: EL ROL FORMADOR DE AMERICA LATINA

Desde el momento en que la opción de la alianza con la élite parece no llevar a los resultados esperados, al menos hasta ahora y al menos para las expectativas de la región en su conjunto, América Latina ha mantenido abierta su opción de alianza con el sector proletario, esto es, con el Tercer Mundo en el pleno significado de esta expresión. En el hecho es ésta la opción que se viene perfilando con más claridad en los últimos años y la que explica que América Latina, no obstante eventuales diferencias conyunturales o ideológicas con el Tercer Mundo, en todo momento se haya mantenido dentro del esquema de acción de este bloque y, más todavía, haya puesto especial cuidado en no aparecer como un factor divisorio, incluso en momentos en que su propia conveniencia haya estado en juego.

Así como el entendimiento brasileño-norteamericano pudiera ser indicativo de una alianza selectiva con la élite, hay muchas otras manifestaciones individuales y colectivas de la búsqueda de la alianza efectiva con el Tercer Mundo. Entre ellas pueden mencionarse, a título de ejemplo, la acción de México en torno a la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, la acción de Venezuela en la OPEP, la creciente participación en el movimiento de los no alineados, la posición latinoamericana en el nuevo orden económico internacional y la actividad de la región en el seno del Grupo de los 77. Incluso desde el punto de vista político e ideológico este fenómeno comienza a ser perceptible, como puede apreciarse, también, entre otros ejemplos, en la posición latinoamericana frente al **apartheid** y en el creciente contacto entre los regímenes nacionalistas latinoamericanos y otros de similar naturaleza del continente africano y asiático.

La viabilidad de esta otra opción ha demostrado ser más expedita, no sólo por las manifestaciones concretas que se acaban de indicar sino, especialmente, por la manera como se ha venido gestando el proceso de cooperación entre América Latina y los demás sectores del Tercer Mundo. En primer lugar, América Latina desempeñó un rol clave en el proceso de descolonización de la década de 1960, lo que produjo una identificación histórica con las nacientes naciones africanas y otras, en la cual se fundamentan importantes lazos de cooperación actual, como la vinculación entre América Latina continental y el Caribe insular o como la política argentina y brasileña en el Africa, entre otros casos.

Más significativo aún es el hecho de que el grado de conciencia adquirido por vastos sectores del Tercer Mundo acerca de sus derechos y expectativas ha sido el fruto de la acción latinoamericana en esos sectores y de un largo proceso de explicación y convencimiento,

iniciado en el seno de las Naciones Unidas y proyectando a UNCTAD, los organismos financieros internacionales, las conferencias especializadas y muchos otros foros. Cabe incluso recordar que la propia creación de la Organización de la Unidad Africana y de otros organismos regionales, como el Banco Asiático, ha sido asistida por figuras latinoamericanas. De esta manera, la indispensable conciencia proletaria de cuya existencia depende la factibilidad de una alianza de la clase media, fue estimulada por América Latina durante varias décadas. Hoy día esa conciencia está suficientemente desarrollada como para hacer viable la alianza en cuestión.

Este proceso de formación de conciencia internacional viene siendo protagonizado por América Latina desde hace años. Como se adelantaba, las principales iniciativas de reforma del sistema internacional a partir de la Segunda Guerra Mundial encuentran su origen en los países latinoamericanos. Las iniciativas de reforma comercial planteadas con ocasión de la creación del GATT y posteriormente desarrolladas en el seno de este organismo, la subsecuente creación de UNCTAD, el cuestionamiento de los sistemas de asistencia para el desarrollo, la creación de mecanismos como CIPEC y OPEP, la temática del control de las empresas transnacionales, la concepción de la soberanía permanente sobre los recursos naturales, el nuevo derecho del mar, y en general la constante advertencia sobre el drama del desarrollo son, entre muchísimos otros, ejemplos de una acción latinoamericana que sentó las bases para la reestructuración del sistema económico internacional, en cuyo contexto surgió la concepción del nuevo orden económico y del diálogo Norte-Sur.

Por otra parte, como también se indicaba, el fenómeno de una clase media internacional no sería exclusivo de América Latina, pues también hay otros países que en alguna medida comparten esta perspectiva. Ello viene a contribuir todavía más a la factibilidad de una estrecha alianza con el Tercer Mundo, por cuanto sus bases podrán encontrar raíces en diferentes regiones y no sólo en América Latina.

Los próximos años serán ciertamente los decisivos en este proceso de materialización de las opciones de América Latina. Las tendencias actuales y, sobre todo, el hecho de que la élite mantenga una rigidez política y económica en el sistema internacional, determinarían que América Latina consolide su alianza con el Tercer Mundo. Desde luego, esta alianza ya está claramente concertada al nivel de los postulados generales y sus correspondientes marcos de acción, quedando solamente pendiente su concertación al nivel de los compromisos específicos, que es el plano donde hasta ahora se observan diferencias de

interés y estrategias.[19] Sin embargo, para los efectos de la efectividad de una alianza de esta naturaleza, este último problema no reviste tanta importancia, pues, como se explicaba, en este tipo de esquemas cada clase y cada sector mantiene la individualidad de sus aspiraciones, pero las enmarca dentro de una acción común destinada al logro de sus objetivos de consolidación y de participación en el poder.

La reacción de la élite frente a una alianza de esta naturaleza, que representa un poder considerable, es hoy día imposible de predecir. Existe la posibilidad de que abra el sistema y busque un acomodo pacífico sobre la base de reconocer la nueva estructura de poder internacional, pero ello no parece fácil pues involucra renunciar a la actual posición dominante, con todas sus consecuencias. Existiría incluso la posibilidad de que la élite perciba desde hoy el alcance del problema y proceda a una apertura gradual. En tal caso, América Latina podría mantener activas sus opciones alternativas, consolidando posiciones con la élite en la medida de la apertura y presionando con la acción común del Tercer Mundo el logro continuo de sus correspondientes objetivos. Como se explicará más adelante, esta alianza múltiple sería la preferida por América Latina. Sin embargo, en el diálogo Norte-Sur, que es la ocasión apropiada para producir esa apertura gradual o parcial, no se observa hasta ahora ningún síntoma en este sentido, excepto quizás en algunas manifestaciones aisladas de la posición francesa.[20]

De no producirse en el momento apropiado algún grado de apertura, lo probable es que el proceso desemboque en formas de confrontación, como consecuencia de la rigidez del sistema y de las correspondientes frustraciones que ello genera. En tal alternativa, no cabe destacar ni el ejercicio de la represión a nivel internacional por parte de la élite ni tampoco el paso del Tercer Mundo a la vía revolucionaria, que es concretamente la hipótesis en que se fundamenta la política exterior china y la que quizá explica la creciente identificación de este último país con el Tercer Mundo.

DIFERENCIACION Y UNIVERSALIDAD DE LOS BENEFICIARIOS DE LA CLASE MEDIA

Las anteriores observaciones permiten llegar a algunos elementos de juicio para apreciar el problema de quién es el beneficiario de la actitud de América Latina como clase media internacional. En primer

[19] Véase Paolillo, loc. cit., Nota 2 supra. También Marcelo E. Aftalión: "Poder negociador latinoamericano", **Revista de la Integración, Nº 18,** enero 1975, pp. 7-52.

[20] Véase, por ejemplo, las informaciones relativas a la Conferencia franco-africana de Bangui, República Centro-Africana, 7-8 de marzo de 1975, **Keesing's Contemporary archives,** 1975, pp. 27-49.

término, el solo hecho de que América Latina tenga una clara conciencia de sus aspiraciones y busque la consolidación de su posición y de su participación en el poder, es por sí mismo, independientemente de sus resultados, un elemento beneficioso para la región. Ello permite evitar el manipuleo de la clase media por la élite que se produciría de no existir esta conciencia o de ser ella incipiente. Además, el hecho de que América Latina haya logrado proyectar su conciencia a otros sectores importantes del Tercer Mundo, que así han percibido sus propios intereses, ha sido fundamental para establecer la amplia plataforma de reivindicaciones y las bases para la reestructuración del sistema internacional. De esta manera, la presencia del fenómeno de la clase media no ha beneficiado a la élite, que habría podido desempeñarse más fácilmente sin esa conciencia progresiva de los demás sectores.

Otro elemento de juicio importante surge en torno al problema de las alianzas de la clase media. Si la élite percibe con inteligencia y sentido de continuidad las implicaciones de las reivindicaciones de la clase media, buscará asociarla e incorporarla en alguna medida. En este caso, será su propia forma de vida y su propio modelo de desarrollo el que resultará fortalecido mediante su expansión y aceptación por otros sectores de la sociedad. Incluso, la porción de poder que se pueda perder en intensidad será compensada por la difusión de ese poder en una mayor extensión. Concretamente, si América Latina fuera asociada por la élite el resultado probable sería un fortalecimiento del modelo de vida occidental y de sus esquemas de desarrollo, no sólo por extenderse al ámbito latinoamericano sino principalmente por la mayor defensa que este modelo tendría frente a formas alternativas, por el efecto mostración que ello produciría y por el hecho de que los esquemas del Tercer Mundo perderían proporcionalmente su impacto. Desde este punto de vista, habría un claro beneficio para la élite y para su nuevo aliado. No obstante, como se verá, ya es tarde para una alianza sustitutiva del esquema del mundo y quizás sólo cupieran tipos de alianza complementaria.

Sin embargo, suele suceder que la élite reaccione con la arrogancia y la soberbia del poderoso, despreciando las pretensiones de una clase media ascendente y aferrándose a las posiciones paternalistas propias de una clase cerrada. En tal alternativa, la clase media opta por las alianzas que se han descrito, con los demás sectores de la sociedad. Cualquiera que sea el beneficio que resulta de esta última opción, él no quedará radicado en la élite. Por lo que se ha explicado anteriormente, éste pareciera ser el caso a que se ve enfrentada América Latina. Si así fuere, el beneficio de la opción quedará radicado en el espectro de las aspiraciones del Tercer Mundo.

Debe también tenerse presente que no siempre el tipo de alianza que la clase media estructure, y la consiguiente radicación del bene-

ficio, depende de las reacciones y actitudes de la élite. Muchas veces median factores, principalmente políticos e ideológicos, que influyen más en la opción de la clase media que las reacciones de la élite, y que pueden dificultar o imposibilitar una alianza con esta última aun cuando tuviese una actitud favorable. A la luz de las diferencias políticas que se señalaron entre la élite occidental y sectores importantes de América Latina, este factor no puede dejar de tomarse en cuenta en las alternativas de alianza de la región. Lo mismo es válido para las diferencias políticas con la élite socialista.

Hay todavía otra perspectiva en que debe analizarse el problema del beneficio de una actitud de clase media: la perspectiva de la sociedad en su conjunto. Como se ha indicado anteriormente, cualesquiera sean las alianzas de una clase media, su sola existencia introduce un factor de relativa estabilidad en la sociedad, haciendo más viable el cambio pacífico y reduciendo las posibilidades de confrontación violenta. No siempre las coyunturas históricas permiten este rol estabilizador ni la exclusión del enfrentamiento, pero ciertamente la clase media proporciona un margen de mayor tolerancia social que la que se encuentra en su ausencia.

En este sentido, en la medida en que América Latina consolide su rol de clase media podrá contribuir a la estabilidad del sistema internacional. Ello no significa que la estabilidad deba confundirse con el **statu quo**, pues equivaldría a abandonar su posición reivindicatoria, que no es el caso. Se trata simplemente de maximizar la posibilidad de cambio pacífico y no violento, aspecto que tiene la mayor importancia para quienes todavía creen en la potencialidad de la cooperación internacional como alternativa de la violencia generalizada.

EL SISTEMA INTERAMERICANO: PUGNA, ACOMODO Y FRUSTRACION

El proceso de clase media internacional que se viene describiendo ha tenido un claro reflejo en las alternativas históricas y presentes del sistema interamericano, a la luz de las relaciones entre Estados Unidos como élite o potencia de cúpula y América Latina como clase media en vías de consolidación. Históricamente, el sistema interamericano ha respondido a los intereses y estrategias de los Estados Unidos, razón por la cual ha proyectado en lo fundamental la reacción de la élite frente a las aspiraciones de América Latina.[21]

[21] Van Klaveren, op. cit., Nota 3 supra. Para un examen de la literatura reciente. Gordon Connell Smith: "Latin America in the foreign relations of the United States", Review Article, Journal of Latin American Studies, Vol. 8-1, may 1976, pp. 137-150.

Durante el largo período histórico que se extiende desde la formulación de la Doctrina Monroe hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, América Latina fue una región de conciencia incipiente o menor en lo que respecta a sus derechos y aspiraciones. El grado de conciencia fue ciertamente en aumento progresivo durante este período, pero no llegó a la maduración necesaria como para inducir un cambio de actitud en la élite. Como consecuencia, durante esta etapa el sistema interamericano sirvió de instrumento a la élite para manipular a la región en función de los intereses políticos y económicos de la primera. La Doctrina Monroe, la idea del hemisferio occidental, las primeras conferencias panamericanas, la política del "big stick" y otras muchas manifestaciones respondieron a esta idea.

Sin embargo, desde los primeros momentos hubo indicios de una conciencia latinoamericana que permitía percibir los intereses de la región de una manera diferente. La fría o directamente adversa reacción con que fue recibida la Doctrina Monroe, la reticencia de Argentina y Chile ante las primeras conferencias panamericanas, los intentos de establecer sistemas de comercio preferencial entre las naciones latinoamericanas y la protesta creciente en contra de la política intervencionista son algunos ejemplos de ello. Cuando esta conciencia comenzó a generalizarse, aun en su período de incipiencia, se produjo el primer cambio significativo en la actitud de la élite, dando paso a la política del Buen Vecino.

La política del Buen Vecino fue un primer intento de acomodo de las aspiraciones políticas de la región, que después de su correspondiente evolución y luego de agregársele todo el esquema de seguridad colectiva, en el cual la élite tenía un especial interés, llegó a plasmarse en la Carta de Bogotá de 1948 y en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947. Sin embargo, el equilibrio que estos instrumentos reflejaban en el plano político era sólo aparente. Desde la década de 1930 la conciencia latinoamericana había comenzado a preocuparse de los intereses económicos de la región, aspecto que la Carta de la OEA recogió sólo de manera subsidiaria. De esta forma una parte sustancial del interés latinoamericano no fue objeto de acomodo en este período.

A partir del término de la Segunda Guerra Mundial, la presión latinoamericana en torno a la temática del desarrollo pasó a ocupar la primera prioridad. Los problemas del financiamiento del desarrollo, la expansión comercial, la integración económica y otros figuraron en forma constante en los planteamientos latinoamericanos de la época. La reacción de la élite fue generalmente adversa, rechazando las pretensiones de esa clase media emergente. Basta recordar la reacción de los Estados Unidos frente a la iniciativa latinoamericana de crear el Banco Interamericano, o la muy adversa reacción que recibió la iniciativa de proceder a la estructuración de esquemas de integración eco-

nómica. Frente al rechazo de la élite, América Latina inició de manera sistemática su vinculación con el Tercer Mundo y concertó con él su acción, dando prioridad al foro de Naciones Unidas por sobre el del sistema interamericano. Entre otros resultados de esta estrategia, se incluye la creación de UNCTAD.

El único político norteamericano contemporáneo que comprendió las implicaciones del surgimiento y reivindicación latinoamericana, fue el Presidente Kennedy. Como su nombre lo indica, la "Alianza para el Progreso" fue el único intento serio de llegar a una alianza entre la élite y la clase media para ayudarla a consolidar su posición y, sobre esta base, permitirle una participación en el poder internacional. América Latina recibió con entusiasmo esta apertura de la élite y por primera vez las estructuras del sistema interamericano se adecuaron para acomodar el interés de la región. Pero este pacto de consolidación moriría con Kennedy.

Las administraciones que siguieron en los Estados Unidos dejaron languidecer la Alianza y finalmente la proclamaron oficialmente muerta. Ello no se debió tanto a la sangría económica y moral de la guerra de Vietnam, sino a un radical cambio de concepción del Gobierno norteamericano. Lo que había comenzado a ser una posición de élite abierta en el marco de un sistema flexible, volvió a constituirse en una élite cerrada dentro de un sistema rígido. De esta manera, inevitablemente se volvería a una concepción paternalista de la comunidad internacional, en armonía con los otros centros de poder de la élite industrializada, en el marco de un esquema pentagonal. El propio sistema interamericano regresó a su histórica modorra burocrática. En este contexto, las reformas de la Carta de la OEA de 1967, que plasmaban los postulados de la alianza, venían a recoger una realidad ya inexistente.

La consiguiente frustración latinoamericana se tradujo, como era de esperar, en la búsqueda intensiva de la alianza alternativa con el Tercer Mundo en todos los foros internacionales, proceso que, como se indicó, ya ha sido exitoso al nivel de los postulados y marcos de acción y que paulatinamente progresa al nivel de los intereses específicos. Es difícil predecir qué habría sucedido en este plano si acaso la Alianza para el Progreso se hubiese mantenido como esquema de consolidación; probablemente, la cooperación de América Latina con el Tercer Mundo hubiese continuado desarrollándose en términos similares, pues de hecho venía gestándose con anterioridad a la propia Alianza, pero lo que también es probable es que su tónica habría sido diferente pues se habría desarrollado dentro de un sistema caracterizado por la flexibilidad de la élite y, por tanto, con una amplia perspectiva de cooperación y acomodo pacífico. En tal sentido, el nuevo orden económico y el diálogo Norte-Sur podrían haberse caracterizado, no por un enfrentamiento cada día más áspero, sino por una concertación de intereses cada día más viable.

Como resultado de esta evolución de las relaciones interamericanas, América Latina ha pasado a ser una región del mundo dentro de la política global de los Estados Unidos, sin prioridad especial e incluso con una prioridad menor que la de otras regiones más conflictivas o más necesitadas comparativamente.[22]

Por tal razón, el sistema interamericano mismo ha perdido importancia tanto para una parte como para la otra. Ocasionalmente surgen iniciativas para buscar nuevas formas de entendimiento, pero todas ellas han fracasado al no darse las bases fundamentales para la concertación de una nueva alianza. Ejemplos de estas iniciativas son el Consenso de Viña del Mar o el nuevo diálogo interamericano, que no han conducido a ningún resultado. En cambio, las evidencias de la pérdida del interés en el sistema son abundantes, como lo revelan las dificultades del BID en obtener nuevas apropiaciones de fondos, la disminución de la cuota presupuestaria de los Estados Unidos en la OEA, el fracaso de la Comisión Especial para reestructurar el sistema interamericano, las sugerencias de que se supriman los fondos especiales de la OEA o los planteamientos de que Estados Unidos se retire de la organización regional, entre muchos otros ejemplos.

A lo anterior es necesario agregar todavía la creciente pugna política en las relaciones hemisféricas, particularmente en relación a los regímenes militares del cono sur, a Panamá y a los gobiernos más militares del Caribe insular. Cualesquiera sean las causas de esta pugna, que van desde los derechos humanos hasta la cuestión del Canal y la vinculación con Cuba, ella revela un grado de hostilidad no despreciable, que se va acentuando con las sucesivas enmiendas parlamentarias en los Estados Unidos. El hecho concreto es que ello obstaculiza adicionalmente las posibilidades de un nuevo esquema de cooperación o de revitalización del sistema interamericano, mientras no varíen las concepciones de fondo.

De esta manera, mientras en América Latina van surgiendo más regímenes nacionalistas, que son percibidos por la élite como la reencarnación del fascismo, esta última va avanzando en asociación con las naciones industrializadas en su concepción de cosmopolitismo, que a su vez es percibida por América Latina como una nueva y suprema

[22] Sin embargo, las declaraciones oficiales continúan destacando la idea de una "relación especial". Véase **Declaración del Secretario de Estado de los Estados Unidos sobre el tema de cooperación para el desarrollo**, Asamblea General de la OEA, VI período ordinario de sesiones, OEA/Ser. P. AG/ COM. III/doc. 5/76, 9 de junio de 1976.

expresión del imperialismo moderno.[23] Se llega así a un proceso político de identificación de los nacionalismos del Tercer Mundo, paralelo a la consolidación de las élites dentro del cosmopolitismo.[24] Sin embargo, como se examinará, en el marco de una nueva concepción este mismo fenómeno podría alcanzar dimensiones enteramente diferentes.

En lo que concierne a las relaciones interamericanas, este proceso podría llevar ciertamente a acentuar las diferencias entre América Latina y los Estados Unidos y, por ende, a hacer cada día más difícil la concertación de una alianza. En esa misma medida el sistema interamericano va perdiendo su fuerza, su eficacia y hasta su justificación en los términos en que se le ha concebido hasta hoy día.

LAS ALTERNATIVAS DE UNA ALIANZA: PRAGMATISMO, NACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO

En forma simplista podría llegarse a la conclusión de que, ante tales tendencias, el sistema interamericano estaría condenado a desaparecer. Pero esa conclusión sería tan ajena a la realidad como sostener que el sistema cumple hoy un rol fundamental. Una característica esencial de las relaciones internacionales es que sus procesos no se dan en blanco y negro, admitiendo muchas tonalidades.

Puesto en términos pragmáticos, el ideal latinoamericano sería el de proceder en el marco de una alianza múltiple en que, por una parte, pueda ir consolidando posiciones con la élite y, por otra parte, pueda ir avanzando en la presión reivindicatoria con el Tercer Mundo. En el hecho ésta es la estrategia de Brasil, cuyo entendimiento con los Estados Unidos no es obstáculo para entendimientos paralelos con Europa y, sobre todo, no es obstáculo para mantenerse en contacto íntimo con el Tercer Mundo; también es la estrategia tradicional de México y en alguna medida comienza a ser la de Perú, Venezuela y otros países.[25] Como también se indicaba, la modernización latinoamericana no equivale a otra cosa que la exploración de este esquema múltiple.

[23] Carlos F. Díaz, Alejandro: "North South relations: the economic component". En Bergsten y Krause, op. cit., Nota 17 supra, pp. 221-224.

[24] Celso Furtado: "Una interpretación estructuralista de la 'crisis' actual del capitalismo", Estudios Internacionales, Nº 30, abril-junio 1975. Especialmente pp. 9-13.

[25] Los anteproyectos de Convención sobre Seguridad Económica Colectiva y sobre Cooperación para el Desarrollo Integral, que se encuentra bajo discusión en la OEA, en el hecho responden a este interés de consolidar una posición latinoamericana en asociación con los Estados Unidos. Para los textos véase OEA/Ser. P. AG/doc. 675/76. Separata, add. 1.28 de

Por su parte, los Estados Unidos, como también Europa, Japón y otras naciones, no pueden dejar de observar con interés la potencialidad latinoamericana y las eventuales conveniencias de algún tipo de entendimiento especial con la región. El solo indicador de la dependencia estratégica de materias primas de estas naciones debía ser lo suficientemente elocuente.[26] En el plano del pragmatismo de las realidades económicas incluso las diferencias políticas tenderían a minimizarse.

Desde el punto de vista de su viabilidad, un esquema de esta naturaleza no encontraría dificultades mayores en la relación entre América Latina y el Tercer Mundo, como de hecho no las ha encontrado hasta ahora en el ejemplo de Brasil. La razón es que ya se ha hecho tarde para concebir una alianza entre la élite industrializada y América Latina que sea sustitutiva de la alianza general ya pactada con el Tercer Mundo. En este sentido, América Latina no dejaría ni podría dejar de pertenecer al Tercer Mundo; se trataría de un esquema complementario y no sustitutivo.

En principio, cabría pensar que el mayor obstáculo podría encontrarse en el plano de las concepciones respectivas de la élite y de América Latina, pues parecería absurdo intentar compatibilizar el cosmopolitismo con el nacionalismo a que se ha hecho referencia. Sin embargo, nuevamente un examen pragmático de la realidad puede llevar a una apreciación diferente. En América Latina se da una curiosa mezcla de nacionalismo político con internacionalismo económico, en que varios países conciben su progreso político bajo formas autoritarias de gobierno, pero en el marco de una política económica muy liberal que aspira a la integración económica plenamente internacional, fundamentada en las leyes del mercado. De esta manera, se puede hablar sin contradicción de un "nacionalismo cosmopolista", lo primero referido a lo político y lo segundo a lo económico. En la medida en que el cosmopolitismo que postula la élite respete ese marco político, no encontrará dificultades en el plano económico pues en el hecho responden a una misma concepción, aun cuando su grado de intensidad sea diferente en uno y otro caso.

---

mayo de 1976. Para diversas alternativas de relación con Estados Unidos, véase Roger "Relaciones económicas entre los Estados Unidos y América Latina. Bilaterales, regionales o globales", Estudios Internacionales, Nº 31, julio-septiembre 1975, pp. 59-99.

[26] Heraldo Muñoz: "Dependencia estratégica y no-estratégica: materias primas y relaciones en la perspectiva de la crisis petrolera", Estudios Internacionales, Nº 33, enero-marzo 1976, pp. 71-108.

LIDERAZGO, APERTURA Y FLEXIBILIDAD: BASES PARA UN NUEVO ROL INTERAMERICANO

En la perspectiva de estas realidades es que el sistema interamericano podría encontrar un nuevo y útil rol. América Latina tiene estructurados sus mecanismos de acción con el Tercer Mundo, pero carece de mecanismos similares para explorar y eventualmente materializar esquemas complementarios de acción con la élite. El actual sistema interamericano responde a una concepción que ya no existe y que ninguna de las partes desea. Por consiguiente, la premisa básica es que este sistema pueda responder a una concepción diferente.

El problema no es sencillo por cuanto se trata de una concepción que solamente ahora podría comenzar a explorarse. Pero sí es un problema urgente, por cuanto en la medida en que pase el tiempo sin soluciones nuevas el proceso de enfrentamientos puede llegar a extremos que hagan impensable un esquema de este tipo. En este plano, la renovada capacidad de liderazgo al nivel de América Latina y de los Estados Unidos es la que puede proporcionar un vuelco fundamental de las concepciones, generando nuevamente la expectativa de una élite abierta y de un sistema de acomodo flexible.

Siempre que se piensa en una reorientación del sistema interamericano, se comienza por el diseño de grandes estructuras y perfectos organigramas, que las más de las veces constituyen una formalidad carente de todo contenido renovador. En la presente coyuntura de América Latina no son las estructuras institucionales las que importan, sino las ideas y concepciones que permitan avanzar en la consolidación de las posiciones a que la región aspira. Esas nuevas concepciones no son imposibles y el sistema interamericano podría facilitarlas, si sus líderes actúan con el convencimiento y la capacidad que las circunstancias exigen.

Tres tipos de ideas simples son las que podrían servir de base a un proceso renovador. La más evidente es la necesidad de que el sistema responda genuinamente al interés latinoamericano, abandonando la pauta histórica de responder al interés de los Estados Unidos. Aun cuando ello pueda ser demasiado obvio, hasta ahora ha demostrado ser un objetivo imposible de lograr. No es este problema de estructuras ni de reformas a la Carta, sino un simple problema de actitudes y mentalidades. La política real de los organismos regionales debe responder a la inquietud de cómo promover el interés de esta última frente a América Latina.

El segundo tipo de ideas es que, para materializar la promoción del interés latinoamericano, es fundamental que el sistema actúe en íntima sincronización con aquellos foros donde el interés de la región se elabora y expresa en su más amplio sentido. Estos pueden ser los

organismos propios de América Latina o los muchos organismos y conferencias de Naciones Unidas u otras organizaciones, donde se elabora una posición latinoamericana que puede ser simultáneamente promovida por el sistema.

El tercer tipo de ideas es que la promoción de ese interés requiere del establecimiento de una efectiva capacidad de gestión ante el conjunto de las naciones industrializadas, por cuanto normalmente el interés latinoamericano ya no se restringe solamente al caso de los Estados Unidos. En este plano, el Banco Interamericano ya ha dado algunos pasos efectivos, pero no así la OEA donde la institución de los observadores permanentes es una mera formalidad. Probablemente el establecimiento de vínculos de trabajo y acción concreta con la OECD y la Comunidad Económica Europea sea una medida necesaria para asegurar la referida efectividad, no desde el punto de vista de crear meros puestos de observación, como ha sido lo tradicional, sino en cuanto a la vinculación real de trabajo de las respectivas organizaciones, cualquiera que sea la forma institucional que ello adopte.

Quizás lo más importante de todo sea que los organismos del sistema permitan la estructuración de un poderoso "think tank" latinoamericano, con el concurso de los más destacados hombres públicos, intelectuales y profesionales de la región, con miras a la creación continua de posiciones y planteamientos de América Latina frente a un mundo rápidamente cambiante. Muchas veces la falta de elaboración intelectual en América Latina es la causante de pérdida de oportunidades y de reacciones tardías o, lo que es más grave, de que la región continúe guiándose por ideas que han sido elaboradas en otras latitudes para la protección de intereses o esquemas que no son necesariamente los suyos.

En definitiva, no debe perderse de vista que lo que está en juego es el rol de América Latina como una región que tiene legítimos derechos y aspiraciones. Estos han sido exitosamente armonizados con el Tercer Mundo y no son necesariamente incompatibles con esquemas de cooperación complementarios que involucren a la élite industrializada. Si ello se logra será el sistema internacional el que ganará en apertura, flexibilidad y estabilidad. El sistema interamericano, como herramienta que viabilice ese logro, se encuentra así frente a un reto y una coyuntura única en su historia.

REFLEXIONES SOBRE AMERICA LATINA

Gabriel Valdés S.

El tema que se me ha sugerido tratar es el de América Latina y su destino. Es un tema recurrente de nuestras mentes y en nuestros debates, muchas veces cargado de angustia. ¿Qué somos? ¿Hacia dónde vamos?, son preguntas permanentemente planteadas en Iberoamérica. El ensayo de sus respuestas es el inicio de una formulación de nuestro destino.

Para mí, lo que más da sentido a esta conversación universitaria es mi convencimiento que debemos y podemos formular un destino para América Latina; que nuestro destino debe ser un acto creativo del hombre americano, un acto de voluntad, una tarea a realizar por nosotros.

Formular nuestro destino es la obra de todos nosotros, pero alcanzarlo es la responsabilidad de vuestra generación. Porque así pienso, asigno importancia a este encuentro y creo que pueden tener algún valor mis reflexiones. No es mi intención hacer un análisis de la situación actual de nuestro continente desde el punto de vista de un economista, de un sociólogo o de un jurista. Desde estas visiones es frecuente proyectar imágenes pequeñas y agotadas. Mirarlas así nos impide ver en profundidad la naturaleza del ser americano, al verdadero horizonte del hombre y de la mujer de estas tierras. Analizar el hambre o el desempleo, la urbanización desordenada y la desorganización social, el precio del café o las exportaciones de banano, los tratados de paz y las amenazas de guerra, las inversiones en minería y la producción de textiles, las dictaduras, la violación de derechos humanos, son tareas fundamentales que revelan un estado de las cosas, pero no un destino de los hombres.

Se trata de mirar superando los límites impuestos a la movilidad intelectual del hombre y a su creatividad. En nuestra búsqueda de destino, debemos agrandar el alcance de nuestras ideas, para pensar con amplitud geográfica y extendernos en el tiempo. Pero también debemos mirarnos a nosotros mismos, en nuestros hechos y en nuestra existencia, evitando mantenernos en la superficie de la historia de unos pocos años, o en las interpretaciones prefabricadas de los hechos inmediatos o de las circunstancias.

Debemos, asimismo, tener capacidad de percibir el desarrollo irresistible escondido en el lento suceder, comprender la extrema tensión escondida tras la apariencia de inmovilidad de nuestras sociedades, entender que en nuestro continente lo totalmente nuevo va naciendo ya en la monótona repetición de los hechos cotidianos.

Debemos mirar con sentido de conjunto comprendiendo que el destino de América no será diseñado por los que han sido propietarios del pasado, por los vicarios de empresas transnacionales, por el acuerdo o el desacuerdo de generales o por una institución internacional. Será el producto de un inmenso y misterioso esfuerzo intelectual, llevado a cabo por miles, millones de personas en un trabajo masivo de reinterpretación, examen y testimonio realizado en libertad, donde ésta se da, o en la oscuridad o en el exilio.

Sugiero, en fin, tender una mirada liberada de la tiranía de ortodoxias y tabúes, remanentes de visiones ajenas al continente, tolerante de la diversidad y hospitalaria de las ideas que delatan las tensiones reales y los conflictos existentes en la vida de nuestra América.

AMERICA LATINA: ENCUENTRO DE CULTURAS

El hombre americano es el producto de un encuentro único en la historia humana por la diversidad de las culturas que concurrieron, por lo profundo y lo abrupto de ese encuentro. El europeo penetró en las civilizaciones indígenas y en este encuentro ambos cambiaron para crear un hecho nuevo, en el cual se inserta además poderosamente el africano. Se originó así una cultura distinta que ha creado un sistema de significados, de normas, de opiniones, con las cuales diseñamos nuestras acciones e interpretamos las de otros. De él no nos podemos desprender como quien se cambia vestiduras cuando cambia la moda. Con él vivimos y en él se producen los irresistibles cambios que deben moldear nuestro destino. Porque ese sistema de normas, opiniones y formas de comportamiento constituye sólo la punta del iceberg que es nuestra cultura y bajo esa punta, escondido por un mar de hechos pequeños de acontecimientos diarios, existe un sistema de valores profundamente enraizado, herencia de aquel encuentro que aún no agota su creación, entre el indígena, el europeo y el africano.

Se suele olvidar el hecho indígena pero vale la pena recordar la famosa carta que escribiera Colón a los Reyes Católicos que tuvo una influencia decisiva en la conciencia europea con alcances que aún ruedan en la evolución de las ideas. Colón describe allí que ha llegado a una tierra donde hay unos hombres que no son como los europeos, que viven pacíficamente, que no tienen armas, que no tienen propiedad privada, que se aman entre sí y que son felices. Es la primera

vez que aparece la idea de la felicidad asociada a la sociedad humana, después de la precaria experiencia de Adán y Eva.

En ese sistema de valores y en ese proceso creativo que no se agota está nuestro destino, un destino dictado antes que todo por los iberoamericanos.

Allí está también el origen de la tensión profunda que se agita a lo largo del continente, pero también está la tremenda potencialidad auténticamente creativa de América Latina, que no puede ser copia de la civilización anglosajona sino la versión de una nueva sociedad que exprese en una forma distinta los valores profundos de Occidente.

El éxito ha sido sólo parcial. En América Latina no se han dado resultados espectaculares. Se han dado éxitos individuales y sociales, pero también se presentan miserias y fracasos.

Las causas son variadas y, por lo mismo, sujetas a diversas interpretaciones, enfoques y opiniones. Ha habido algunas informadas. Otras han sido ignorantes.

Se ha dicho que el hombre latinoamericano es reacio a la disciplina, carente de imaginación, desprovisto de la voluntad que exige el avance hacia el futuro. Todo ello es falso. El atraso relativo de América Latina frente a Occidente tiene causas más profundas, tiene razones que no radican en el ser americano, que no están en su nombre. Las razones, las causas, están en motivos históricos que, generados en otros continentes, tuvieron consecuencias adversas en América Latina.

Están en una economía que nació distorsionada, como consecuencia del colonialismo y de la forma que el comercio internacional tomó durante siglos. Está en su geografía difícil, en muchos aspectos, hasta hoy día indomable. Está en que a América Latina llegaron juntas la revolución tecnológica y la revolución industrial. Está en que habiendo heredado del espíritu europeo, mundo y trascendencia, creencia y fe, técnica moderna y religión, no hemos jerarquizado estos valores en su valor relativo del uno al otro ni los hemos adoptado o recreado en función de nuestros intereses culturales o materiales.

América Latina ha sido receptáculo de doctrinas y filosofías creadas en otro continente, campo para inversiones originadas en otras economías, productora de bienes para otros mercados, terreno para expresiones inspiradas en otras naciones.

Así se conjuró el atraso de América Latina y las penurias de su existencia y se impidió a este continente utilizar sus imaginaciones e inteligencias para crear su propia entidad.

Hemos vivido muchos años con una fe sin ciencia, con religión sin técnica moderna y con trascendencia sin mundo. Tantas naciones han vivido en un marco estrecho, de mezquinas historias nacionales disolventes de un desarrollo auténtico, de dictaduras infames, de dependencias asfixiantes, de artificios desnaturalizados por imponer freno

a nuestro desenvolvimiento humano. Por ello somos aún seres inacabados.

Por estar aún creándonos, nuestro juicio colectivo sobre el propósito y sentido del hombre en nuestra sociedad no tiene certeza, ni carácter definitivo. No tenemos confianza en definir nuestro lugar en el mundo porque no estamos seguros de nosotros mismos. Somos escépticos, cuando no temerosos, frente al elogio o a las críticas sinceras de los hechos humanos y sólo en lo profundo de nuestras conciencias admitimos el juicio como un ensayo de aclarar nuestras responsabilidades. Pero en el suceder de estos juicios personales, en la agitación por corregir la injusticia, en la organización por alcanzar la libertad, en la lucha por respetar la dignidad en movimientos abiertos o imperceptibles, hay una fuerza tremenda que emerge auténtica, indetenible.

Estas características están en el germen del hombre americano, capaz de crear una sociedad que anime la espontaneidad, que sostenga la tolerancia y que genere la solidaridad.

Si damos real sentido a nuestra mirada, podemos formular nuestro destino.

Al intentar descubrir el destino que nos es posible y los elementos en que está su germen, deseo concentrarme en el hombre, interpretándolo como esencialmente libre, como un ser creativo y, lo que es más importante, autocreativo. Un ser humano capaz de cambiarse a sí mismo y de cambiar el ambiente en que vive. Si me desean clasificar me adelanto a decir que mi pensamiento es voluntarista, orientado a la acción y alejado del determinismo.

Continuemos la exploración de nuestro destino analizando el pensamiento y los hechos como hoy día se mencionan.

DESARROLLO CON SENTIDO HUMANO

Durante muchos años se trabajó con la idea de crecimiento, que sólo ha indicado en la práctica una suma de bienes y servicios, medibles económicamente. Pronto se encontraron deficiencias muy profundas en la idea de que el crecimiento económico era suficiente para medir las dimensiones reales de la evolución del proceso humano, colectivo o individual. Y fue así como se avanzó del concepto de crecimiento al de desarrollo. Pero, aunque desde hace algunas décadas se habla de desarrollo, éste concepto ha seguido explorado y verificado en términos de crecimiento económico, es cierto que con algunos aditamentos sociales, pero en definitiva, en estos campos del crecimiento y del desarrollo los que inspiran, deciden y después miden han sido los economistas, que han determinado que la carga de valorización de

los factores económicos en el desarrollo debe ser sostenida y preponderante.

Recientemente se ha comenzado a hablar de desarrollo integral, concepto más comprensivo en el cual se hace presente el hombre como objeto y sujeto del desarrollo, como actor y destinatario de este proceso. Ya no solamente se tiene en cuenta qué elementos componen al desarrollo, cuáles son sus factores constitutivos, cuáles son sus posibilidades, cuál es su aceleración, cómo se maneja y dirige un fenómeno de desarrollo, sino algo que es aún más importante, que es saber hacia dónde se va, qué se pretende, cuál es el destino de lo que se llama "desarrollo".

Todos entendemos que en un país que no ha cubierto sus necesidades fundamentales, donde los hombres, mujeres y niños no han resuelto sus necesidades mínimas, el desarrollo tiene una interpretación natural, obvia, contra la cual nadie podría levantar la voz. Satisfacer las necesidades básicas es una tarea primordial. Pero hay en el mundo una gran hipocresía. Todos hablan en términos de desarrollo, los regímenes más variados, incluso algunos que practican políticas que son conducentes precisamente a negar todo valor humano al desarrollo. Sin embargo, existe una conciencia cada vez más generalizada de que a pesar de los regímenes y de los sistemas, existen valores éticos que están antes y por encima de las manipulaciones económicas. De esta concepción del desarrollo o del estilo del desarrollo, arranca el compromiso ineludible que existe entre crecimiento, capitalización por y para toda la comunidad y participación; la inaceptabilidad de la extrema pobreza; la exigencia de la justicia en la distribución del producto del esfuerzo social y del consiguiente rol del Estado; la participación de la comunidad en el esfuerzo colectivo, en las decisiones y en los beneficios. Pero hay algo más profundo: el concepto del desarrollo, que tiene al hombre como sujeto y como objeto, sólo puede basarse en la democracia que en definitiva es la expresión política de la vida social entendida, tal como se define tradicionalmente, como gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

El problema no es el objetivo, porque todos parecen estar de acuerdo; el problema es sobre el concepto y sobre el método. Cómo se obtiene el desarrollo, dónde está aquello que constituye su dinámica, dónde están sus lineamientos. ¿Se ha desarrollado efectivamente el ser moderno, se ha desarrollado el ser occidental? Ser moderno ¿significa haber asumido los beneficios de la ciencia y la técnica actual, tal como esa ciencia y esa técnica han sido la expresión creativa de otros pueblos, en otras culturas y en todo caso, en una acumulación de riqueza diez o más veces mayor que la nuestra? En este sentido América Latina entera, todos sus habitantes no llegarán a ser modernos antes de muchas décadas, cuando los modelos del modernismo sean otros. Podemos dejar de ser pobres —según el metro actual—, pero

corremos el riesgo de llegar a ser anticuados o de haber alcanzado una civilización desaparecida. ¿Es nuestro destino repetir el desarrollo de los Estados Unidos sin haber vivido el siglo XIX y el XX que ellos han vivido? ¿Significa ser más parecidos a Europa, sin el pasado de Europa? ¿Hasta qué punto es efectivo que América Latina está mucho mejor hoy porque tiene un producto igual al de la Comunidad Europea en los años 50, y que estaremos mejor porque en el año 90 tendremos un producto igual al de Europa en los años 70? ¿Hemos avanzado realmente hacia algo nuevo, propio y distinto, o hemos progresado o algunos sectores han avanzado solamente en medidas cuantitativas, copiando mecánicamente lo que otros, en otras partes hicieron antes?

El desarrollo, y por ello el camino hacia nuestro destino, responde a dos estímulos fundamentales: por una parte a la natural vocación biológica, intelectual y espiritual del ser humano de progresar, de proyectarse, de crecer, de conquistar, de conocer, de liberarse del temor, de la miseria, de controlar la naturaleza para liberar sus calidades intelectuales; y por otra parte, a la acción externa, a la intercomunicación creciente entre los pueblos, que transcurre a través del dinamismo en la creación tecnológica de los medios de comunicación y de otros factores externos. El dinamismo interno incorporado al fenómeno del desarrollo es un elemento extremadamente difícil de medir, pero de una aceleración creciente. Es de allí de donde provienen los problemas, los conflictos, las graves tensiones que se advierten dentro de las naciones y entre unas naciones y otras.

El otro problema que se presenta en este movimiento es que en nuestros países, en aquellos que están buscando formas aceleradas de desarrollo, el motor del dinamismo se encuentra fuera de ellos mismos. El dínamo que genera el desarrollo está fuera de estos países, está en las corporaciones multinacionales o en los centros donde se toman las grandes decisiones y donde se concentran la ciencia, la tecnología, los recursos financieros y su servidor que es el poder político y militar. Cada nación quiere "ser", necesita vivir de su imagen y tiene derecho a que esa imagen sea realidad, sea conocida tal cual es por el mundo exterior. Pero existe un sistema de información destinado a servir intereses concretos que prescinde de esa realidad, la deforma cuando interesa y crea, a nivel mundial, un sistema de valores y de verdades que contamina la conciencia universal en forma agobiadora. Sólo recién se inicia, entre nuestros pueblos, la información no manipulada y se abre, con ella, el camino de la cooperación que en su dimensión sur-sur puede enriquecer substancialmente la autosuficiencia en el desarrollo. Esta capacidad trasnacional del dinamismo del desarrollo crea tensiones extremadamente difíciles, que obligan a los gobernantes a una permanente vigilia para mantener un mínimo de autonomía en la toma de decisiones, en la obtención y asigna-

ción de los recursos, en la escogencia de la tecnología y en el cuidado de la vocación de cada pueblo que exige **ser** antes que **tener**. Es por ello que la prédica de la interdependencia —que es una realidad objetiva— como la panacea que hará un mundo igual y por lo tanto feliz, dominado por la tecnología de los centros, se estrella contra la voluntad irreductible de las naciones y de las regiones y de los hombres que requieren, como oxígeno vital, una autonomía, capacidad creativa propia y respeto a sus derechos.

¿Cuáles son las bases de un cambio de estilo que produzca no solamente un distinto signo en cuanto a la orientación del desarrollo, sino la satisfacción de necesidades básicas, que es lo que da sentido a la calidad de la vida? No cabe duda que ellas tocan derechamente a la estructura política de la nación. Es automática y necesaria la vinculación de causalidad entre el estilo de desarrollo prevaleciente en la América Latina hoy día y la creciente ruptura del consenso social que ha entronizado, en tantas partes, regímenes que limitan de una manera u otra las libertades fundamentales, tratando de poner "orden" en la economía en esas sociedades.

CONSENSO, DEMOCRACIA Y LIBERTAD

Me quiero referir concretamente al hecho de que la ruptura democrática que se ha estado produciendo en los últimos tiempos en la América Latina no es la tradicional que correspondía a la voluntad de un matón que en un momento dado asumía el mando por vanidad o ambición de poder. Esta otra ruptura es más profunda porque es el resultado de un vacío de consenso. Es obvio que si del esfuerzo nacional se van a beneficiar sólo unos pocos, nunca se ha sabido que estos pocos repartan después su poder político o financiero, si la mayoría no está organizada o silenciada o si el Estado no interviene disponiendo de los excedentes. La ruptura a la obediencia a la ley es corriente porque la ley es mejor para unos que para otros. Se da frecuentemente el caso de que el Estado no protege al débil contra el fuerte, sino paradójicamente, la protección la da al fuerte porque está organizado mientras los débiles, los más, no lo están y porque los débiles, en sus demandas, atentan contra el sistema. Y a veces Dios demora en ayudar a los más contra los menos, que tienen estructuras nacionales e internacionales de protección.

Es curioso comprobar cómo los procesos revolucionarios de nuestros países han sido motivados —yo diría en su mayoría— por el reclamo de la libertad garantizada en la letra de todas las Constituciones y no cumplida; por la aplicación de principios generalmente aceptados en el mundo occidental, pero no practicados en esos países. Mu-

chas revoluciones, las más, no se intentan contra los regímenes jurídicos cuando éstos permiten expresar adecuadamente a la comunidad. Son obra de la frustración de una participación impedida, se realizan contra la violación de derechos humanos que son los propios de la civilización humanista occidental. Pues bien, el sentir estos valores como elemento cultural básico hace que cada uno de los latinoamericanos sienta la dignidad de ser humano, tal y como ello se concibe dentro de esa civilización. Pero la ausencia de fundamentos económicos y sociales que sostengan esos valores es la raíz de las dificultades, tensiones y rupturas que tenemos a la vista. Las tensiones por lograr ser, más que por tener, rompen el consenso social y sólo algunos grupos que pueden realmente hacerse respetar por la fuerza quedan incorporados al derecho y a la ley, mientras la gran mayoría mira a la distancia la posibilidad de alcanzar las ventajas de esta civilización. Si pretenden reclamar para sí la cuota que les pertenece, se encuentran con que las pequeñas minorías son las que poseen la fuerza para sostener lo que se da en llamar el orden. Por ello es que una política de derechos humanos en nuestro continente es tan necesaria y está tan vinculada al desarrollo.

Pero quien no sepa mirar podría creer que esa apariencia de orden es una expresión de estabilidad y no verá la tensión irresistible que se genera al oprimir a un hombre en evolución, al hombre americano. No verá que la pasividad a veces sólo esconde la espera antes del rapto de rebeldía. El americano no cesará de buscar a veces imperceptiblemente, otras en violentas expresiones, formas de conveniencia que durante este siglo no ha siquiera definido, menos aún encontrado. Ese destino que buscamos y tendremos será sí un destino diferenciado. Quiero decir con ello que no es posible, como se piensa en algunos centros políticos, académicos o burocráticos, que todos los pueblos tengan un mismo tipo de desarrollo, deban seguir un mismo modelo, como si todos fueran iguales y no tuvieran diferencias. Pero esta diferenciación es una característica que se da en el mismo momento en que se acumulan los factores de unidad. Me explico: en el mismo período en que el poder se concentra en el mundo y dentro de las naciones en el Estado o en las grandes corporaciones, el ser humano, las pequeñas comunidades, buscan su individualidad, luchan por proteger su autonomía esencial. Es así como, por ejemplo, en el mismo momento en que Europa se une, se hacen presentes los regionalismos europeos; en el mismo momento en que Gran Bretaña se incorpora al Mercado Común, el Gobierno de ese país se ve obligado por razones culturales a dar ciertos niveles de autonomía a regiones importantes del reino. Es la misma situación de Francia y, definitivamente, es el problema de la nueva democracia española. El caso se repite en muchos otros países donde el proceso de unidad va aparejado, al mismo tiempo, con la búsqueda de ciertos tipos de autonomía que hagan posi-

ble el oxígeno necesario para que las comunidades que conforman la unidad nacional tengan vigencia. Esta diversificación en el proceso del desarrollo es un regreso a la independencia o a la autonomía del ser humano que desea vivir de acuerdo con sus tradiciones culturales, con la ecología, con el medio al cual pertenece, en una palabra, dentro de una dimensión humana. La nación está perdiendo su valor de categoría absoluta, globalizante, porque el hombre, la mujer, el ser humano está emergiendo con sus derechos inalienables.

La única forma en que un pueblo puede llegar a desarrollarse no es copiando a otros en un proceso de uniformidad creciente, sino robusteciendo su propia unidad, su propia entidad cultural. Es reflexionando, investigando, creando, dando un rol superior a la ciencia, a la preparación humana en función de una permanente e integral visión crítica de nuestras sociedades.

EL DESTINO DE AMERICA LATINA

Estoy convencido que América Latina ya no habrá vivido para sí el siglo XX. Quiero decir con ello, que pasaremos directamente del siglo XIX al siglo XXI. En último análisis, la mayor garantía que tengo, para creer que así será es que para nosotros ello es vitalmente necesario. Entrar de plano al siglo XXI nos significará pasar por encima, saltar una forma de desarrollo que ha herido al hombre y a la naturaleza, que se centró más en las cosas que en las personas, que respetó más a quien adquiría que a quien creaba, que puso el memorándum por sobre la poesía, al curriculum-vitae por sobre la biografía, a la máquina por sobre quien la trabaja, y a la fuerza sobre la ley y el derecho.

Grupos cada vez más numerosos y organizados del occidente desarrollado comprenden la urgencia de cambiar el rumbo tomado durante este siglo y construir un futuro diferente. Esos grupos tienen creciente influencia. Sucesivamente van trizando los valores que sostuvieron el estilo de desarrollo de esta centuria.

En nuestra cultura, en esta cultura del encuentro indígena, hispano y africano, están enraizados valores, con muchos siglos de permanencia que aman lo pequeño, que viven de lo humano y de lo divino, que aman sin mirar el color de la piel, que necesitan poesía en las cosas y en los hechos, que conocen la magia de la vida, que sienten una relación simbiótica con la naturaleza, para los cuales la ecología es más que una ciencia, es una experiencia vital, diaria. Así es como estoy convencido que nuestro destino no es y nuestro pasado no ha sido crear nuevas formas de producir más bienes, sino dar un sentido humano a esa producción donde los bienes satisfagan más las necesidades que los deseos.

El hombre americano debe construir un destino en el cual en la diversidad dominen las tendencias a la unidad, en el cual continuemos construyéndonos y formando, como conjunto, nuestra identidad.

No se trata de rechazar las influencias externas; por el contrario, se trata de aceptarlas cuando ellas complementen nuestro ser, fortalecen nuestros valores, aseguran mejorar nuestra perspectiva. Se trata de aceptar lo extranjero cuando no signifique interferencia sino expresión legítima del contacto entre culturas en marcha.

Nuestro destino no es un destino de segunda clase, que nos haría entrar al futuro por la puerta de servicio. Se ha dado en decir ahora que seremos la clase media del mundo. ¡Glorioso destino histórico! Quienes así piensan creen que las estructuras sociales internas y las relaciones de poder internacional son estáticas, no siguen la dinámica de la lucha por la justicia, por la libertad, por la dignidad y por la conquista del poder de quienes han estado oprimidos, nacional o internacionalmente, rompiendo las amarras coloniales o buscando autonomía frente a las dependencias.

Los países árabes no eran considerados ni siquiera clase media hace diez años. Por un acto político de voluntad colectiva, tomaron decisiones respecto a sus riquezas naturales que conmovieron al mundo y crearon una nueva dinámica histórica. Ya su estatus no es de clase media. Están entre los que deciden.

Al futuro se entra por muchas puertas, y no sólo por las que abrieron los anglosajones en la revolución industrial del siglo XIX. América Latina entrará por la suya, porque este continente es una necesidad para la humanidad, porque es el continente más rico en recursos naturales, porque es el único que ha demostrado capacidad de integrar hombres venidos de todos los horizontes y a todos tratarlos como iguales, porque seremos 600 millones de hombres y mujeres en 25 años más, porque nuestra agricultura puede ayudar a alimentar al resto del mundo.

América Latina está pasando, creo, la peor etapa de su convulsionado proceso de liberación, de su voluntad de ser por sí misma. En la República Dominicana se ha dado un ejemplo admirable y el pueblo construye su destino en libertad. En otras partes aún se sufre y se muere. Por eso nos duele Nicaragua. Pero, más allá de la oscuridad, hay un amanecer seguro.

No habrá desarrollo mientras no haya participación, ni ésta se dará sin libertad. Son éstos los prerrequisitos de la posibilidad de una unidad en la acción que logre, a través de un acto de poder, una presencia activa y respetable de América Latina en el nuevo orden internacional.

Pero es importante observar cómo ese poder se está ya construyendo por la vitalidad creadora del hecho hispanoamericano. España, ausente del interés de nuestra América por cuatro siglos, expresa su

voluntad de reintegrarse, de formar parte de la familia precisamente en el momento en que su sociedad se abre a una ancha vida democrática, diría más, porque España inicia su apertura democrática necesita volver a la vida internacional y ella comienza por reencontrarse con esta América. ¿No es esta coyuntura adecuada para concebir la formación de una comunidad con España de grandes potencialidades con alcances ibéricos? La comunidad de habla portuguesa es una realidad cuyo centro está en Brasil, pero Brasil es país de nuestra cultura, de nuestro mundo geográfico, que vive nuestros mismos valores y que, con su gran vitalidad desarrolla sus vínculos con Portugal y las nuevas naciones africanas de habla portuguesa. Por otra vertiente, Cuba, en audaces gestos de solidaridad ofrece también ejemplos de cooperación en esos nuevos países y es el Caribe de habla inglesa al cual debemos incorporar plenamente a nuestro quehacer hispanoamericano, como responsabilidad de todos nuestros pueblos.

Pero hay otras dimensiones cuya importancia pasa todavía inadvertida. Siempre hemos hablado de cómo defendernos de Estados Unidos, cómo distinguirnos o cómo entendernos con ese gran país del norte. En el devenir histórico hay un nuevo elemento que tendrá profundas influencias en las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. Preocupados de la influencia de ese país en nuestras sociedades, no nos damos cuenta que el mundo hispano-latinoamericano ha entrado en los Estados Unidos e iniciado allí un proceso de influencia que puede tener insospechadas repercusiones. Ya hay en los Estados Unidos 16 millones de ciudadanos de origen hispánico. A esa cifra deben agregarse más de siete millones de indocumentados. Hoy Estados Unidos es el cuarto país hispánico del mundo y de seguirse la inmigración y el crecimiento vegetativo actuales, en diez años más ese país será el segundo país hispánico, mayor que España misma. Será la minoría más grande de Estados Unidos con consecuencias culturales y políticas de trascendencia. El hisponamericanismo llega con un bagaje cultural, con un idioma, con una religión, con un sistema de valores éticos, familiares, artísticos que ya comienzan a expresarse con fuerza en el país del norte.

La comunidad iberoamericana está creciendo en número y en influencia. Llegará el día en que los pueblos crearán las estructuras políticas que les den unidad y dirección.

¿Es esto mirar muy lejos? No, es el destino de una cultura que recién puede estar sacudiéndose de un letargo pero que está demostrando una gran fuerza creadora cuyos profetas, los poetas como Pedro Mir, Pablo Neruda y otros grandes, lo han escrito ya en el firmamento no superado de nuestra poesía. Son ellos los que dicen las verdades y anticipan los tiempos y los espacios, como cuando en el portentoso Viaje a la Muchedumbre de Pedro Mir, ése dice:

"Si alguien quiere saber cuál es mi patria
se lo diré algún día

Cuando todo milagro sea posible
y ya no sea milagro el de la vida:

Dirán que somos libres y golosos,
que gozamos del pan y de la espiga,
Que cada hombre tiene dignidad,
cada mujer sonrisa.
Que tenemos la patria verdadera
y ésta también será la patria mía.
Si alguien quiere saber cuál es mi patria
se lo diré ese día."

Nuestro destino sólo puede construirse con las grandes mayorías convertidas en actores y ejecutores, con los pueblos hoy discriminados y atrasados.

No existe posibilidad de conservar nuestra cultura si el futuro es construido por élites desconectadas del pueblo, no alimentadas, no renovadas por el pueblo. La energía del hombre americano está en sus obreros, campesinos, estudiantes, empleados, empresarios, académicos y profesionales, en todos ellos, no en un grupo particular. Es esa energía la capaz de construir un destino en la medida en que su expresión se organice y respete y su unidad se preserve. En las élites actuales la dependencia ya ha hecho estrago y en muchos de sus miembros la mirada se encuentra fija en el exterior. El desarrollo del norte podrá ser admirado por el pueblo, pero no lo ha deslumbrado, no ha quebrado su fibra ni ha roto su conexión vital con sus orígenes. Es en el pueblo donde está la capacidad creadora, es su origen el que conserva el tesoro de su futuro, de nuestro destino.

Sólo la calidad social de la construcción le da a ella permanencia, sentido de futuro, optimismo. Ese proceso de construcción participada será un hecho generado por la socialización.

Por ello creo que la socialización, el empuje colectivo, el incremento de las interrelaciones entre las personas, el aumento de las acciones comunes, de las empresas llevada a cabo por voluntad y consentimiento de todo el grupo social, son causa y efecto de la construcción futura, constituyen el camino hacia nuestro destino y nuestro destino mismo.

Pero ¿cómo se crea ese destino? ¿Qué hace posible esa real socialización que está en la base del pensamiento cristiano y por ello tan hispanoamericano? No hay otra forma que la democracia.

La democracia es la participación plena de la comunidad en la vida, en la toma de decisiones a distintos niveles; es la acción de la comunidad dinámica, organizada por razones de eficiencia bajo una autoridad; es esta democracia la que puede conducir este esfuerzo colectivo. Y el consenso se va a conseguir en la medida en que se satisfagan necesidades básicas, para lo cual se requiere como primera condición dotar a la comunidad de condiciones de libertad, del ejercicio del derecho político, del respeto mutuo en la solidaridad democrática, de la libertad entre iguales. Entre iguales, entre latinoamericanos, hoy día sometidos a tantas diferentes circunstancias, se puede crear, por estas condiciones de pertenencia a un mismo esquema de valores, una solidaridad que sea fuente de energías para construir, en esa zona del mundo, algo que podría ser un ejemplo: una casa digna, limpia, serena y pacífica para el hombre.

LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA COMO INSTRUMENTO DE ACCION INTERNACIONAL

Francisco Villagrán Kramer

COMENTARIO

La consolidación de la integración económica de América Latina es un factor indispensable en relación a las alternativas de la región en el plano internacional general. Para ello se hace necesario superar los esquemas tradicionales que se han aplicado en la región en los últimos veinte años, como los enfoques de CEPAL y otros originados en la década de 1950. El vencimiento de los plazos establecidos en ALALC y en el Mercado Común Centroamericano, en 1980 y 1981, respectivamente, obligará a un reexamen útil de este panorama.

La integración de América Latina requiere de un nuevo planteamiento de fondo que tome en cuenta la realidad latinoamericana dentro de un cambiante contexto internacional. En el caso del Mercado Común Centroamericano, por ejemplo, ello supone cambiar el modelo de dependencia agrícola con que se estructuró originalmente ese esquema por nuevos modelos de cooperación internacional, que tomen en cuenta tanto una mayor participación intralatinoamericana como la interacción con el Tercer Mundo. Entre otros enfoques necesarios, deberá abandonarse el desarrollo nacional hacia dentro y sustituirse por esquemas de desarrollo regional, todo lo cual requiere de un reajuste de los esquemas, incluyendo el del Sistema Económico Latinoamericano.

Los propios tratados de integración se han constituido en un obstáculo al comercio entre los diferentes esquemas existentes en América Latina, lo que no beneficia a Centroamérica ni al grupo andino ni a ALALC. Así, por ejemplo, el juego de la cláusula de la nación más favorecida ha permitido a México invocar el obstáculo de ALALC para no acceder a una apertura respecto de Centroamérica y, recíprocamente, Centroamérica cierra sus puertas a los demás países latinoamericanos. Este es un fenómeno similar al que se produce en el plano mundial, en que la Comunidad Económica Europea desarrolla una relación preferencial con Africa y sobre tal base niega la posibilidad de acuerdos con otras regiones, o en que los mecanismos del GATT tienden a consolidar una política económica internacional preestablecida.

Obstáculos similares es posible observar en el caso de la relación entre América Latina y el Tercer Mundo, todo lo cual justifica abandonar los esquemas altamente proteccionistas y establecer estructuras arancelarias que estimulen la competencia y eviten la existencia de mercados cautivos.

Otra observación importante para el proceso de reestructuración es la necesidad de crear una relación especial entre la América Latina continental y la insular, específicamente con la región del Caribe. Hasta ahora el Caribe insular ha procedido a consolidar sus relaciones entre sí, con la Comunidad Económica Europea y con Africa, creando algunas distorsiones para el resto del continente en lo económico y político. Mientras el Caribe se identifica cada día más con el Tercer Mundo y el movimiento no alineado, ello contrasta con la actitud de América Latina continental. Tampoco el continente le ha abierto opciones al Caribe. Ello necesariamente debe tomarse en cuenta en la reformulación de la integración.

La convergencia de los esquemas de integración existentes que originalmente se pensó que podría ocurrir hacia 1980, no pareciera ser un enfoque adecuado hoy día. Es más viable pensar en un estatuto de asociaciones que en un proceso de convergencia formal. Centroamérica podría otorgarle a Panamá un estatuto especial, al igual que podría hacerlo ALALC respecto de Centroamérica como región, involucrando participación y la búsqueda de áreas de complementación económica pero no convergencia institucional. Lo mismo cabría hacer entre el Grupo Andino y el Mercado Común Centroamericano.

Las opciones de una estrategia latinoamericana parecieran ser o bien una apertura global o bien una orientación política hacia el Tercer Mundo. En general sería limitativo reducirse al Tercer Mundo pues la integración puede concebirse como un instrumento de acción global. Si se piensa, por ejemplo, en los nuevos instrumentos financieros, en los fondos de estabilización monetaria y el rol de los bancos centrales, entre otras perspectivas, se puede descubrir un cuadro optimista respecto de la apertura global de América Latina. Otro ejemplo interesante es el del fondo de comercialización del café, en el que participan Brasil, Colombia, Centroamérica y México, que supone un contacto entre diferentes grupos de integración y una acción internacional concreta, lo que podría servir de experiencia para otros fondos, como el azúcar o el algodón.

En el plano de los acuerdos de productos básicos se abren también otras perspectivas de cooperación internacional. Hay importantes países consumidores del Tercer Mundo que deben tomarse en cuenta, lo que incluso permitiría pensar en discriminar en las reglas aplicables a los consumidores del sur y los consumidores del norte. Todo ello supone una nueva política de comercialización de productos básicos y también de los productos manufacturados.

En alguna medida la integración de América Latina ha logrado el objetivo de la desviación del comercio y se trataría de ampliar esa estrategia al plano mundial. Quizás lo más importante sería concebir una nueva política arancelaria intra-grupos de integración, sobre la base incluso de preferencias comerciales no recíprocas que América Latina podría otorgar a la región del Caribe y a países extracontinentales en desarrollo, que asegurarían el objetivo político de evitar el alejamiento del primero y de lograr una mayor integración internacional con los segundos.

EL SURGIMIENTO DE LAS POTENCIAS MEDIAS LATINOAMERICANAS Y SU ROL INTERNACIONAL

Edgardo Mercado Jarrin

COMENTARIO

Para comprender cabalmente la posición internacional actual de América Latina es necesario referirse, en primer lugar, a los grandes factores que caracterizan la política internacional contemporánea. Un primer elemento influyente es la estrecha solidaridad existente entre los Estados Unidos y Europa Occidental en el marco de la OTAN, que se ha visto recientemente incrementada con motivo de las necesidades y políticas comunes en el campo de las materias primas.

Este enorme conglomerado político y militar ha iniciado, a la vez, el llamado proceso de distensión con la Unión Soviética buscando evitar las situaciones de enfrentamiento que pudieran suscitarse. Dentro de este esquema es que se procura resolver los problemas de las conversaciones SALT, la situación de Alemania o el conflicto del Medio Oriente, entre muchos otros problemas existentes y que han llegado a incluir el rol de los movimientos de liberación nacional y el panorama de los derechos humanos.

Por su parte, el poderío hegemónico de los Estados Unidos ha sufrido un evidente debilitamiento en los últimos años, como puede apreciarse en el marco de la paridad estratégica que han alcanzado las grandes potencias, debiendo también mencionarse la influencia de la crisis energética en ese proceso de debilitamiento. Como resultado de ello, se observa también una política cada día más independiente de naciones como Canadá, las de Africa o las de América Latina. Sin embargo, precisamente por el cúmulo de problemas internacionales existentes, América Latina no juega un papel relevante en la política exterior de los Estados Unidos.

La política exterior de la Unión Soviética, por otra parte, se fundamenta en gran medida en una concepción geopolítica y estratégica, dentro de la cual las alternativas de las relaciones con China ocupan un lugar prioritario. A la vez destaca en esta política la preocupación por evitar el resurgimiento militar de Alemania, el lograr entendimientos con países de ubicación estratégica clave, como la India, y el adquirir una presencia creciente en Africa, Asia y América Latina.

Otro factor significativo que cabe mencionar es el surgimiento de la República Popular China como potencia, basada en elementos de la tradición, en factores ideológicos y en su enorme potencial económico y de recursos humanos. Recientemente ha iniciado su apertura hacia el exterior y el desarrollo de una nueva política exterior, ejemplos de lo cual son el reciente tratado con Japón y la inclusión de la cláusula antihegemónica, los vínculos con Rumania y Yugoslavia y su presencia en Africa y Asia. Además, destaca el hecho de su clara posición tercermundista al compartir muchos de los problemas del subdesarrollo.

Frente a este complejo cuadro internacional es que cabe preguntarse si América Latina tiene o no una política exterior y cuál es su grado de conciencia sobre objetivos y estrategias, que son la base esencial para la formulación de políticas y para la existencia del concepto mismo de comunidad.

Si se examina cuál ha sido la conducta de los países latinoamericanos en los últimos años, se pueden identificar algunos elementos positivos. Entre ellos destaca la creación del Pacto Andino, del sistema de la Cuenca del Plata y del Pacto Amazónico. Igualmente destaca el inicio de una política común latinoamericana en lo económico, evidenciada en el Consenso de Viña del Mar y la creación de CECLA, que permitió una formación de conciencia y el diseño de una posición común frente a los Estados Unidos, representativa de un sentido de progreso, cambio e independencia. Esta línea de acción fue la que posteriormente condujo a la creación del SELA.

No obstante la existencia de estos elementos positivos, también es posible observar un debilitamiento progresivo de la posición exterior de América Latina. En ello ciertamente ha influido la crisis económica y financiera que ha afectado a muchos países de la región, como también el proceso electoral en que actualmente se encuentran diez países, que necesariamente involucra cambios de políticas que dificultan la afirmación de una posición externa común. Sin embargo, también debe tenerse presente que en muchas ocasiones América Latina ha hecho prevalecer el interés común por sobre las diferencias ideológicas, como ocurriera con la política de fronteras ideológicas del Brasil, que produjo efectos hacia el interior del continente pero no hacia afuera. Similar fenómeno ha ocurrido en algunos momentos de la política argentina hacia los países del Pacífico.

Siendo América Latina la región más desarrollada entre aquellas en desarrollo, debiera tener una fuerte gravitación y más posibilidades de acción en el contexto del diálogo Norte-Sur, asumiendo el rol de litigante principal en esta definición de una nueva relación económica internacional. Sus exportaciones, desarrollo agrícola, tecnología y otros factores económicos, así como su contribución a los nuevos conceptos

del derecho del mar y de las relaciones internacionales en general, justificarían este importante rol externo.

Un factor notable que también debe tenerse presente para comprender la política latinoamericana actual es que se está dejando atrás la lucha tradicional de los puertos y reemplazándose por una lucha por los **hinterlands**, que es lo que puede llamarse la política de interiorización. Esto es lo que representa el Pacto Amazónico, que ha planteado un nuevo esquema de cooperación y que tendría un fuerte impacto en el futuro, como también otros procesos como el de la Cuenca del Plata. La política de interiorización significará un cambio de las zonas de influencia en América Latina.

Paralelamente se observa en América Latina otro fenómeno que gravita en sus relaciones con el mundo externo, cual es el distanciamiento que están adquiriendo algunos países en relación con los demás, ejemplo típico de lo cual es el caso del Brasil. El crecimiento de los intereses del Brasil fuera del continente, que han llegado a ser más importantes que los que tiene en América Latina, es un fenómeno que debe hacer meditar. Su política africana, que ha venido a reemplazar el rol de Portugal, así como su rol en el atlántico sur, que a su vez se vincula con el cambio de las rutas petroleras determinadas por la crisis del Medio Oriente, permitiendo al Brasil un rol en el control de estas rutas, son ejemplos de su nueva presencia internacional, particularmente importante en un momento de cambios políticos profundos en Africa que tienen significación para el conjunto de las relaciones internacionales.

En la construcción de su política, el Brasil tenía diferentes opciones: o bien compartía un esquema con Argentina, Uruguay, Sudáfrica y otros países, o bien seguía un curso independiente, que es el que escogió.

El rol de México como potencia media latinoamericana también es interesante. Si bien su presencia en América del Sur ha sido precaria, ha cumplido un importante rol como interlocutor internacional, ejemplos de lo cual se encuentran en el Tratado de Tlatelolco y en la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Sus posibilidades como potencia media aumentarán en el futuro como consecuencia de sus descubrimientos petrolíferos. Con todo, se observa una cierta ambivalencia en su política exterior: por una parte manifiesta firmemente su independencia, pero por otra parte frente a los Estados Unidos esa manifestación no se observa tan claramente.

El caso de la Argentina ofrece también una gran potencialidad, pero ha visto mediatizada su acción como consecuencia de las crisis económicas y de la inestabilidad política que la han afectado en las últimas décadas. Por su parte, Venezuela se ha constituido en una potencia de orden financiero con aspiración al desempeño de un rol internacional; sin embargo, no ha procedido aún a desarrollar su hin-

terland y particularmente su riqueza hidroeléctrica. Este último es también el caso de Colombia, que ha otorgado poca prioridad al desarrollo amazónico. Finalmente, debe también mencionarse la potencialidad de Bolivia como tierra de contactos, en que confluyen la Cuenca del Plata, el Grupo Andino y el Pacto Amazónico, así como la potencialidad del Perú como tierra central de América Latina.

Los comentarios anteriores permiten alcanzar ciertas conclusiones para el futuro de América Latina. La primera de ellas es que la gravitación de América Latina como región aumentará, particularmente en la medida en que se intensifiquen las tensiones internacionales, en cuyo contexto América Latina será parte del equilibrio estratégico mundial. A su vez el peligro de tensión entre países en desarrollo llevará a que se preste mayor atención a sus necesidades, pues de lo contrario se puede llegar a comprometer la seguridad de las grandes potencias. De esta manera, es previsible que el propio concepto de seguridad hemisférica que Estados Unidos ha enfatizado hasta ahora sea cambiado por una creciente preocupación por el desarrollo latinoamericano.

América Latina, por su parte, deberá otorgar prioridad a los objetivos de desarrollo y seguridad, lo que involucra la necesidad creciente de actuar como región, más unida y más solidaria, pues de ello dependerán sus posibilidades de gravitación internacional. Todo lo anterior debe indispensablemente descansar en el concepto de la paz entre las naciones latinoamericanas.

THE EMERGING ROLE OF JAPAN IN THE FRAMEWORK OF A NEW RELATIONSHIP WITH LATIN AMERICA

Chihiro Hosoya

(1) EMERGING ROLE OF JAPAN IN ASIA

Last August witnessed a most fateful choice Japan's diplomacy had made in the postwar period, namely, the conclusion of the Japan-Chine Peace and Friendship Treaty. It is most significant not only in terms of its historical meaning for having finally confirmed a normal neighborly relationship between the two nations after a century of accumulated trials and vicissitude and for marking the new start of a relationship as equal partners, but also in terms of expressing the preparedness, however implicitly, on the part of Japan to participate as a player in the power game in East Asia which had been in large part played by three big powers, the U.S., the U.S.S.R. and China. In the past, during last 30 years after the war, Japan had cautiously eschewed the course of getting involved in the power game in East Asia, giving the foremost priority to the attainment of economic goals, first economic recovery from the war devastation and then economic growth and expansion. Charaterized by its heavy emphasis upon the pursuit of economic value, Japanese postwar diplomacy has been conducted depending on close collaboration and alliance with the United States, in both political and military terms. It was the so-called "Nixon Shock" in 1971 that gave stimulus to Japan for taking the diplomatic stance somewhat aloof from the alliance system as illustrated in the case of recognizing Outer Mongolia and Bangladesh, and of establishing friendly relations with North Vietnam in 1972. The Japan-China Treaty signed this year can be assessed within the framework of Japan's further move toward establishing its self-assertive position in Asian politics.

What is more important is that Japan has chosen to give relations with China precedence over those with the Soviet Union by signing a pact containing an antihegemony clause in a situation where two great political powers, China and the Soviet Union, are in confrontation. In other words, Japan, which has long adopted a stance of "equidistant diplomacy" via-á-vis China and the Soviet Union, taking

care not to lean toward one or the other, has now clearly chosen one of them and shifted its diplomatic stance accordingly.

The rapprochement with China will expand the radius of Japan's capacity to engage in external political activities, while it will assign more political responsibility to Japan for maintaining peace and stability in Asia. There seems to be a new prospect opening up for her to play some role in cooperation with China in relaxing tension in the Korean peninsula, one of dangerous spots charged with powder for world war. There is also a new picture appearing on the scene that Japan may serve as a mediating agent, in some form or another, in Indochina, although one could find a repercussion of the Japan-China Treaty in the recently signed Soviet-Vietnam friendship and cooperation treaty.

One more additional remark may be useful for explaining the importance of the choice Japan has recently made in the conclusion of the Japan-China Treaty. The postwar Japanese diplomacy has made several important choices, including the San Francisco peace treaty (September 1951), the Japanese-Soviet joint declaration on the restoration of diplomatic relations (October 1956), the Japan-Korea Treaty on the establishment of normal relations (June 1965), the agreement with the U.S. on the reversion of Okinawa (June 1971). and the Japan-China joint declaration (September 1972). All had an important bearing on Japan's subsequent couse of action and in some cases gave rise to heated debate among the Japanese people and became the object of domestic political strife.

Compared with these developments, the conclusion of the recent Japan-China Treaty must be considered to be of a somewhat different character. The earlier choices all had the nature of "tidying up postwar problems". They were choices that had to be made at certain historical points in the aftermath of World War II. There was no much room for Japan to make deliberate choice for moving on its own couse. Strong restraints imposed by the cold war setup were at work in the international environment, while the presence of the United States acted as a major factor to limit the radius of Japan's actions.

The recent choice was not made for the purpose of tidying up the postwar situation, rather signified a new move, more or less of its own will, in Japanese postwar diplomacy toward the direction of so-called "Omnidirectional diplomacy". The notion of "Omnidirectional diplomacy", which was originally used in French diplomacy under President Charles de Gaulle, is certainly vague; but, putting it in the context of the present external environment of Japan, it is understood that she will liquidate the "equidistant diplomacy" vis-á-vis China and the Soviet Union and furthermore will play more positive role in political game in Asia.

(2) THE ROLE OF JAPAN IN THE FRAMEWORK OF A RELATIONSHIP WITH LATIN AMERICA

Japan has made a new choice in the direction of expanding the radius of its external political activities. It does not, however, follow Japan is now prepared to take part in the power game played by the great powers in the region outside East Asia. Japan is still a regional power lacking the capability sufficient for engaging in a struggle for power on the global scene. As it is well known, she has not developed nuclear weapons, and the military power she holds is no bigger than small or medium size.

Unlike the Soviet Union or China, Japan has no revolutionary forces to support, which have been active in bringing about political change in several places in Latin America. Unlike the United States, Japan has no tradition of conducting "Missionary diplomacy" designed to promote the ideal of democracy and to defend the democratic institution, and of using a "stick" to protect its economic interests in this area.

The only tie, apart from economic one, Japan has historically developed with Latin America is that formed through her inmigration, which is in particular noticeable in Brazil.

One could argue here about the changed pattern of Japanese foreign policy in the postwar period in terms of her aims pursued. Since the beginning of the Meiji era when Japan made a start as a modern state, it had been the supreme goal for her to catch up with the western countries in the modernization of her society at various levels —political, economic, military, and cultural—, and then to be ranked among big powers in the international society. She had made much efforts in building up her military capability to expand the territory and to join the power game played by big countries.

The tragedy of the Pacific War, 1941-45, marked the complete failure of the course of action Japan had taken since the Meiji era and impressed the people with foolishness of policy employing of military means to attain her national goal.

Still keeping the memory of the disaster of World War II, Japan is not likely to expand the radius of political activities to such an extent that she will play an active role in political terms in the region of Latin America. It seems to me that the "emerging role of Japan" in this region will be limited to an economic, or perhaps cultural one, for years to come.

Now, let me look at economic relations between Japan and Latin America briefly. The export of Japanese goods to Latin America amounts to 5 billion dollars in 1976, while Japanese import from the area 2.5 billion dollars that year. The figure indicates that the ratio of the import Japan sharing in the whole import of Latin

America is about 8.2%, while the ratio of the export Japan sharing in the whole export of Latin America is 3.8% (Table D & E).

The Table B shows that the importance of Latin America as a trading partner for Japan has become increased in recent years. The direct investment Japan put in Latin America reached at the peak in 1973, amounting to $ 822.000.000 and then took a declining course owing to the oil shock. There is, however, an indication that Japan has revived her interest in investing capital for the economic development of this region (Table F).

(3) JAPANESE OPTIONS IN THE 1980'S

Japan occupies a unique position in the international community with her denial of becoming a military big power in disregard of the sizable economic strength she has enjoyed. One might say that there is an ambivalence in the attitude of the Japanese people toward the problem of national identity in the international community. Should she share common interests with the western industrialized countries, in particular with the United States? Or should she find her identification with the nations in Asia? Are there any options opening for her to serve as a mediating actor between the western nations and the third world?

Having these problems in mind, I will try to present several scenarios for options of Japanese diplomacy in the 1980's:

1) Alliance with the United States

The security arrangement with the United States has been the corner stone for Japanese postwar diplomacy which enabled her to move on the road of economic development and expansion. Japan has also heavily relied upon the United States in her trading activities; the total sum of trade between the two nations is likely to reach to the amount of more than 30 billions dollars this year, occupying about 20% of the whole trade of Japan. Given no drastic change on the domestic political scene, the pattern of close relations between the two nations will sustain, although Japan is becoming less dependent upon the United States in various activities.

2) Trilateralism

Japan has increasingly identified herself with the community of the highly industrialized countries. Confronted with the sustaining depression since the oil shock and facing the competition from the late-

coming industrialized countries, Japan is moving in the direction of reinforcing cooperation with the United States and EC to protect the market of certain products, textile, steel and others, for their interests.

Furthermore, Japan shares common interest with the United States and Western Europe in taking a negative position toward a radical change of existing international economic order.

3) Pacific entente

There has emerged a prospect for Japan to develop the friendly relations with China resulting from the conclusion of Japan-China Treaty into a tripartite political entente between three nations, Japan, the United States and China. While the Peking government currently intent on forming an anti-Soviet united front, wants to develop the rapprochement with Japan into a Pacific Entente, there is a advocacy for this option within the U. S. leadership with a view of countering the "Soviet menace". There seems to be a group of people in Japan, however small at the moment, espousing the idea of a Pacific Entente, perceiving the "Soviet menace" or dreaming of much increased military capability of Japan.

4) Japan-China alliance

The Japan-China Treaty has revived the trend of "Asianism" which was influential in prewar days in directing Japanese foreign policy. Those pushing this trend want to turn Japanese diplomacy in the direction of placing primary emphasis on the collaboration with China, rather than with the United States. It derives from an awareness of Japan's regional identification with East Asia, emphasizing the difference of values in Asia from those of the western world. The idea, however, that the Japan-China alliance should take the place of the Japan-U. S. alliance represents the minority view, which can be found among some business people and leftist people.

5) Pacific community

Some espouse an idea of establishing the Pacific Economic Community in which the nations facing the Pacific Ocean are to develop closer relations in trade and in economic development. This is obviously a move responding to the development of EC, representing a kind of regionalism.

More realistic view along the line of regionalism could be found in the idea of enlarging ASEAN to such an extent that Japan could be a member of this integrative entity and play a significant part in developing a common market in this region.

6) Coalition of middle powers

There is an advocacy among some segment of Japanese intellectuals that Japan come to an identification with the middle powers, such as Canada, Australia and Brazil, in order to perform an international role more actively. This last option Japanese external course of action is worth more considering in view of its meaning for the theme at this Conference.

(4) JAPAN AS MIDDLE POWER

In the present world of economic interdependence, there seems to be a number of problems which could be more easily tackled through collaboration among the nations of middle power with less involvement of big powers which are more security-minded and still not free from the cold war syndrome.

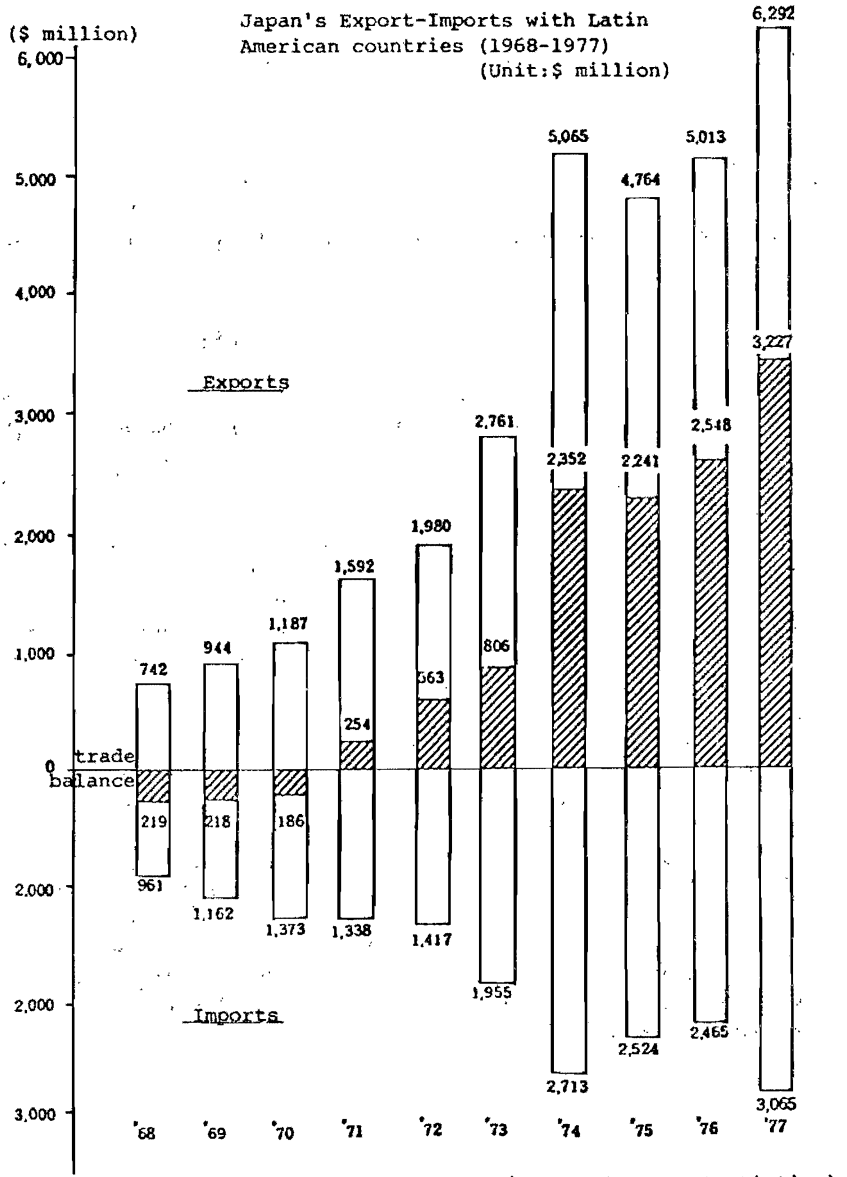
There may be a room for middle powers to play a role through their coalition for applying a brake on arms race going on among big powers. The activities of peace-keeping forces of the U. N. in the conflict area are certainly the tasks appropriate for the middle powers to shoulder. The middle powers share their common destiny and interests in maintaining international peace and in promoting international cooperation.

One could find another important task for the coalition of middle powers to perform; namely, serving as a mediator in the arena of North-South conflict and even playing a role of go-between in making for smooth development of dialogue between North and South. There are many other issues conceivable for the coalition of middle powers to serve the purpose of maintaining international peace and of attaining social, economic development all over the world.

The national society in which the stratum of the middle class is wide and solid, and it has a strong voice in directing a national course, is healthy and stable. I am convinced that this is the case with the international society, too.

Table A

Export-Imports with Japan

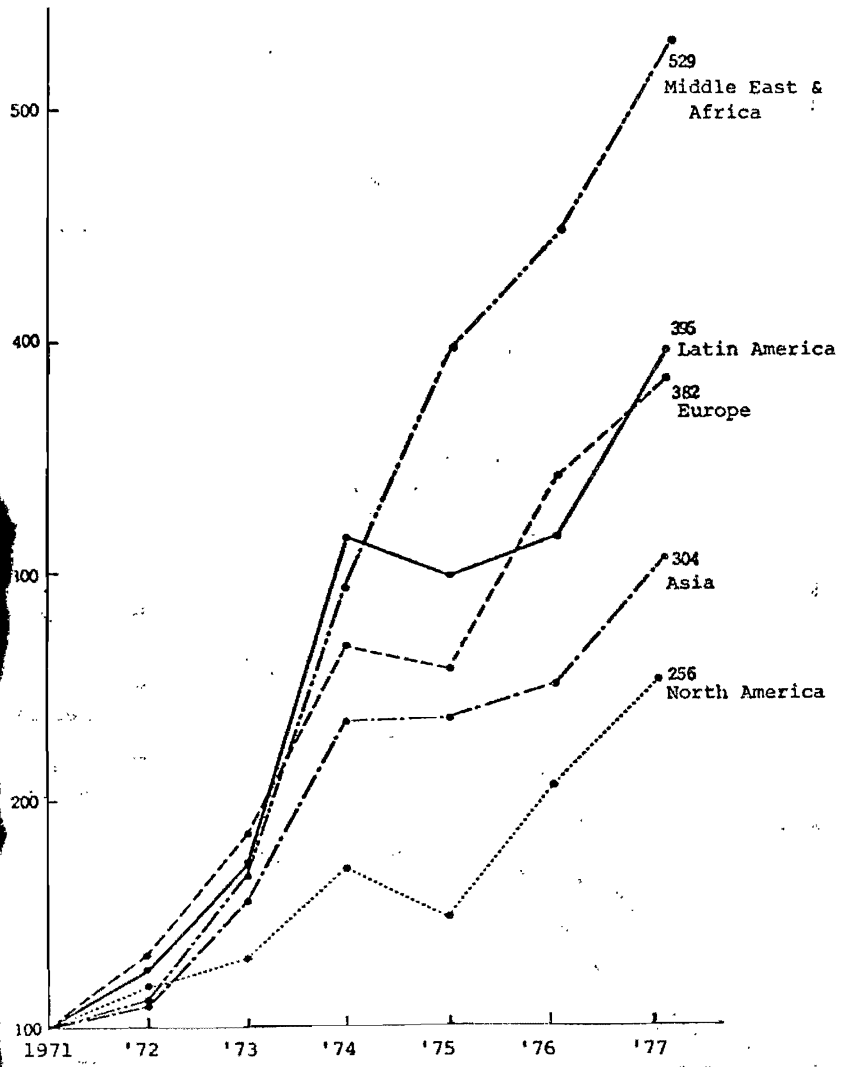


(Source:Customs Statistics)

Table B

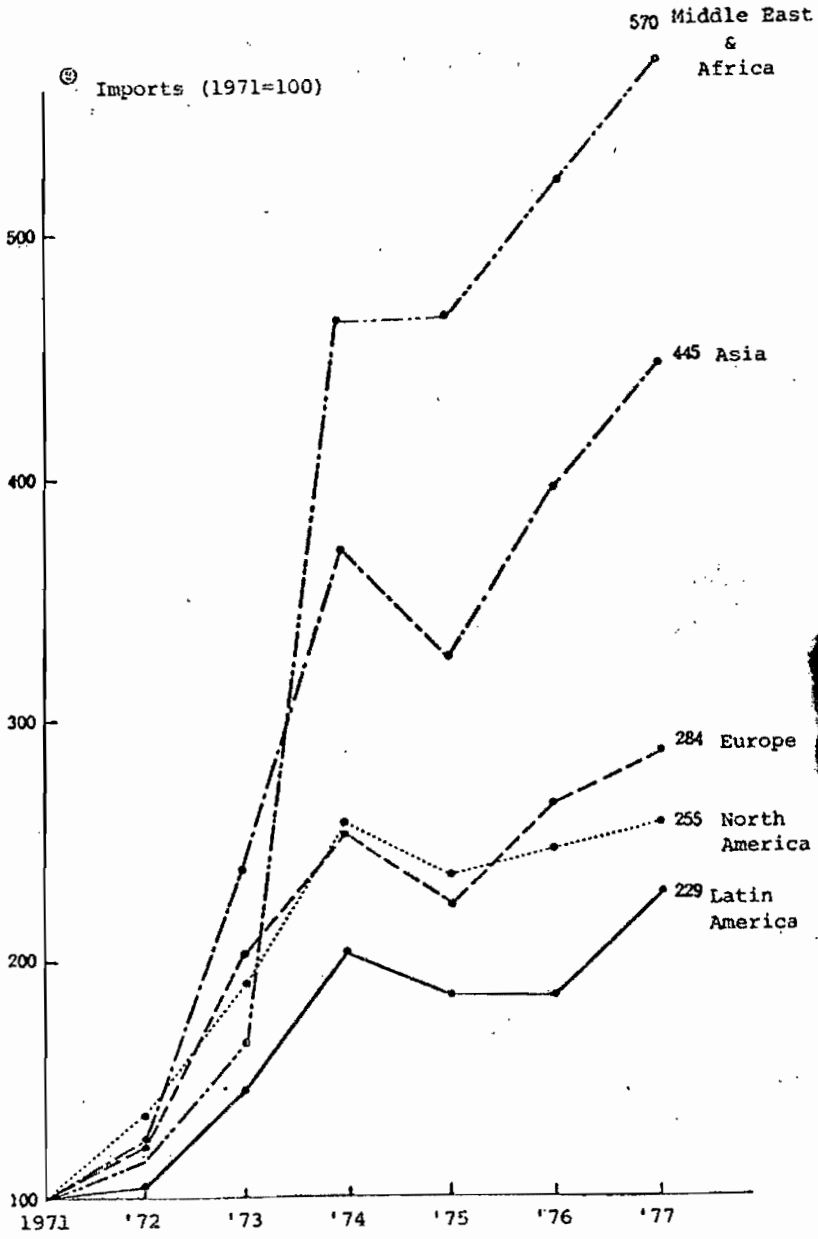
Geographical distribution of Japanese trade (1971-1977)

① Exports (1971=100)



(Source:Customs Statistics)

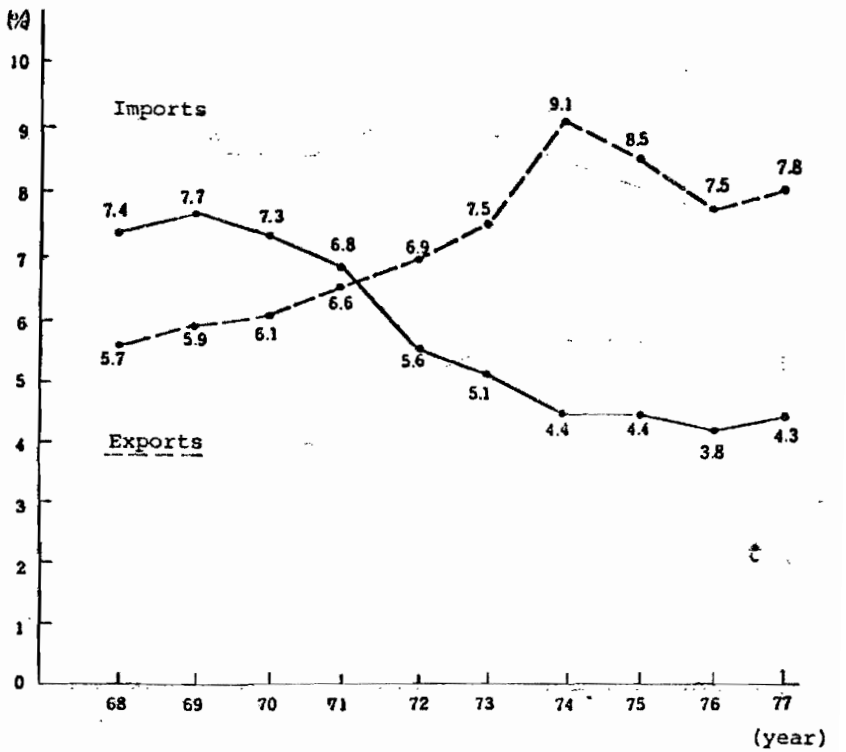
able C



(Source:Customs Statistics)

Table D

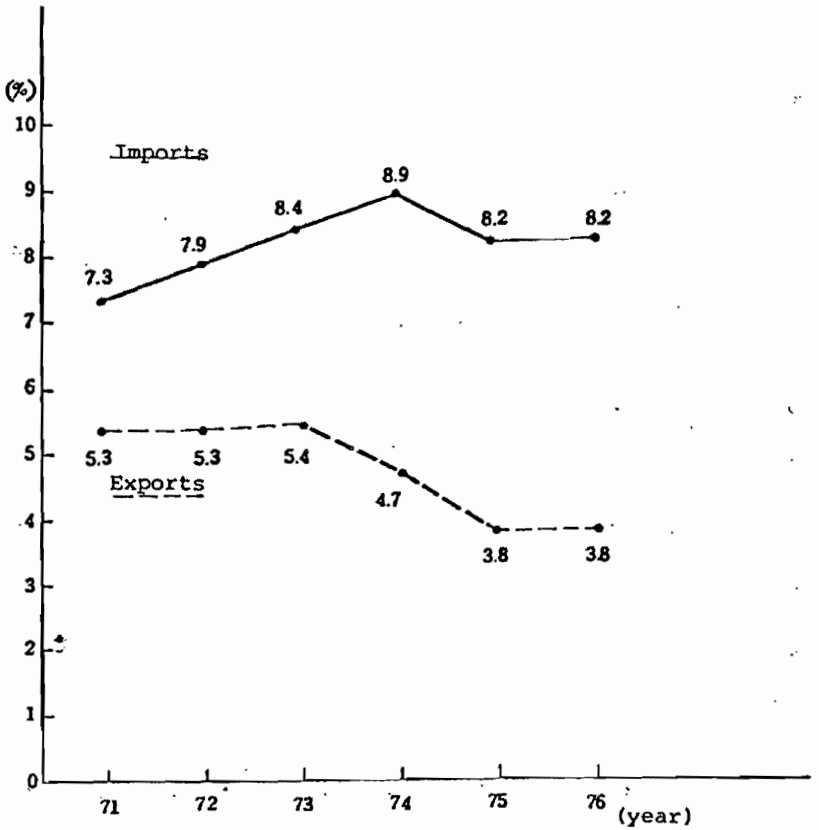
Latin American share in Japanese trade (1968-1977)



(Source:Customs Statistics)

Table E

Japanese share in Latin American trade (1971-1976)

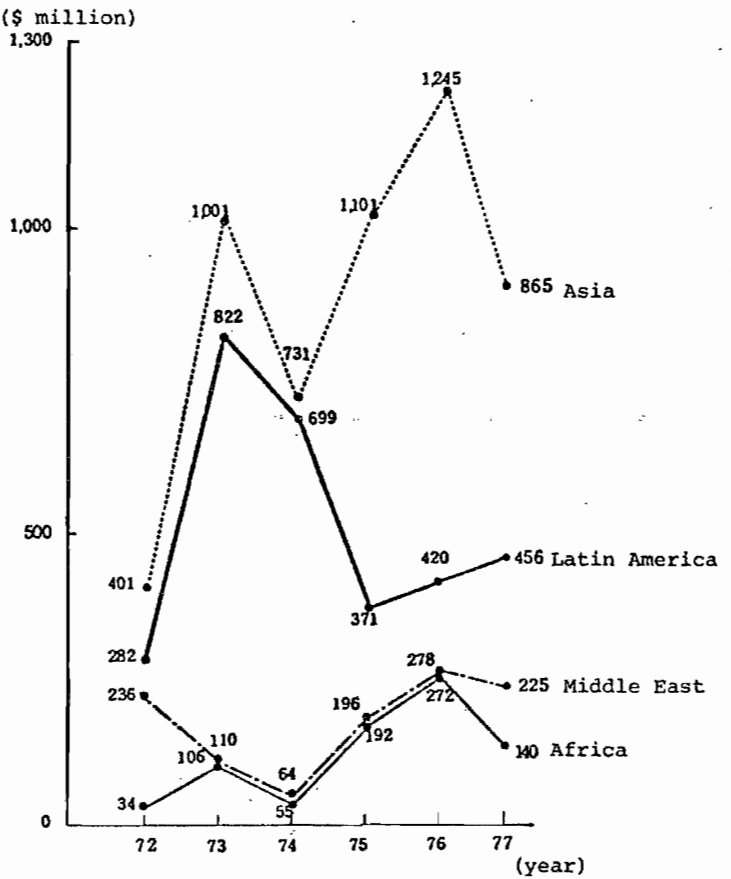


Source : UN "YEARBOOK OF INTERNATIONAL TRADE STATISTICS, 1976 Vol.1"

Table F

Investment in Latin America

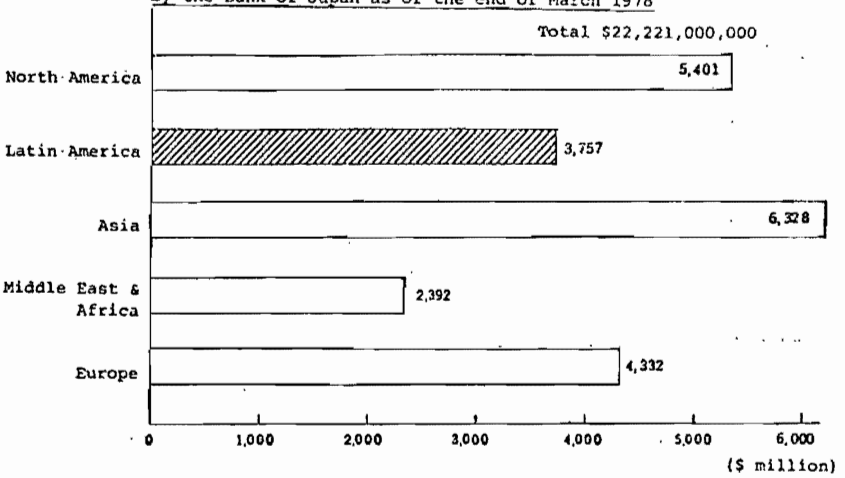
Japanese direct investments in developing countries, 1972-77: amounts authorized by the Bank of Japan
(Unit: $million)



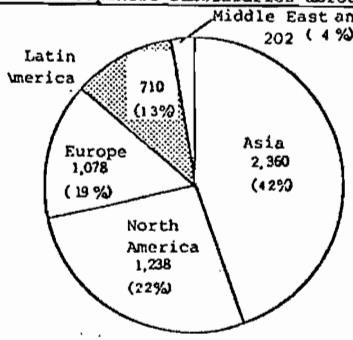
(Source:Statistics of Bank of Japan)

Table G

Japanese private investments by area: amounts authorized by the Bank of Japan as of the end of March 1978



Number of Japanese subsidiaries abroad (share in percent)



(Source: Toyo Keizai Shimpo, "Kaigai Shinshutsu Kigyo Soran" October 1977)

CUBA'S CASTRO AND AFRICA'S CASTRATION: A CASE-STUDY IN MICRO-DEPENDENCY

Ali A. Mazrui
in association with
Lemuel Johnson
and
Rovan Locke

We accept the proposition that the worst kind of dependency lies in North-South interaction. But emphasizing this dimension should not go to the extent of ignoring other dimensions. It is simply not true that all forms of international dependency concern interactions between the Northern Hemisphere and the South, or between industrialism and sources of raw materials. There are important forms of dependency among industrialized nations themselves. Increasingly, there are also forms of dependency between one country in the Third World and another; or between one region of the Third World and another. Dependency is a form of political castration.

For the purposes of this essay dependency between one country in the Northern Hemisphere and another or between one industrialized state and another, is categorized as **macro-dependency.** This involves variations in power within the upper stratum of the world system. Macro-dependency is thus **upper-horizontal,** involving variations in affluence among the affluent, or degrees of might among the mighty.

Micro-dependency for our purposes here concerns variations of technical development among the under-developed, or relative influence among the weak, or degrees of power among those that are basically exploited. The dependency of some West African countries upon Nigeria, or of some of the Gulf States upon Iran or Saudi Arabia, are cases of micro-dependency. We shall return to this level more fully later, but let us first begin with the phenomenon of **macro-dependency.**

Two inter-related events in the twentieth century have helped to shape the nature of variations in power among countries of the Northern Hemisphere. These were complex events rather than single occurrences. One was World War II and its aftermath, resulting in a resilient bi-polar system involving two super-powers, the United States and the Soviet Union. The other factor was itself in part an aspect of the aftermath of World War II. The second factor behind

variations in power has been the collapse of the old European Empire and the relative political shrinkage of Europe as a global force.

Both the First World of the West and the Second World of the Soviet Bloc evolved complex hegemonic relationships. With Europe shattered by the war, and seemingly vulnerable to desperate ideological solutions, the United States embarked on a major economic program of reconstruction for Europe. In the devastation of the war, Europe definitely had surplus need of the United States and was experiencing deficit control over its own destiny. On june 5, 1947, the Second Secretary of State, George C. Marshall, in an address at Harvard University, proposed a plan of American aid to help European rehabilitation and recovery. The United States seemed almost frightened by the gap in power between itself and European countries; but it was even more afraid of the implications of that gap for the survival of liberal democracy in Europe.

The aid that Marshall proposed included the condition that European states should act together in estimating their need and in planning their rehabilitation. Sixteen European states (later joined by the Federal Republic of Germany) set to work to draw up an inventory of requirements and resources. They then applied to the United States for loans and gifts of over 21 billion dollars for the period 1948-52. The stage was set for one kind of macrodependency, though the Marshall Plan itself seemed in part to reduce European dependency on the United States by enabling Europe to recover from its own devastation.

Another form of macro-dependency came with the establishment of the North Atlantic Organization within a year of the launching the European Recovery Program under the Marshall Plan. On april 4, 1949, Belgium, Canada, Denmark, France, Great Britain, Iceland, Italy, Luxembourg, The Netherlands, Norway, Portugal, and the United States signed a treaty in Washington, D. C. for collective security. The alliance was later joined by Turkey and Greece, and the Federal Republic of Germany. The American nuclear power umbrella provided patriarchal protection for the Western World a whole.

The third aspect of macro-dependency involved relations between the United States and Japan following the American occupation of Japan. The original security treaty between Japan and the United States was signed, with the peace pact, in 1951, and was designed for what Article 1 described as "the maintenance of international peace and security in the Far East". The original version was even more blatently based on dependent relationships, for it provided no prior consultation with Japan should American forces based in Japan be used on military assignments outside the country. The treaty has since been modified to reduce the more blatent aspects of macro-dependen-

cy. But on the whole the desmilitarization of Japan has meant de facto American hegemony in the military field.

This relationship was stabilized by the rather unusual and controversial Chapter 2, Article 9, of the Constitution of Japan. Under this provision, the people of Japan would aspire to peace and "for ever renounce was as asovereign right of the nation and the threat or use of force as means of settling international disputes". The Article was originally interpreted to mean that Japan would not maintain any land, sea or air forces, or permit other war potential on its soil. But subsequent constitutional usage has permitted minimal forces of self-defense. However, Japan is on the whole a case of self-castration in the military field.

Lenin did not recognise any distinction between subjugation of one industrialized country by another (macro-dependency) and imperialist subjugation of an underdeveloped country by an industrialized one (vertical dependency). Kautsky had asserted: [1]

"Imperialism is a product of highly developed industrial capital. It consist in the striving of every industrial capitalist nation to bring under its control or to annex larger and larger areas of agrarian territory, irrespective of what nations inhabit those regions."

Lenin rejects this formulation as "utterly worthless because it... Arbitrarily and inaccurately connects this questions only with industrial capital in the countries which annex other nations, and in an equally arbitrary and inaccurate manner pushes into the forefront the annexation of agrarian regions".

Lenin continues to emphasize that the dialectic of imperialism included a striving for annexation, but it was not simply a case of industrial states seeking agrarian colonies. [2]

"The characteristic feature of imperialism is precisely that it strives to annex not only agrarian territories but even most highly industrialized regions (German appetite for Belgium, French appetite for Lorraine)..."

This was a rejection of any clear distinction between vertical dependency and macro-dependency. Others later on might have referred also to the Soviet Union's appetite for the Baltic States, or for portions of Poland and Finland. Lenin mistook the dynamic of imperialism for the dynamic of capitalism. In the history of the West, the two were indeed inter-connected; but history has since proved that the abolition of capitalism in a major power was no guarantee that the power would not become imperialistic.

[1] **Die Neue Zeit**, 1914, 2, Vol. 32, p. 909, september 11, 1914. The emphasis is Kautsky's.
[2] **Lenin, Imperialism**, op. cit., pp. 783-784.

But Lenin was at least on the right track in assuming a logic of interaction between vertical colonization of agrarian countries by industrial countries and horizontal colonization of industrial countries by other industrial states. Lenin did not fully understand the nature of the interaction between vertical dependency and horizontal macro-dependency, but it was a step in the right direction to assume a profound linkage between the two.

We shall return to other aspects of this linkage subsequently in our analysis. For the time being let us now turn our attention to problems of sub-hegemonic relations between countries in the Third World itself.

OF DEPENDENCY AND MICRO-DEPENDENCY

Quite simply, international micro-dependency arises in a situation where one section of the underdeveloped or underprivileged world is disproportionately reliant upon another or disproportionately influenced by another. The other side of the coin of micro-dependency is micro-imperialism of what is more often referred to as sub-imperialim. The power of Saudi Arabia in the rest of the Arab World has become micro-imperial. The role of Nigeria in Africa is slowly taking a similar direction.

Micro-dependency could be either **congruous** and natural, or it could be **incongruous** and unnatural. Congruous micro-dependency arises where a much larger country, or a much dicher country in the Third World, acquires undue influence over a smaller or poorer neighbor. When Brazil begins to exercise greater influence on Uruguay, for example, the relationship would have a natural and congruous dynamic. If Nigeria already exercises disproportionate influence on Niger, that again is a case of congruous hegemony by Nigeria and congruous micro-dependency on the part of Niger.

An incongruous or unnatural micro-dependency arises when either the bigger is dependent on the smaller or the richer upon the poorer, or the well-informed upon the ignorant.

Thus a situation in which a particular Caribbean island becomes dependent on the African continente for support in order to realize liberation from American hegemony would be a case of natural international micro-dependency. On the other hand, a situation in which it is Africa that is dependent upon the Caribbean for fundamental areas of its own continental liberation would be clearly a case of incongruous or unnatural international micro-dependency.

It should be emphasized at this stage that to describe a certain form of sub-dependency as natural is not necessarily to accept it as

inevitable. Afterall, historiacally important areas of both private and public morality have required subordination of what is natural to what is right. Civilization has often developed on the basis of both exploiting nature and controlling nature. That side of civilization which is concerned with values and principles has inevitably required the taming of nature. While therefore it might well be natural that the bigger should have excessive influence over the smaller, or the richer over the weaker, or the well-informed over the lesser informed, this could still be an aspect of nature which needs to be subjected to the modifying calculus of morality.

Of the three continents of the Third World (Africa, Asia and South America), Africa contains the highest number of the least developed countries and the continent as a whole has the lowest per capita income. Africa's potential in terms of resources is of course considerable, but the degree to which those resources have for the time being been adequately exploited, or the benefits equitably distributed, is still very modest.

Partly because Africa is in this sense the least developed of the three continents of the Third World, it has been particularly susceptible to micro-dependency. Africans in the twentieth century have much more often been followers than leaders, responsive rather than innovative. For much of Africa the twentieth century is a century of both cruel exploitation by others and voluntary initiation of others. Imperialism and dependency continue to flourish even in those countries in Africa that are now nominally sovereign.

But while vertical dependency upon northern metropolitan countries has basically been disfunctional to the interests of African societies, micro-dependency upon other parts of the Third World has at times served liberating functions for Africa. The micro-dependency was at times a form of solidarity however asymmetrical. And yet the question could still be raised as to whether Africans needed to be followers so often even in the politics of the Third World.

The three forms of solidarity in the twentieth century have been, first, the Afro-Asian movement; secondly, the politics of Afro-Arab alignments; and more recently the emergence of Afro-Latin collaboration, involving special areas of contact between Africa and Latin America.

In addition to these three forms of solidarity implicit in Afro-Asianism, Afro-Arabism and Afro-Latinism, there is the broader Third World movement as a whole, including its latest platform of struggle for a New International Economic Order.

As between the older alignment of Afro-Asianism and the new collaboration of Afro-Latinism, there has been a shift in favor of the new in matters concerned with liberation. The role of Cuba as an Afro-Latin country is particularly crucial with regard to his shift.

But while Afro-Asianism has indeed declined as a basis of solidarity, Afro-Arabism as an overlapping sub-category of solidarity has become stronger in the 1970's.

The evolving African micro-dependency upon the Arabs is mainly economic and to some extent cultural; whereas African micro-dependency upon Latin-America is partly military and to some extent ideological. The Arab role in the years to come could be vital for Africa's development; while Cuba's role has already become significant in Africa's liberation.

The old solidarity of Afro-Asianism arose primarily from a sense of shared racial humiliation among the non-white peoples of Africa and Asia. The racial humiliation had included the shared experience of colonialism in Africa and Asia. But while some parts of Asia were never directly annexed by Europeans, and while Ethiopia and Liberia were permitted at least nominal sovereignty by the European powers, all Africans and Asians had indeed experienced in some degree or another a form of racial humiliation. The struggle against racism and the struggle against colonialism were at the heart of Afro-Asian solidarity.

While the solidarity persisted, it was clear that leadership came primarily from the Asian part of the alliance. The most important meeting of the mood was held in Bandung in Indonesia in 1955. There was wery modest African representation then, partly because the bulk of the continent of Africa was still under colonial rule. Ten years later President Sukarno hosted another meeting in Indonesia, and partly celebrated the acquisition of a nuclear capability by the first Asian country, the People's Republic of China.

The doctrine of non-alignment was also born in Asia. Jawaharlal Nehru was virtually the founder of the movement, and remained its most important spokesman until the 1960's. One African country after another on attaining independence, embraced at least the rhetoric of non-alignment in its conduct of foreign relations.

India under Nehru also led the way in voluntary membership of the (British) Commonwealth. When their turn came one African country after another, previously ruled by Britain, decided to follow India's precedent and accede to the Commonwealth. Later on the People's Republic of China also became influential in Afro - Asian circles, though by no means as universally popular as Nehru's India had been for least a while.

But then things began to change. By 1965 even the prophet of negritude, President Leopold Senghor of Senegal, could say: [3]

[3] See **Africa Diary, june 19-25, 1965.**

"For my part, I think Afro-Asianism has been superceded, for this form of solidarity should be extended to Latin America and to tiers monde in general."

A few months later an unusual conference took place in Havana. Cuba was host to an Asian-African-Latin American conference of solidarity, sponsored by the Afro-Asian Peoples Solidarity Organization. The conference went on from january 3-15, 1966. Eighty-two countries were represented. The outcome was the creation of a Tri-Continental Peoples' Solidarity Organization, with an Executive Committee provisionally in Havana. The Committee was to consist of four representatives from each of the three continents, with an Executive Secretary. There was also to be a Liberation Committee.

The conference in Havana was primarily of radicals. Its impact on world affairs was negligible. Yet is probably qualifies as an important landmark in the evolution of the concept of the Third World.

Also a landmark at the governmental level was a conference which had taken place two years earlier in Geneva. This was the first United Nations Conference on Trade and Development. Latin America, Asia and Africa had confronted the developed countries of the world —and demanded a transformation of the international trade system in the direction of better terms for producers of primary products and more concern for the needs of the underdeveloped world at large. The idea of "collective bargaining", which had vastly changed the lives of the poor in the industrialized countries themselves as part of the history of labor unions, was now being tried for the first time at the level of inter-state relations. For a brief period in 1964 the poor of the whole world had formed a global "trade union", and were bargaining away at a conference table in Geneva. A groping had started for some kind of collective answer to a shared economic weakness.

That is why the concept of the Third World signified a major shift in self-conception among the countries concerned. As we indicated, Afro-Asianism had been a solidarity of a shared humiliation as colored people. But the concept of the Third World is an attempt to transcend the bonds of color and to emphasize instead the bonds of shared poverty. Mamadou Dia, the former Prime Minister of Senegal, called the first section of his book "The Revolt of the Proletarian Nations". Ideas of Afro-Asian solidarity were still implicit in much of Dia's discussion, but the emphasis was moving from pan-pigmentationalism, the affinity of color, to pan-proletarianism, the affinity of being economically under-privileged. Almost as if he was defending this shift of emphasis Dia quoted Gabriel Ardant's powerful line that the "geography of hunger is also the geography of

death".[4] And the bonds of a joint struggle for survival came to redefine the frontiers of allegiance among the nations concerned.

But although leaders of thought in Africa like Dia and Senghor were indeed pointing to the shared predicament which binds Africa with the rest of the Third World, most of the initiatives in the struggle were coming from outside Africa.

Latin America's contribution has been partly intellectual and theoretical. The whole body of literature, of which this paper of mine is now a part, the literature on dependency, was born out of the womb of Latin America's experience. Much of the literature on **dependencia** is still in Spanish and Portuguese and therefore inaccessible to the bulk of African intellectuals and writers, but some of the writers that have influenced Africa have themselves been influenced in turn by the Latin-American experience. André Gunder Frank, widely regarded in the English-speaking world as "the Copernicus of the new paradigm" was intellectually transformed by greater contact with Latin-America's experience.[5]

"...Frank admits this quite explicitly: he went to Latin-America a liberal, and rapidly became a revolutionary in response to various circumstances, above all the Cuban revolution."

Since then African writers and analysts have made their own contribution to the literature on dependency. Among the most influential of the African economists of this school is Samir Amin. As a reviewer in the **Canadian Journal of African Studies** put it, "In theoretical perspective and prolific output, Samir Amin has become Africa's counterpart to Latin America's Andre Gunder Frank among the radical anti-imperialists".[6]

The link between paradigms in the social sciences on the one side, and ideology on the other, can be very close. The theoretical formu-

[4] See Dia, **The African Nations and World Solidarity** (Translated by Mercer Cook). (London: Thames and Hudson, 1962.) Ardant is quoted on p. 19.

[5] See Aidan Foster-Carter, "From Rostow to Gunder Frank: Conflicting Paradigms in the Analysis of Underdevelopment", **World Development**, Vol. 4, Nº 2, march 1976, p. 176. Aidan Foster-Carter argues that if "Frank is the Copernicus of the new paradigm, then Baran is surely its Aristarchus — an older visionary that apprehended the same truth, but was for a while far less influential". See Paul A. Baran, **The Political Economy of Growth** (New York: Monthly Review Press, 1957, and Andre Gunder Frank, **Capitalism and Under development in Latin America** (New York: Monthly Review Press, 1969). A helpful critical survey of the Latin American structuralists is P. O'Brien, "A Critique of Latin American Theories of Dependency" (Institute of Latin American Studies, University of Glasgow, march 1973, mimeó.).

[6] The reviewer is quoted on the cover of Amin's book, **Neo-Colonialism in West Africa** (New York and London: Monthly Review Press, 1973).

lation of the Latin American school of dependency may not be all that far removed from the ideological formulation of Frantz Fanon, another Latin American benefactor of Africa. Fanon, a Martiniquan, who immersed himself in the Algerian war against France and formulated brilliant theories on the necessity of bloody revolution, was destined to capture the imagination of young radicals in much of the black world. French-speaking Africans were among the first to respond to Fanon's stimulation. Some of the observers of the rebellion in Zaire (then known as the Congo) in 1964-65 even suspected that Fanon, along with the Algerians and the Chinese, constituted part of the total external influence on the techniques of that rebellion. Roger Anstey, the British historian, put it in the following terms: [7]

"Ferocity in of war is known well enough in Africa, but the continuing calculated murderousness of the rebellion seems to have about it some imported revolutionary method... It is at least credible that such methods should stem from Chinese and Algerian techniques of revolution, whilst it may also be relevant to recall the vogue currently enjoyed in some French-speaking circles by the late Frantz Fanon..."

In Fanon we have the attempt to formulate strategies of national liberation and revolution. Unlike Marx and Engels, Fanon put his faith not in the proletariat but in the peasantry.

But from an African point of view, Fanon's success in reinstating the peasantry in the mainstream of history has to be put alongside Fanon's achievement in reinstating race into the mainstream of radical social analysis. Fanon wants us to look at Marxism again against the background of the salience of race in the colonial experience. After all, within the colonial situation, "it is neither the act of owning factories nor estates, nor a bank balance which distinguishes the governing class, the governing race is first and foremost those who come from elsewhere, those who are unlike the original inhabitants, 'the others' ". [8]

Fanon goes on to argue that the colonial world is divided into compartments inhabited by "two different species". There were indeed economic realities, in terms of who owned what, but there were also human realities in terms of who was what. [9]

"When you examine at close quarters the colonial context, it is evident that what parcels out the world begins with the fact of belonging or not belonging to a given race, a given species. In the colonies economic sub-structure is also a super-structure. The cause is the con-

[7] Anstey, "The Congo Rebellion", **The World Today** (Chatham House), Vol. XXI, Nº 4, april 1965. Fanon's most influential work has of course been **The Wretched of the Earth** (Translated into English by Constance Farrington). (New York: Grove Press, 1963.)

[8] The Wretched of the Earth, ibíd., p. 33.

[9] Ibíd., p. 32.

sequence; you are rich because you are white, you are white because you are rich. This is why Marxist analysis should always be slightly stretched every time we have to do with the colonial problem."

The ideas of Frantz Fanon when added to the theories of dependency emanating from Latin America, have together constituted part of the intellectual leadership of Latin America in the whole struggle for liberation in the Third World. The Latin American structuralists have been inspired in their theories by the neocolonial experience in Latin America itself. Frantz Fanon, on the other hand, is a **culturalist** in his interpretation of the colonial predicament. To understand the realities of the colonial experience both the structural and the cultural dimensions have to be understood. Latin America as a region of the Third World provides virtually a paradigm of structural dependency; while Africa provides a striking paradigm of cultural dependency. It is the more fitting that structuralist writers like Gunder Frank have based their sharp formulations on Latin American experience, while Frantz Fanon has used Africa as his ultimate paradigm of racial and cultural subjugation.

But while Africa has inspired the ideas of Fanon, as well as provided his racial ancestry, Africans have once again been followers rather than leaders. Intellectual micro-dependency continues to manifest itself in the African response to these theoretical and ideological traffic indicators provided by the other parts of the Third World.

In addition to theorists of dependency, and the ideas of Frantz Fanon, there is also the ideological experiment of Castro's Cuba. This last completes the triumvirate of intellectual examples that Latin America has provided to the African continent.

We mentioned earlier that behind Gunder Frank's radicalization was the experience of the Cuban revolution, just as behind Frantz Fanon's radicalization was the experience of the Algerian revolution. The two revolutions together merged into a heritage of radical Afro-Latinism.

But unlike Algeria, Cuba has continued to command revolutionary admiration. For Africa it does provide an organizational miracle. There is a possibility that Cuba might now influence organizational changes in a country like Angola. Cuban lessons might include efficient ways of organizing limited medical services, more equitable ways of distributing other national resource, more relevant ways of giving the masses a sense of participation, more solid ways of constructing an egalitarian society.

But two things remain uncertain. Can Cuba's organizational success be adequately transplanted onto African soil? Secondly, can Cuba's organizational success adequately survive the island's economic re-integration with the rest of the Western hemisphere in the years ahead?

Can Cuba's austere socialism survive a new invasion of American businessmen and tourists?

These are still unanswered questions. To that extent we are still uncertain as to whether the Cuban paradigm might turn out to be an effective organizational contribution from Latin America to the African continent. If that were to happen, once again a form of imitiative micro-dependency of Africa upon Latin America might re-emerge.

The impact of Cuba on the whole concept of the Third World has probably been crucial. Until the Cuban revolution Afro-Asian radicals found it hard to identify themselves with Latin America except within the restricted boundaries of literary nationalism and of empathy for the Blacks and Indians of the American hemisphere. But the Cuban assertion of independence from the hegemony of the United States dramatically widened the area of Afro-Asian identification with Latin America. At first Castro was regarded as the first symbol of militant non-alignment in the Western hemisphere. He even attended the Belgrade Conference of the Non-Aligned in 1961, along with a less militant Brazil. Castro's drift into military entanglement with the Soviet Union later disillusioned some of his non-aligned friends. But the impact of Castro's defiance of the United States, and of the social transformation he implemented at home, gave Cuba the youthful status of a "new state" — and continued to give Castro himself the rank of a crucial revolutionary of the new age. In short Castro was part of the credentials of Latin America for its admission into Third World solidarity.

CASTRO'S WARRIORS IN AFRICAN WARS

On february 16, 1965, following the bombing of two Uganda villages by Congolese planes of American manufacture, three ministers of the Uganda government publically submitted a protest to the American Embassy in Kampala. The first two demands made in the protest note were that the United States should stop giving military aid to the Congo, and should "withdraw the Cuban rebels from the Congo".[10] Castro's adversaries in exile seemed to be easing their frustration by offering themselves as mercenaries to Tshombe's regime.

But this was only one aspect of these initial Cuban intrusions into African affairs. An earlier aspect was Cuba's participation in the events which led up to the Zanzibar revolutions. In historical terms it is perhaps too early to be sure — but it seems very likely that the example of the Cuban revolution helped to influence the shape of the Zanzibar revolution of january 1964. John Okello might indeed have been

[10] See **New York Times**, november 1, 1964; **Uganda Argus**, february 17, 1965; **Uganda Argus**, february 19, 1965.

the spearhead of the revolution — and Okello was not a plausible Marxist. Yet the revolution did take a Marxist orientation soon after it occurred — and Okello was ousted before long. The legation that Abdul Rahman Babu, the Zanzibari Marxist, had established in Cuba well before the revolution, and the training of Zanzibari militiamen that probably took place on the Caribbean island, must have affected the shape of things to come in Zanzibar. Indeed, the very fact that Cuba was an island made it a plausible paradigm for revolutionaries from Zanzibar.

The act itself of overthrowing the Sultan's regime had probably had no connection with Cuba. There was a widely publicized report that Cuban militiamen were among the Zanzibari revolutionaries. But Michael Lofchie's theory about the source of the confusion is persuasive. It is probable that the Cuban rumour was due to the presence of several trade union leaders who had joined the Zanzibari revolutionaries early on the first day of the new year. Lofchie points out that: [11]

"Many members of the group had adopted the Cuban style of dress and appearance, and even employed the Cuban cry 'Venceremos' (We Shall Conquer) as a political symbol. Their Cuban type of uniform set them off clearly from the (Afro-Shirazi Youth League) members and was probably the base of the report that the revolutionary army contained Cuban soldiers."

Yet even if the overthrow of the Sultan's regime had nothing to do with the Cuban revolution, the direction of change following the royal ouster of Zanzibar might well have been inspired by the momentous precedent in the Caribbean more than five years earlier. [12]

In some cases later on Cubans allowed themselves to be hired as the equivalent of the Swiss Guard for the Pope — soldiers to help maintain the viability of particular African palaces. Regimes in Africa which have used Cubans over the years have ranged from the Government of Sierra Leone to the Government of the Republic of the Congo (Brazzaville). Now it is the Government of Ethiopia.

But the most dramatic Cuban intervention in African affairs came in 1976 in the course of the final stages of the Angolan civil war. The Cubans arrived in Angola on the side of the Popular Movement for the Liberation of Angola (MPLA).

As against the rival movement of the National Front for the Liberation of Angola (FNLA) and the National Union for the Total

[11] Michael Lofchie, **Zanzibar Background to Revolution** (Princeton: University Press, 1965), p. 276. Consult also Mazrui, "The Caribbean Impact on African Nationalism", **op. cit.**

[12] This part of the paper has borrowed from Mazrui, "Africa and the Third World", **On Heroes and Uhru-Worship** (London: Longman, 1967), pp. 224-229.

Independence of Angola (UNITA), there seems to be little doubt that Cuban support for MPLA was decisive in tilting the balance, though there were additional factors which helped to MPLA. Among these additional factors was the support that South Africa temporarily gave to Agostinho Neto's enemies. UNITA's flirtation with South Africa especially was disasterous for the movement from the point of view of its standing in African circles. While many African states had previously been ready to push for a coalition government to rule Angola after the departure of the Portuguese, many of these same governments later decided to give moral support to MPLA in reaction against UNITA's flirtation with South Africa.

It remains to be seen if Cuban troops would be used either in Zimbabwe or in Namibia. It must not be forgotten that there was no Cuban army to help the liberation of Angola for as long as the Portuguese were still in ocupation. MPLA fought the Portuguese for two decades without getting the active support of Cuban troops and without an adequate supply of advanced heavy weaponry from the Soviet Union. It was only after the Portuguese left Angola in november 1975 — and the war had become primarily one among Africans themselves — that the Cubans were suddenly available for Angola's liberation, and the Soviet Union was at last willing to supply war planes and heavy artillery.

The conclusion is irresistable — neither the Soviet Union nor Cuba wanted to fight the Portuguese colonialists and risk confrontation with the North Atlantic Treaty Organization.

Have the Soviet Union and Cuba now acquired enough confidence to move directly into Namibia and help SWAPO throw out apartheid and South Africa's domination? Again, there is still no adequate evidence that Russian and Cuban liberators are prepared to risk such a direct confrontation with South Africa. Are they once again waiting until "the natives" begin to fight each other before moving in with an army to help one of the factions?

What about Zimbabwe? Will Cubans and Russians move in to help the Patriotic Front? The prospects for Soviet-Cuban support against Smith in Zimbabwe are slightly brighter than prospects for such support being available against Botha in Namibia, let alone in South Africa itself. But on balance there seems little doubt that the Russians and Cubans would prefer to wait until the war is directly a conflict between blacks themselves in Zimbabwe before they go to the extent of providing war planes to one of the factions or importing an additional army to back their favourites.

Once again, while not denying the impressive difference Cuba has made to prospects for liberation in Southern Africa, the timing of the Cuban intervention in Angola raises questions about the extent of Castro's commitment to African liberation. In Ethiopia it raises

questions about Castro's commitment to the national integrity of African States.

There has been a suggestion in some circles that Cuba's intervention is in fact a kind of renewed validation of Pan-Africanism. Afterall, Cuba's population is at least forty per cent black in one sense or another. In the streets of Mexico City I have myself known the excitement of being mistaken for a Cuban. It gave me a feeling about the wide distribution of people of African descent in the Western hemisphere.

In his effort to legitimize Cuba's intervention in Angola Castro himself has emphasized the African blood flowing in the veins of many Cubans. In his rhetoric he has even suggested it was flowing in his own veins, though that seems to be a statement made more in response to the exigencies of the Angolan situation than in response to the boundaries of genuine biological self-definition.

At the Second General Meeting of the African Association of Political Science held in Lagos, Nigeria, in April 1976, a relative of President Neto of Angola also attempted to legitimize Cuba's participation in an African civil war on the grounds that Cuba was "an Afro-Caribbean country". But if the United States were to start describing itself as fundamentally an "Afro-Caucasian country" would that help to give Washington legitimacy to participate in a future African war? Is the presence of people of African ancestry in a country outside Africa an adequate basis for the intervention by that external country in an internal African conflict?

But there were positive aspects also to Castro's claim on the issue of race. Afterall, under his revolution, Cuba has witnessed remarkable changes in race relations. A correspondent for the **New York Times**, David Binder, explored this issue once even before Cuba's involvement in the Angolan civil war. He interacted with a Cuban poet of mixed ancestry, Nicola Guillen, from the eastern part of the island. Guillen, a man who began writing verse in the 1920's and soon turned to themes of race and racial oppresion, captured the change in Cuba in the following terms: [13]

> "My revolutionary feeling was awakened by the struggle against racism in Cuba. I was considered black. There was a clearly defined color line in Cuba, a product of 400 years of colonialism that included 60 years under United States influence, particulary the Southern United States. No blacks were allowed in the

[13] David Binder, "Cuba Seems to Vanquish Racism", **The New York Times**, October 9, 1974.

> American hotels here and the Havanna Yacht Club wouldn't even admit President Batista, who was considered a mulatto. Now racism is severely punished with fines and jail sentences. It hasn't disappeared altogether, but we do have lots of mixed marriages now."

The correspondent for the American newspaper noted that at the Hotel Havana Libre mixed marriages were much in evidence among the young Cuban couples "honeymooning on the upper floors".[14] Nor did there seem to him to be any district of Havana or any enterprise or school where darker or lighter Cubans predominated disproportionately.

On balance therefore there is a good record on the side of Castro with regard to the issue of race. But such a good record does not make Cuba's intervention in Angola or Southern Africa a case of Pan-Africanism. Much more relevant would be the question of who made the decision to intervene, what is the actual structure of political power in Cuba as between black and white, and what was the composition of the actual men who were sent to flight in the Angolan civil war. If the United States were to send an army consisting entirely of black Americans to participate in a conflict in Zaire, that would not make the black American intervention a case of Pan-Africanism. One would have to investigate the race of those who made the decision to send those black Americans, the structure within such decisions were made, and whether or not the motives for the intervention were inspired by a solidarity based on shared African ancestry. It is still an open question whether the Cuban intervention qualifies as a kind of Pan-African venture, just as it is still a point of debate whether intervening in 1976 proved commitment to liberation more than intervening before the coup in Portugal in April 1974 would have been. Afterall, Cuban intervention before April 1974 would have been a direct challenge to Portuguese imperialism itself. No such intervention occurred.

As for the arguments that Cuba's intervention in Angola was a case of responding to the legitimate government of the country, that surely would be to beg the question. Afterall, none of the factions yet could be deemed to be the legitimate government of the country. The fact that MPLA controlled the capital city was not an adequate assertion of legitimacy — any more than the previous Portuguese control of the capital was such a validation. Africa had also before witnessed situations where the capital city —like Kinshasa in Zaire— was controlled by a regime which many in Angola itself under MPLA regarded as illegitimate. In previous times the capital city of Zaire

[14] **Ibid.**

was even controlled by Tshombe, with even more limited credentials for legitimacy.

There seems little doubt that the decision in Havana to back MPLA with an additional 12,000 troops drastically tilted the balance in favour of MPLA — and therefore decided the issue for Angolans. UNITA is still kept at bay with Cuban troops.

As it happened, MPLA was probably the best qualified of the three movements to rule a newly liberated country in Southern Africa, situated in close proximity not only to Namibia but, in the ultimate analysis, to the land of apartheid itself. Southern Africa did need a relatively radical Angola if the liberation of the region was to be accomplished. In this case the argument we are putting forward regarding Cuba should not be interpreted as an expression of preference for MPLA's rivals within Angola. This author is quite satisfied that for the time being at any rate there is no evidence to dispute MPLA's superiority in terms of organization and moral purpose, and in terms of potential effectiveness as a base for the liberation of Namibia and one day as an ally in the struggle to liberate South Africa itself.

The point we are raising here, once we accept the superiority of MPLA as against UNITA and FNLA, is whether this kind of issue should have been decided ultimately by a Caribbean factor introduced into a delicate balance of forces. Was the Cuban tail once again wagging the African dog?

Cuba threw out Somali troops from the Ogaden! Was Cuba the new policeman of Africa? Was it the conscience of the O.A.U.?

CONCLUSION

The sub-Saharan sector of the African continent has important areas of linkage with Latin America. Those linkages include the following factors.

First, there is the **black factor** in the racial composition of Latin America. There are millions of people of African ancestry resident within Latin America. Among these are a sizable number of Cubans, as we indicated. There are also millions of black Brazilians.

A second factor which links up sub-Saharan Africa with Latin America is something which will gain in importance in the years ahead, the presence of the Portuguese language in Africa. Brazil is to Portugal what the United States is to Britain, a child that grew too large for the mother. In the case of the United States, she had by the second half of the twentieth century firmly overshadowed Britain in world affairs. Brazil by the second half of the twentieth century is also firmly overshadowing Portugal in world affairs. Just

as the importance of the English language now in the world is increasingly derived from the stature of the United States, the importance of the Portuguese language is increasingly derived from the stature of Brazil. Brazil's future relations with Portuguese-speaking Africa with special reference to Angola, but also Mozambique, Guinea-Bissau and the islands, may become a major factor in the years ahead.

The third factor that makes black Africa have some kind of linkage with Latin America is the nature of its dependency relationship. Latin America is to the United States what Africa is to Western Europe. Western Europe became the colossus of the North for Africa, the U.S. the colossus over Latin America.

The fourth factor linking Latin America with Africa is the nature of their fragmentation. The two continents fragmented into multiple countries, many of them of very limited size and influence.

The fifth factor is the comparable mineral resources. These may sometimes provide a future opportunity to create producer cartels or organizations that might help to influence the nature of the world economy. OPEC is one striking precedent. But for the moment Zambians, Zarians and Chilleans do not have much leverage with regard to copper, since the price is well down. But the fact that they are forced together by a shared mineral concern could have repercussions in their future.

Sixthly, there are comparable agricultural economies. Whereas copper has gone down, coffee is still riding fairly high. What might link Uganda, Kenya and Brazil on the coffee front, could have possibilities later of both cooperation in price-fixing and competition in marketing.

In Third World politics, the two main changes of the 1970's have been the rise of Arab economic influence and the rise of Cuba's military influence in Africa. In East-West relations a major change has been the expansion of Soviet diplomatic leverage in Africa. Through petro-power Afro-Asianism has been strengthened via the Arab connection. Afro-Latinism as a form of solidarity between Africa and Latin America has been strengthened mainly through the Cuban connection.

What is also clear is that relations between the world of socialism and the world of underdevelopment entered a new phase when the Soviet Union began to feel confident enough to tilt the balance in Angola and Ethiopia. Castro's Cuba and Africa's castration created new inter-relationships at the levels of both vertical and micro-dependency.

Once admitted into Third World fellowship, the Latin Americans generally have been among the leaders in intellectual and ideological

formulation behind the struggle of the Third World for a more just global system.

Brazil is also slowly becoming a contender for some kind of leadership in the politics of the Third World, and to some extent some level of sub-imperialism within Africa. The fact that Portuguese-speaking Africa for the time being constitutes part of the most radical element in the African continent, while Brazil itself remains one of the paradigms of capitalist reaction, these two facts together have resulted in a divergence between Portuguese-speaking Africa and the largest Portuguese-speaking country in the world, Brazil. But the size of Brazil, and its growing industrial potential, are likely to make a difference sooner or later in Mozambique's and Angola's response to Brazilian overtures. Socio-linguistic links might in time compensate for ideological differences.

In the meantime, Brazil has at least taken the lead in a few economic initiatives affecting the Third World. African producers of coffee have reason to be grateful to Brazil for the high prices enjoyed by coffee in the second half of the 1970's. At first, it was a case of frost affecting Brazil's production, and reducing the world's supply of coffee. But by the second half of 1977 it had become a clear and open policy of Brazil to keep the prices of coffee high even if it meant her buying up large supplies of coffee on the international market. Brazil's leadership in getting a good price for this popular beverege of the affluent societies heralded Brazil's future function as an originator of Third World initiatives. Struggling economies partly based on coffee looked to Brasilia in 1977 for economic salvation. Even Idi Amin's Uganda managed to stagger along a few economic steps further partly because the prices of coffee continued to be buoyant.

What all this means is that micro-dependency by some Third World countries upon others in the Third World helps to make more effective the struggle of the Third World as a whole for a better deal in the global system. Cuba's role in Africa is thus a case-study.

From this point of view, Afro-Latinism is on the one hand an asymmetrical alignment between Africa and Latin America, involving Africa's micro-dependency on Latin American initiative; but on the other hand Afro-Latinism is also an alliance for liberation, a merger of forces among the exploited, a partnership in the quest for a just world order. Castro's Cuba has for the time being been cast in precisely such a role.

Yet the temptation to make fun of the political eunuch is often great. That temptation is a special case of exploitation. It remains to be seen if Castro will resist the arrogance of machismo at Africa's expense.

LA LUCHA POR LA AUTONOMIA E IDENTIDAD DE LAS POTENCIAS ASIATICAS: EXPERIENCIAS PARA AMERICA LATINA

Walter Sánchez G.

Las consideraciones que a continuación se proponen tienen un doble alcance el primero de carácter teórico y el segundo político.

LECCIONES TEORICAS

El análisis de la política comparada en el Tercer Mundo es rudimentario, excesivamente ideológico y subordinado a paradigmas anglosajones.

Dentro de la disciplina de la Ciencia Política y otras ciencias sociales hay una crisis de los "estudios regionales" y de las teorías de desarrollo político. Hoy día se reconoce los errores del exceso de confianza en las categorías usadas por los analistas anglosajones en el estudio del Tercer Mundo. Ello influye en un grado de desconocimiento e incomunicación entre cientistas sociales de América Latina y otros continentes. Este factor se refleja en la distribución del financiamiento a este tipo de iniciativas. Por una suerte de división internacional del trabajo académico, los países en desarrollo, específicamente Asia y América Latina, se desconocen entre sí y no hay un flujo transcontinental de información que no sea seleccionada o publicada por las instituciones de los países europeos o de EE. UU.[1]

Los estudios de casos, los análisis "ateóricos", los que confirman teorías, los que interpretan y los que generan hipótesis no han logrado dar mucha solvencia a los estudiosos del continente asiático en el Tercer Mundo, como ha observado Chaumers Johnson. Por otro lado, mientras los resultados sobre microproblemas descubren algunas ten-

[1] Muñoz, Heraldo; "The Foreign Policy of China: Third World Perpectives" **Asian Profice**, Vol. 6, Nº 3 (June 1978) pp. 293-298.
El autor hace una interesante crítica de dos libros sobre China y contribuye a formular algunas líneas de investigación para los estudiosos de China en países subdesarrollados. También ver Tang Tsou, "Statemanship and Scholarship", **World Polities** 3 (April, 1974).

dencias, aquellos orientados a macroproblemas los refutan o plantean nuevas alternativas.[2]

Una lección concreta a nivel teórico que se aprende al observar estos análisis es la carencia de una transcontinentalización de proyectos e instituciones que fomenten el mejor entendimiento entre intelectuales de Asia y América Latina. Al comparar la biografía política de nuestra región con la de Asia, ésta aparece examinada por autores extranjeros, mientras que en el caso de India y Japón han existido contribuciones de carácter autóctono en el campo ideológico, político, religioso que nosotros no hemos cultivado suficientemente. La importancia de Bartolomé de las Casas, Bolívar, Bello, aparece menos resaltada que los aportes de los pensadores en el contexto oriental.

Los mensajes de Nehru, Gandhi y del Hinduísmo, Budismo, Taoísmo, Confucianismo, Maoísmo son expresiones socioculturales que representan de alguna manera el desarrollo intelectual y moral de esas civilizaciones. En el caso de Japón y China es más crítica la situación de desconocimiento por nuestra parte. En EE. UU. sólo un 5% de las universidades tienen un Departamento de Asuntos del Japón; 2.000 académicos hablan japonés, 1.000 lo leen; en América Latina esta situación es deplorable al nivel académico e incluso diplomático.[3]

Los estudios de la cultura y política china y japonesa es cierto que han crecido bruscamente, pero su producción, salvo excepciones, ha tenido una orientación más bien geopolítica y de servicio al diseño de la política exterior norteamericana. En este sentido Francia e Inglaterra han logrado avanzar más, pero sus resultados no han sido suficientemente procesados por los latinoamericanos.

En América Latina se cuentan con los dedos de la mano los centros académicos dedicados a los asuntos asiáticos y ello ensancha la brecha de comunicación y probable entendimiento entre nuestros pueblos. Al nivel teórico, es útil aprender estas lecciones por cuanto sirven para ampliar y a autocriticar cierto parroquialismo ideológico que ha predominado en las Ciencias Sociales, en particular la Ciencia Política, en materia de estudios asiáticos.

Desde otro punto de vista, al examinar los logros intelectuales de India, China y Japón nos hace ahondar la preocupación por la falta de "memoria intelectual" que predomina en nuestra región a raíz de

[2] Ver Johnson, Chalmers "Political Science and East Asian Area Studios", **World Politics**, Vol. XXVI, Nº 4, July 1974, pp. 560-575.
Chong Do Hah y Jeffrey Martin "Toward a Synthesis of Conflict and integration Theories of Nationalism", World Politics, XXVII, Nº 3, pp. 360-386, p. 361.

[3] Según versión del Profesor Chihiro Hosoya, el número de estudiantes enrolados para aprender inglés en EE. UU. ha crecido en varios niveles. Ver: Gibney Frank, **Japan: The Fragile Super Power; Charles** E. Tuttle Co., Tokio 1975, pp. 38-39.

cierta apatía por escribir y sistematizar nuestras eventuales contribuciones al pensamiento universal.

El reciente desprecio por las humanidades, filosofía y Ciencias Sociales que se observa en los modelos desarrollistas y tecnocráticos están dejando de lado la posibilidad de acrecentar el acervo cultural e intelectual, que a la larga es lo que unifica e identifica a una región, desde un punto de vista cualitativo. En esta perspectiva quisiera ofrecer algunas hipótesis para generar otras y no para enjuiciar o comprobar una teoría a priori, esto creo que debiera servir como un ejercicio para ampliar los antecedentes sobre potencias intermedias en los países del Sur. [4]

Para buscar algunas lecciones de carácter político he organizado este trabajo en tres temas: primero, algunos antecedentes generales sobre el ASEAN (Asociación del Sudeste Asiático); segundo, aspectos políticos y geopolíticos y finalmente una breve reseña de la experiencia de India, Japón y China.

DESARROLLO COMPARADO EN ASIA Y AMERICA LATINA

Aspectos generales.

De acuerdo a las tendencias actuales habrá 6.000 millones de habitantes en el mundo dentro de los próximos años y más de la mitad estarán ubicados en Asia.

En América Latina hacia el año 2000, existirá una población de cerca de 600 millones de habitantes, menos de la 5ª parte de Asia.

El ingreso per cápita de Asia es en general inferior al de América Latina en el año 1975 (US$ 774); por ejemplo: Indonesia US$ 180, Filipinas US$ 371, Tailandia US$ 350. En cambio, Singapur US$ 2.510 y Malasia US$ 720.

Entre 1960 y 1974 las tasas de crecimiento per cápita en 23 países asiáticos fueron entre un 2% y 3%; hasta sobre un 6% en sólo cuatro casos: Irán, Corea del Sur, Japón, Singapur y Taiwán. Estos mismos países, más Australia y Nueva Zelandia, superan los ingresos per cápita promedio de América Latina.

En el 1974, India y China tenían un ingreso de US$ 140 y US$ 270 per cápita. [5] Estos datos han mejorado en los últimos años.

[4] Con algunas excepciones, en México, Brasil y Chile los centros de nivel académico dedicados a la investigación de estos problemas internacionales son muy escasos. En India, Japón y parte de China esta situación aparece compensada por fuertes instituciones con apoyo estatal para el desarrollo de estas investigaciones. Ver nota Nº 25.

[5] **Asia Yearbook 1978,** Fareastern Economic Review, Hong-Kong, 1978. Salvo una mención especial, los datos del trabajo provienen de esta fuente especializada.

El comercio exterior de estos 23 países asiáticos se realizó en general con los países de la región Asia Pacífico, en por ciento, entre un 10 a 70% entre el 74 y 76 y con Estados Unidos en porcentaje entre un 2 a un 28%. India, Indonesia, Corea del Sur, Bangladesh, Japón, Irán, Filipinas y Taiwán tenían más de un 20% de su comercio exterior con Estados Unidos.

En 8 de los 23 países, la agricultura como porcentaje de PGB es sobre el 40% y en sólo 6 países, el sector industrial tiene una participación sobre el 30%. En el cuadro general de América Latina estas cifras parecen similares o relativamente más favorables, es decir, hay mayor porcentaje del sector industrial en el PGB. [6]

Las relaciones de los países de la Asociación del Sudeste Asiático son intensas con Japón y casi un 20% de la inversión privada extranjera de Japón se orienta a estos países. En cambio, estos países venden materias primas a Japón, de las cuales depende en un 40 a un 98%, como es el caso del caucho. A su vez Japón otorga un 40% de su ayuda externa en estos países. En el caso de China su comercio también se concentra en el Asia, después en orden de prioridad vienen Norteamérica, Europa Oriental y Occidental, Medio Oriente y América Latina. Progresivamente los países petroleros empinan sus inversiones en la región y en cambio importan manufacturas y tecnología.

En China, el 54% del comercio exterior con países no comunistas se centró en Japón, Hong-Kong, Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania Occidental (1977). [7]

Desde la perspectiva de América Latina, en los 70, el porcentaje del total de sus exportaciones que se concentra en USA es un 35%; con la CEE 23%, con Japón un 5 por ciento y sus importaciones como porcentaje del total regional se concentran casi con las mismas figuras en estos centros industriales.

América Latina vende en general productos vitales para la economía americana y la CEE y ahora, un 30% de las materias primas que exporta la región van hacia Japón. [8]

En las exportaciones de bienes de capital, bienes durables y productos químicos, América Latina tiene un mercado parecido al de la CEE y tres veces más grande que el de Japón.

[6] **Ibíd.**, "Regional Statistical Indicators", los datos sobre América Latina extraídos de Informe Económico **CEPAL**, 1978.

[7] **Asia Yearbook**, op. cit. Ver un análisis más extenso en Allen S. Whiting y Robert F. Dern berger **China's future: Foreing Policy and Economic Development in the Post-Mao Era**, 1980. Proyect/Council on Foreign Relations, Mc Graw-Hill, N. Y., 1977, pp. 149-158.

[8] Grunwald Joseph, (Ed.) **Latin America and World Economy: A Changing international Order**, Sage, Pub. Beverly Hills, London, 1978, pp. 9-29.

En América Latina, a pesar de los esfuerzos por diversificar los flujos comerciales con otros bloques, aún se mantiene una "relación especial" con EE. UU., si bien Brasil, Argentina y Perú han aumentado sus relaciones con los países socialistas (de US$ 300 millones en los años 60, a US$ 2.000 millones en exportaciones en 1976, a estos países).

Estas diferencias con los países asiáticos y en general con el mundo, ofrecen un status mediano o una coyuntura intermedia a América Latina. A veces la estructura económica de algunos países de la región, donde el sector manufacturero y el de servicios genera casi el 50% de PGB, es más semejante a la de los países desarrollados, que a la mayoría de los países asiáticos o en desarrollo. Sin embargo, como afirma Joseph Grunwald, la designación de la región como "middle income" no es apropiada, porque con escasas excepciones (Argentina, Uruguay) la mayoría de la población de América Latina es aún pobre. Esta situación se asemeja al caso de algunos países asiáticos que también se ubican en una posición intermedia, dentro de la región en términos de estructura económica, pero cuya abundancia no se refleja en el bienestar de toda la población con una sólida excepción, el caso del Japón. Chinos e hindúes, en cambio, viven en situación de pobreza como la mayoría de los latinoamericanos. [9]

Finalmente, el otro factor curioso en estas regiones es su gasto militar, que sólo en el caso de Taiwán y Pakistán supera el 7% del PGB, mientras que la mayoría fluctúa entre el 2 y 4% (1976-1979). En algunos países de América Latina, el porcentaje del PGB destinado al gasto militar es similar, pero se ha ido empinando a mediados de la década, provocando una sangría de recursos que afecta otro tipo de inversiones de carácter social. [10] Estos antecedentes básicos nos demuestran la existencia de aspectos similares y otros muy contrapuestos, si intentamos comparar con algunas ilustraciones el desarrollo de los países asiáticos y latinoamericanos. Sin duda que hay factores históricos como patrones de colonización y descolonización que marcan diferencias de fondo entre estas regiones.

ASPECTOS POLITICOS Y GEOPOLITICOS

El clima de cooperación creado por la ASEAN desde 1961 se debilitó con los acontecimientos de Indochina (Tailandia, Filipinas y Malasia; Indonesia y Singapur se asociaron con esta agrupación, ampliada des-

[9] Para un informe global sobre gasto social y militar ver: **World Military and social Expenditures** (Ed. by Ruth Leger S.). WMSE Pub. Leesburg, Virginia, USA; 1978. Ver Grunwald, **op. cit.**

[10] **Ibid.**, pp. 20-21, "Statistical Annex".

de 1967). A pesar de los intentos de agilizar el intercambio entre ellos, en la reunión cumbre de Bali 1976 y después en 1977 las negociaciones no son tan positivas. Según Project, "el individualismo de los países miembros es predominante: cada uno se siente muy poco preocupado por los problemas de los demás". Los recientes conflictos entre Vietnam y Kampuchea han creado otro factor de alarma en la zona. [11]

A esta división interna en el ASEAN se agrega el problema de las acusaciones de EE. UU. contra Tailandia y Filipinas. A este último país se le critican 4.764 detenidos y otros hablan de 66.759 presos políticos. Sukarto, de Indonesia, no ha liberado 20.000 presos, sobre un total de 50.000 a 80.000 que aún permanecen encarcelados. Estas críticas americanas han sido respondidas por estos líderes, con acusaciones de violación al derecho de autodeterminación y amenazando sobre la posible "jugada de dominó" que puede hacer el comunismo en los países del ASEAN, al igual como sucedió en Indochina. [12]

A los problemas internos y externos señalados se agrega el problema de las minorías raciales, musulmanes y chinos, que son fuente de tensión internacional. El cuadro político no queda completo sin el fenómeno de la agudización de la crisis chino-soviética, y de los intentos chinos por recuperar su presencia en los países de la Asociación y en Indochina, a través de Kampuchea Democrática.

Japón, pacientemente, concentra su comercio con la región sin distraerse por estos problemas. Los derechos humanos no aparecen como la tesis central de la diplomacia nipona, si bien han criticado a Corea del Sur y Filipinas en estas materias; igualmente suspendieron la ayuda a Vietnam por intervenir en Kampuchea.

Así como en el ASEAN, en América Latina se observa una especie de neomercantilismo en las políticas exteriores de los países (en especial del Cono Sur), un acelerado crecimiento socializante en los países del nuevo Caribe distinto al de Indochina y eventuales conflictos en América Central, a raíz de Nicaragua. En general, el espectáculo es algo más favorable al conflicto que se desarrolla entre dos países comunistas, Vietnam y Camboya, pero no por ello menos conflictivo.

[11] Ver, **Fakeastern Economic Review.** Sep. 15, Dec. 15, 1978, and Jan. 1, 1979. El caso de "Campuchea Democratica", las reacciones del mundo comunista y no comunista, fue examinado en un artículo que escribí en **Diplomacia Nº 13, 1977,** pp. 15-20.

[12] Bosc, R., "Les Régimes autoritaires de droite en Asia Orientale", **Project** 126 (Juin, 1978), pp. 703-718.

La reunión cumbre de los Ministros de Relaciones Exteriores de países asiáticos realizada en enero de 1979 para examinar los sucesos de Vietnam en Kampuchea Democratica, y la suspensión de la ayuda económica del Japón a Vietnam son síntomas de esta probable crisis.

En ambas regiones el individualismo, el problema de las fricciones interestatales y las reacciones a las políticas de Carter y Brezhnev abren paso a formas más autoritarias de gobierno y con nacionalismos más estrechos. La fragmentación y atomización de estas regiones es funcional para los intereses de los imperialismos y sus agentes políticos o económicos, como es el caso de las compañías transnacionales.

Japoneses y chinos en forma silenciosa tratan de aumentar su presencia económica y cultural a modo de llenar los vacíos que crean el quiebre de viejas amistades y alianzas, en especial con EE. UU. y la Unión Soviética.

En términos de equilibrio de poder, en América Latina, así como Venezuela y Costa Rica se preocupan por las aventuras de Nicaragua; Chile tiene pleitos con Argentina y ésta a su vez con Brasil; así también en Asia, Corea del Sur observa a Corea del Norte; China a Taiwan, Vietnam invade a Camboya y enfrenta a China; todos a su vez están preocupados por Filipinas, Tailandia, Indonesia y Singapur, al igual como en América Latina la tensión se concentra en el Cono Sur.

Protectorados como Hong-Kong y Puerto Rico mantienen una curiosa mezcla de tranquilidad y de posibles conflictos.

Los países grandes de Asia: China, India y Japón, se benefician de estas situaciones de rivalidad para diversificar sus contactos y acrecentar su presencia, al igual como lo hacen Brasil, México y Venezuela en América Latina.

En este cuadro geopolítico de incertidumbre los grandes juegan sus cartas; la Unión Soviética firmó un tratado de Amistad y Cooperación con Vietnam y ha fortalecido su flota en el Pacífico como formas de represalia ante el tratado firmado entre Japón y China, que "incluyó" la cláusula antihegemónica. Estados Unidos, mantiene un vivo interés por Corea del Sur, Taiwán, Filipinas y relaciones competitivas con Japón. Su VII Flota tiene bases en Filipinas y Guam y puede reactivar las de Okinawa y Yokosuka; ni la marina ni la aviación abandonarán Corea, después de la salida de fuerzas terrestres en 1982.

China, según Hua Kuo-feng, no está dispuesta a intervenir en asuntos de otros países ni defender a los comunistas de Indonesia, el único país de esta región que no tiene relaciones con Pekín.

Li Hsien-nien, Viceprimer Ministro de China, dijo en Filipinas (12–III–78) que los países de ASEAN "son instrumentos de lucha contra la ingerencia de las superpotencias" y con este argumento la ofensiva diplomática y comercial China tiene un respaldo político para penetrar el ASEAN y neutralizar a Moscú. Esta acción en el Asia

se hace en forma concertada con acciones en Africa y América Latina.[13]

Estos países asiáticos al parecer no están resueltos a mantener la tutela económica y militar de EE. UU. a cualquier precio. Parece que optan por una vía de nacionalismo autoritario, como lo han hecho países de América Latina, por razones algo semejantes.

La teoría del "sandwich" en el cual América Latina quedaría entre Chile y Cuba como países de irradiación socialista no se produjo e igualmente la presunción hegemónica de EE. UU. se ha visto debilitada en los últimos años.

Con este escenario político, las costas que bañan al Pacífico aparecen con ciertas similitudes y diferencias. Lo más notable en común, es una creciente presencia del autoritarismo de izquierda y derecha en Asia y más de derecha, en América Latina.

En ambas regiones el fenómeno más alarmante es la correlación entre la proliferación de regímenes de nacionalismos autoritarios y una progresiva pérdida de la solidaridad y de la seguridad, en las relaciones intrarregionales. Como escribió Robert Bosc, "el océano así llamado Pacífico aparece como el lugar de enfrentamiento y quizás el más peligroso en el curso de los próximos decenios".[14]

Un ejemplo es la proporción de hombres en armas, sobre la población total, en América Latina, la cual ha llegado a ser igual que China Comunista y el doble de la India. El caso de Japón es el que más resalta en este sentido por ser una potencia desarmada. Las fuerzas de autodefensa no sobrepasan los 240.000 hombres, mientras que en América Latina son más de un millón de hombres en armas; sin embargo, Japón es la séptima potencia militar del mundo. Su presupuesto militar de 1970, si bien fue un 7% del producto nacional, significó un 17% de alza comparado con el de 1969. Los críticos señalan que el porcentaje de su crecimiento en gasto militar es superior al porcentaje de su crecimiento económico.[15]

Estos ejemplos son útiles para tomar conciencia de que la lucha por la autonomía nacional y la identidad aún continúa y con signos

[13] Para un análisis político y cuantitativo de la prensa oficial china y su estrategia hacia el Tercer Mundo, ver mi artículo "La Política Exterior China Hacia el Tercer Mundo" en Walter Sánchez (Ed.) **Panorama de la Política Mundial** (Ed. Univ. Santiago, Chile, 1977, páginas 76-117).

[14] Bosc Robert, **op. cit.** Además de sus expresiones vertidas en Conferencia en el Instituto de Estudios Internacionales. Universidad de Chile. Ver nota Nº 2.

[15] Ver dos opiniones sobre el tema, una crítica de Halliday Jon and Mc Cormach, **Japanese Imperialism Today**, Monthly Review Press, N. Y., 1973, pp. 82-83, y otra más positiva, Gibney Frank, **Japan: The Fragile Super Power**, Charles E. Tuttle Co., Tokio, 1975.

que son alarmantes en países que han adquirido un status intermedio dentro de la estratificación internacional.

Sin duda su milenaria civilización y el idioma exclusivo, en China y Japón, han servido para afianzar su sentido nacional, en nuestro caso la heterogeneidad social y la proliferación de Estados nacionales no hacen más que dificultar el logro de una personalidad propia. El mosaico de culturas, idiomas del Inglés al Quechua, no ayuda a la comunicación común entre los países de América Latina y es un factor de incomunicación con los otros vecinos del Pacífico.

¿QUE LECCIONES POLITICAS PODRIAN PROPORCIONAR LA LUCHA POR LA AUTONOMIA E IDENTIDAD EN ALGUNOS PAISES ASIATICOS? (EL CASO DE CHINA, INDIA Y JAPON.)

El nacionalismo fue definido hacia 1836 como: "Una forma de sentimiento nacional". Desde ese momento se han generado muchas definiciones al respecto. Paralelamente, se han desarrollado teorías sobre integración política y conflicto, que también han tratado de examinar el problema. [16]

Desde nuestra perspectiva de la Ciencia Política quisiéramos unificar aportes de la teoría de la integración política y del nacionalismo. El puente de unión es un enfoque comparado y estructural en el sentido que le da Karl Deutsch. [17]

En este sentido, la estructura política no es sólo un set de variables relativamente estables sino también existe un potencial de transformación entre los elementos de la estructura que se transforman sin cambiarla totalmente. Esto significa que, como en la química, hay estados y modelos de relaciones que son estables a pesar de distintas reacciones. Un sistema político puede moverse rápido de una monarquía borbónica a una república, pero no puede moverse rápidamente hacia una dinastía Meiji o Han. Estas ideas sirven para fijar límites a los posibles cambios políticos que se pueden prospectar y para planificar con base racional aquellas decisiones políticas más realistas para la región.

[16] Deutsch W. Karl, "National Integration: Some Concepts and Research Approaches", **The Jerusalen Journal of International Relations**, Vol. 2, Nº 4, Summer 1977. En este artículo el profesor Deutsch resume su larga trayectoria como teórico de la ciencia política.

[17] **Ibíd.**, p. 2. Ver sobre este problema a:
Eckstein Harry, **The Evaluation of Political Perfomance, Comparative Political Series, Nº 01, 017, Vol. 2.**
Eckstein señala cuatro criterios para evaluar el comportamiento político, durabilidad, Orden Civil, Legitimidad y eficacia en las decisiones.

Así con esta perspectiva estructural se pueden examinar enormes diferencias, entre Asia y América, extensos procesos de cambios o transformaciones rápidas y observar, al mismo tiempo, la preservación de cierta identidad más o menos exclusiva.

Existe en Japón y China cierta identidad por el lenguaje y la civilización desde hace siglos, pero ello no significaba la existencia de un nacionalismo. De esta forma, la integración política ocurre en secuencias diferentes en Asia y América Latina. Es un proceso parecido a una línea de ensamblaje imperfecta donde a veces hay chasis pero no ruedas o primero están las ruedas sin existir chasis. Así el proceso de integración nacional es diacrónico, complejo y no pasa por una línea de ensamblaje perfecto. Por ello, las naciones no son organismos y la integración nacional no es un proceso orgánico. Al respecto nadie puede sostener una brusca occidentalización del Oriente a modo de un desarrollo unilineal. Al revés, una latinoamericanización del Asia o Estados Unidos es probable, pero esta tendencia no romperá la identidad de sus estructuras políticas tan diferentes.

En esta hipótesis la integración nacional se obtiene eventualmente cuando el país, el pueblo, las familias étnicas y el Estado han llegado a un alto grado de desarrollo. Cada una de estas dimensiones es esencial para el desarrollo de la integración nacional y el logro de un aspecto no significa el alcance de un desarrollo integrado. Por cierto la tolerancia racial y la religiosa han sido un aporte de nuestro proceso de identidad nacional y regional, pero nuestro reciente récord de participación social es bajo, ello significa que se cuenta con ruedas pero sin motor para seguir el ejemplo anterior.

China, India y Japón. Con esta visión veamos el caso chino, desde las dinastías Ch'in y Han (211 a. C.) existe una tendencia a fortalecer el Estado y la sociedad, sin mayor noción de país. Su posición de imperio central, sin ser colonizado completamente por potencia extranjera durante largos períodos, le permitía una vida política en la cual Estado y sociedad casi no se diferencian. El confucianismo predicaba la perfecta participación, la necesidad de un gobierno educador destinado a mostrar ideales al individuo y hacerlos cumplir. Con esta semilla el gobierno burocrático aparece como el conciliador entre Estado y pueblo. Ch'in Shih Huang-ti marcó la civilización china y ayudó a construir la muralla que aisló a China durante siglos. El Emperador cumplía un mandato del cielo con sentido autocrático pero con magnanimidad. Así se aseguraba el derecho a rebelión. [18]

[18] Thornton C. Richard, **China: The struggle for power 1917-1972.** Indiana Univ. Press, Bloomington and London, 1973. Ver cap. I, pp. 3-100, sobre origen y desarrollo del comunismo chino. Pye Lucien, **China: An Introduction** Little, Brown y Co. Boston, 1972, pp. 57-79.

Su sentido de exclusividad le permitía tratar al extranjero como bárbaro y las rivalidades entre bárbaros eran fomentadas por la diplomacia china como arte de gobierno imperial.

Hacia el siglo XIX, China sufrió un proceso de decadencia interna y el combate con occidente la humilló por primera vez. En la Guerra del Opio 1839-1842, ellos tenían profundas dudas sobre el valor de su propio pasado. La rebelión de Taipei fue un último intento por conservar ese pasado.

El conflicto entre moral y conocimiento, valores y técnicas se hizo inevitable. China no podía seguir con valores altos y con un bajo desarrollo. La disputa entre el tecnócrata y el militante, el experto y el rojo, se comienza a desarrollar y sus efectos se sienten hasta nuestros días en el conflicto entre los realistas y los moralistas. [19]

El Imperio Celestial comenzó a ser repartido por los rusos, ingleses, franceses y después americanos. China perdía Corea, Manchuria, Cochinchina. Estos sufrimientos provocados por los bárbaros desataría la conciencia de país, además de la sociedad y el Estado, como dimensiones que venían desde el pasado.

Los mandarines entran en conflicto (1916-1927) y así surge la figura de Sun Yat-sen como líder de la unidad nacional.

En 1937 la guerra con Japón le daba la oportunidad a líderes como Chiang Kai-shek para iniciar la ofensiva antiimperialista. En 1949 las fuerzas comunistas creaban la República Popular China y establecían un nuevo modelo revolucionario para lograr la autonomía, integrar al pueblo con el Estado y a las familias étnicas en un solo país. "El sentimiento nacional" surgía como un intento de integración de grupos étnicos y políticos y como respuesta a las privaciones sufridas por acción del extranjero.

El deseo de descansar en las propias fuerzas, en especial el campesinado y las masas, era la respuesta frente al imperialismo y al esquema de dominación autocrática en la política interna. [20] Un segundo caso asiático: en India, 300 años a. C. la civilización hindú iniciaba su carrera por su identidad. El budismo que venía desde hace 2 siglos antes, influiría en este país y se filtraría a China y Japón como vehículo de unificación y estabilización política.

Los aspectos más fuertes de esta nación —en germen— era el sistema de cartas dentro de la sociedad, que se reflejaría en el Estado a

[19] Domes Jürgen, "The Gang of Four and Hua Kuo-feng: Analysis of Political events in 1975-1976", **The China Quarterly** Nº 71, Sept. 1977, pp. 473-498. Ver la posición oficial de China en Ju Chiao-mu, "Actuar Conforme a las leyes económicas y acelerar las 4 modernizaciones", **Pekin Informa**, 45, Nov. 1978, pp. 7-12.

[20] Ver, Thornton C. Richard, **op. cit.**, y el pensamiento de Mao Tse-tung, **Selected Works**, Vol. V y F.L.P., Pekin, "On the Ten Major Relationships", pp. 284-303.

través de la administración GUPTA. La falta de enemigos durante 5 siglos (II al VII) le fomentan su sentido de exclusividad y crean las bases de una nación pacifista y en general con una vocación hacia la no violencia interna y externa. El afirmar esta utopía no significa que se haya logrado completamente en la realidad.

India es uno de los pocos pueblos que no fue nunca gobernado por extranjeros, salvo por más de un siglo y medio, por el Imperio Inglés. Esta experiencia colonial parece breve al compararla con nuestra colonización y con la milenaria civilización hindú.

Hacia el siglo X el hinduismo tiene supremacía universal en India y en 1848 se produce una primera unificación. En ello, el islamismo jugó un papel clave; y también su aparato administrativo que continúa y perfecciona la tradición china.

Sin embargo, el caos del Imperio Moghul y la decadencia del imperio inglés, dan lugar a una nueva fase de integración entre Estado, sociedad y minorías, para poder crear un país o nación. [21]

Las figuras de Gandhi y Nehru darán sentido y orientación ideológica a este incipiente nacionalismo. La ofensiva para dar solución a los problemas de la India se hizo pensando en esquemas de socialismo democrático, no violencia y política exterior independiente. Las crisis con minorías raciales le han creado problemas con China y otros países y en este aspecto su idea de nación no ha sido resuelta. Por otra parte, la reciente reaparición del autoritarismo le demostró a India que las virtudes morales estaban en peligro en nombre de la modernización y el desarrollo a cualquier precio. Después de esa crisis, India recuperó su senda democrática y según EE. UU. que publicita su triunfo, la democracia habría pasado a la ofensiva en India y otros países. [22]

Tercer caso, el ejemplo de Japón. La restauración Meijii, la presencia del comodoro Perry y después Mac Arthur servirán a la integración política del Imperio japonés.

Ya en el siglo IV a. C. Japón era una sociedad unificada. Hacia el siglo X, las guerras intestinas y en especial el siglo XVI, "la era de las guerras" daban una dimensión de cierto "desorden" dentro de un orden imperial estable. La caída de Meijii, no provocó la quiebra que vimos en China, cuando se produjeron las rebeliones (Taipei 1851-1864 y Boxer 1900) y el período de guerras, sino que en Japón se produjeron el orden y estabilidad una vez controlados los Samurai. [23]

[21] Se recomiendan dos obras excelentes: Panikkar, K. M., **A Survey of Indian History**, Bombay, Asia Pub. House, 1966, y Nehru, Jawaharlal, **The Discovery of India**, Bombay, Asia Pub. House, 1966.

[22] Ver Lagos Gustavo, India y la victoria democrática. **En Mensaje**, Santiago, Vol. 26, Nº 258, mayo 1977, pp. 177-181.

[23] Crowley, **Japan's Quest for autonomy: National Security and Foreign Policy 1930-1938.** Princeton, N. Jersey, Princeton Univ. Press, 1966. Ver cap. VI. The Chinc War pp. 301-378. Ver: Gibneg Frank, pp. 1-40.

Hacia 1869, se produce un siglo de occidentalización jamás visto antes en la historia de occidente y Japón.

El aislamiento protectivo de Japón y su sentido casi mágico de identidad y exclusividad insular le permiten orden y desarrollo. Después de sus enormes victorias bélicas saborean la derrota militar. Desde allí que se aislarán y casi no participarán en la guerra fría.

La sociedad vertical, protectiva y paternal, invade al Estado y al país formando un sólido proceso de integración política. Esta sociedad refleja una anatomía de una situación dependiente y de dependencia como señalan expertos en Japón. [24]

El budismo y la creencia en el ZEN venían a fortalecer una sociedad vertical disciplinada, consensual y casi secreta en su organización política. En vez del Confucianismo en China o el Hinduismo en India, la psicología del japonés jugará un papel supletorio.

El síndrome de AMAE como una sociedad colectiva protege al individuo y que le da a cada uno según sus posibilidades. El dependiente que espera indulgencia y el superior que se deja llevar por este sentimiento. Así la tradición padre-hijo se traspasa a la política, sociedad y economía. [25]

Japón, con ayuda del extranjero, decidió por la Reforma y la modernización pero manteniendo la tradición. China en cambio optó por la revolución, tratando de cambiar la tradición. Hoy día la tarea china aparece casi imposible, cuando el tragmatismo chino de hecho sobrepasa las barreras ideológicas y se retorna a los aspectos positivos de la tradición y del pragmatismo. De esta forma a pesar de las mutaciones drásticas no parece haber perdido cierta unidad estructural que se mantiene en el tiempo en China. También, en Japón se toman formas de occidente pero con la substancia japonesa y de ese modo se mantiene la ecuación entre tradición y reforma; con esta fórmula Japón humanizó la industrialización y el progreso, en término generales. [25]

Al igual que India en el pasado, hoy en el Japón la carencia de amenaza le ha servido para aumentar su desarrollo e integración na-

[24] Ver el interesante aporte de Takao Doi, **The Anatomy of Dependence**, Kodansha Ins. Ltd. Tokyo, N. Y., 1976 (2ª Ed.).

[25] **Ibíd.**, pp. 142-166, "The fatherless society and the century of the child". Sobre el debate en los estudios de Japón, ver: James White, "Tradition and Politics of Contemporary Japan" **World Politics** XXVI, Nº 3, April 1974. El autor discute a Ishida Takeshi, Samuel P. Huntington, Zbigniew Brzezinski, Halloram e Ishida y otros expertos. Ver **Japan's Cultural History**, Min. of Foreign Affairs, 1973.

Para comparar dos formas de aportes culturales en el campo del pensamiento se recomienda ver: Hajime Nakamura, **Ways of Thinking of Eastern Peoples** East-West Center Press, Honolulo, Hawai 1964 y Rex Crawford, **A Century of Latin-American Thought**, Frederick. A Praeger, Pub. N. Y., 1961, Rev. Ed. En ambas obras se estudia el caso de Japón, China, India y Chile, México, Argentina y Brasil.

cional. Los valores y la tradición colectivista del pasado se reestablecen en el presente, si bien a veces aparecen amenazados por el "consumo obsesivo" que afecta a Occidente más que a Oriente.

La carencia de minorías, la decisión por consenso, la homogeneidad de raza, lenguaje, la tradición de acuerdo consensual, le dan un fuerte sentido de identidad que le han servido para conciliar al Estado y la sociedad; sobre todo cuando en Japón la afluencia hace viable el bienestar de la mayoría.

Grosso modo, el militarismo del pasado se contrapone con la no violencia y pacifismo parecido a China e India. El imperialismo militar y expansionista dejó de practicarse, para penetrar informalmente en el Asia y para competir con los países occidentales, en especial EE. UU.

Esta idea de competencia internacional y cierto conformismo nacional hacen de Japón una nación que se ha ido integrando políticamente en sus diversos aspectos, sin olvidar la tradición pero tampoco quedándose en el pasado. China parece que ha aprendido esta lección y con su estilo revolucionario persigue las metas de 4 modernizaciones. incluyendo una mayor democracia.[26]

COMENTARIO FINAL: LAS EXPERIENCIAS PARA AMERICA LATINA

El grado de desarrollo en los aspectos de la sociedad, el Estado, las minorías y el país nos sirvió de índice para observar el grado de integración política en algunos países asiáticos. En los países de la Asociación vimos cómo el conflicto entre Estado-sociedad se ha resuelto en favor del Estado, a través de regímenes autoritarios de distinto signo ideológico.

En el ASEAN, la fragilidad de estos regímenes de seguridad anticomunistas o anticapitalistas ha demostrado su incapacidad para dar una solución al problema de la participación política y de las minorías. Tampoco aparecen como países con gran prestigio dentro de la opinión pública mundial. Taiwán y Corea del Sur son rechazados por la comunidad internacional.

[26] Ver los sugestivos artículos sobre nueva política nacional y sindical aparecidos en la prensa china. Chou En-lai, "Aprender de Mao Tse-tung", Pekin Informa 43, 19/Na, 1978, sobre el pragmatismo y el papel de las mayorías, y Ni Chi-fu, "Principio Fundamental para el trabajo sindical en el nuevo período", Pekin Informa, 44, 8 Nov. 1978; sobre la democracia obrera. También ver: la Nueva Constitución China aprobada por la V Asamblea Nacional Popular (Pekín, marzo 1979). Para observaciones críticas ver: "Brave New China", Economist Dec. 2, 1978, pp. 11-12.

Sus logros han sido en algunos casos el desarrollo económico pero con un alto costo humanitario, de dependencia económica o política de EE. UU. o la URSS, o de las corporaciones trasnacionales.

Para América Latina estas lecciones son importantes, por cuanto sin una conciliación de los diversos aspectos de la integración política las posibilidades de desintegración, decadencia política y nacionalismo negativo aumentan, en la medida que se postergan los consensos nacionales.

La opción por la revolución en el caso chino tuvo un alto costo de origen y transición, pero al menos ha cubierto necesidades básicas de la sociedad china.

La estrategia de "descansar en las propias fuerzas" y "apoyándose en las masas" sirve de lección para países que en la región se caracterizan por una incapacidad para generar un desarrollo político y económico autosostenido sin una extrema desunión y dependencia del exterior. El apoyo en las masas también es una lección que sirve a aquellos experimentos que pretenden hacer una revolución "by fiat" o para otros que desconocen el papel de las masas. A pesar de sus imperfecciones, el caso de India ha demostrado que la democracia no es un bien exclusivo para los países ricos.

En China la apertura selectiva hacia el exterior, la trayectoria internacional no expansionista y la nacionalización de las doctrinas foráneas (significaron el marxismo) también son lecciones provechosas. El aventurismo del gran salto adelante y la xenofobia de la revolución cultural también son enseñanzas para no repetirse. En América Latina la situación de escasez requiere enorme prudencia y no dogmatismo en los planes políticos y económicos. Los nacionalismos estrechos o ideológicos no son experiencias que debieran emularse en América Latina.

En el caso del Japón, el desequilibrio generacional y la reciente crisis de una sociedad sin la figura paternal ha demostrado que es necesario conciliar la tradición con la industrialización, de lo contrario los signos de descomposición social pueden aumentar.

La magia del Japón para dar substancia propia a las formas que se importan le ha permitido atenuar su dependencia y humanizar su alto grado de desarrollo económico.

Esta habilidad que ha demostrado Japón para combinar lo tradicional con lo revolucionario es una lección que sin duda debe recoger América Latina. Los aspectos negativos del militarismo pasado y a veces la arrogancia imperial no son útiles para llegar a un grado de integración política aceptable.

La experiencia de India, que se independizó con una doctrina democrática, de no violencia y lucha por mantener estas tradiciones, es un aporte claro para países que recién se descolonizan en el Caribe y

para otros que pretenden solucionar la unidad nacional con un Estado sin participación y con signos de intolerancia política.

El reciente surgimiento del autoritarismo fue derrotado por la sociedad de la India y como vimos, su experiencia demostró que a pesar de la pobreza es posible construir la democracia.

Su doctrina de no alineamiento también es una experiencia útil para América Latina, sobre todo cuando nuestra presencia internacional ha decaído, en parte por haberse enclaustrado en un bloque determinado y por sus divisiones internas.

La pasividad, los atavismos culturales y religiosos, la sociedad de castas y cierto fatalismo frente al destino y ante el futuro, no son valores que sean útiles para América Latina, a pesar que en la práctica social de nuestra región tienen enorme influencia. Precisamente, como lo ha demostrado Myrdal, esos atavismos han condicionado al retraso de India y también han retardado el desarrollo en nuestra región.[27] Como se ha dicho, China con su modelo revolucionario de autosostenimiento, no para copiarlo, pero sí para aprender lo que es útil de acuerdo a nuestra idiosincrasia. Su posición tercermundista como estrategia para acrecentar la autonomía también es un legado interesante.

Según Kahn, Japón es el mayor Estado del futuro y tendría un 20% del PGB de EE. UU. y el 40% de la URSS, con lo cual muestra un verdadero milagro económico y con un 70% de base política sólida y democrática.[28] No obstante, algunos dicen que tiene pies de barro en varios aspectos, por ejemplo, su dependencia en la defensa americana; la crisis de la juventud que se revela frente al quiebre del sistema de AMAE o dependencia paternal; el quiebre de valores de la tradición y su extrema dependencia estratégica del exterior lo ha-

[27] Myrdal Gunnar, **Asian Drama**, New York, Pantheon Books, 1971. Opiniones semejantes —sobre obstáculos culturales y políticos para el estilo occidental de desarrollo— en Mende Tibor, **Soleils Levants: Le Japon et La Chine**, Paris, Seuil, 1975.

En el caso de India ver: Nehru, **op. cit.**, pp. 538-539.

En la situación de América Latina ver: Véliz Claudio, **The Politics of Conformity**, Oxford Univ. Press, 1917, pp. 1-15. Introducción del Profesor Véliz y Frederick B. Pike, "The New Corporatism in Franco's Spain and Some Latin American Perspectives", pp. 171-211, en Fredrick B. Pike, Thomas Stritch (Eds.), **The New Corporatism**, Univ. of Notre Dame Press, Notre Dame — London 1974.

[28] Ver: Barnett A. Doak, **China and the major Powers in East Asia**, the Brookings Institution, Washington D. C., 1977. Ver cap. II, China and Japan, pp. 88-153. Sobre los alcances del tratado Chino-Japonés ver la serie de artículos aparecidos **Asahi Evenings News**, 26, 28, 30, 31 agosto 1978 y en **Mainichi Daily News**, 3, 4, 5, 9, 10, 11, 13, 14, 15 agosto 1978. Las proyecciones del Japón ver en: Kahn Herman, **The Emerging Japanese Super-state** (1971). Según el autor, la tradición contribuyó a la modernización y la tradición humanizó la industrialización.

cen aparecer como una potencia frágil. China, igualmente por su pobreza tiene una situación análoga y más difícil que Japón.[29]

India, país esforzado en combinar la democracia con el socialismo, la libertad económica con la planificación y los valores de no violencia y respeto al individuo, es de enorme interés para países donde las experiencias socialistas no se han democratizado y las democracias pasan por su peor crisis. Para América la no violencia dejó de ser un bien de lujo y es una necesidad impostergable. En nuestra región de la forma como se resuelven estas interrogantes dependerá el grado de pacificación nacional y regional, sin el cual no hay integración política posible.

En el plano internacional China, Japón e India están rompiendo viejas ataduras con países que sin duda los ayudaron, pero aprovechando de su situación hegemónica. Esta experiencia asiática nos demuestra que no es tarea fácil producir un realineamiento internacional. Ello supone una enorme unidad nacional y regional, imaginación diplomática, pragmatismo y una vocación de solidaridad internacional. El desafío de la región es ampliar sus alianzas hacia el Tercer Mundo y desde allí negociar con los países del norte.

Así pues, al mirar al Oriente nos enriquecemos y a veces nos sirve de espejo, en el cual se amplifican nuestras virtudes y defectos como nación y región.

La lucha por la identidad y la autonomía está inconclusa en Oriente y América y el intercambio de experiencias será siempre útil en el plano académico y también en el político.

Al parecer en América Latina estamos más cerca que Asia para llegar a formar una "nación de repúblicas", pero ello supone un esfuerzo por buscar un modelo de calidad de vida y un tipo particular de civilización y cultura latinoamericana; este mismo esfuerzo tiene que expresarse en una autocrítica de nuestra cultura y práctica política y diplomática, la cual muestra signos de decadencia. Como decíamos, el motor de la participación política es parte esencial de la línea de ensamble que aparece más imperfecto, debido a las bruscas continuidades en el proceso político de los últimos años. Para lograr una identidad y una autonomía nacional, es fundamental conciliar estos valores políticos internos que sin duda se reflejarán en las políticas exteriores.

Finalmente, este ensayo por abrir muestras perspectivas de análisis más allá de Occidente no significa copiar modelos exóticos sino evitar un cierto parroquialismo intelectual que nos ha mantenido dando la espalda a los vecinos del Pacífico y a las grandes potencias del siglo XXI.

[29] Ver: el análisis comparado de China y Japón, en Tibor Mende, **op. cit.** Sobre aspectos diplomáticos, las declaraciones del Viceprimer Ministro Teng, en Tokio, octubre de 1978, en **Pekin Informa** 44, 8 Nov. 1978. La visión estratégica es bien presentada por Barnett (1977), **op. cit.**, y los problemas culturales son examinados por Nakamura, **op cit.**, Doi, **op. cit.**, cap. V, "AMAE and Modern Society", pp. 142-166.

LA RELACION ENTRE AMERICA LATINA Y EL PACIFICO SUR

Francisco Orrego Vicuña

COMENTARIO

El Pacífico Sur testimonia hoy día el surgimiento de una nueva comunidad de naciones, cuyo vínculo fundamental radica en la compleja geografía insular como factor de unión. Paralelamente se observa la desaparición gradual de los imperios tradicionales en el área, particularmente de Inglaterra, y en menor medida de Francia y de los Estados Unidos, que mantienen una presencia sostenida. Sin embargo, la Comunidad Económica Europea ha pasado a ejercer un rol importante de vinculación económica en reemplazo de la antigua relación colonial.

El nuevo marco en que se desenvuelve esta Comunidad del Pacífico Sur es aún precario. Por una parte, ASEAN ha concentrado su acción fundamentalmente en el Asia tradicional, sin llegar a extenderse hacia los nuevos países del Pacífico. Por otra parte, Japón y China, y quizás eventualmente la Unión Soviética, proyectan una presencia futura en el área, pero sin llegar todavía a una materialización permanente.

De esta manera, el Pacífico Sur mantiene una vinculación más estrecha con Australia y Nueva Zelandia, como países sucesores en la región del antiguo imperio británico. Sin embargo, esta vinculación pareciera ser insuficiente para establecer el marco estable en que se desarrolle la nueva comunidad, como consecuencia de que tanto la política de Australia como la de Nueva Zelandia denotan una preocupación por su defensa frente a Asia, por la preservación de las formas de vida europea y por la mantención de una unidad racial, todo lo cual potencialmente puede chocar con los intereses o identidades de los países del Pacífico Sur.

Si bien la ayuda económica que esta vinculación representa es importante y ha estructurado diversos mecanismos para su concreción, el marco de la comunidad no puede establecerse bajo un posible signo negativo, como sería el temor a lo asiático, pues ello llevaría al Pacífico Sur a cumplir un rol de colchón amortiguador, que pro-

bablemente no podría perdurar. Además, si ello ocurriera, se generaría un tipo de vacío político en el área y una manifestación de fenómenos subimperiales, que en nada contribuirían al desarrollo de esa comunidad.

Dentro de este contexto, es que cabe pensar en un posible rol latinoamericano en el área, fundamentado en la relación entre países en desarrollo. Sin perjuicio de la existencia de algunos vínculos históricos, comienza ya a desarrollarse una relación más específica entre ambas regiones. La ruta Transpacífico de LAN-Chile hasta Fiji y su posible extensión, la potencialidad de los vuelos transantárticos, el desarrollo de las relaciones diplomáticas y comerciales, la cooperación en CIPEC y otros mecanismos al nivel de países productores de minerales, la vinculación académica y otros ejemplos, son todos evidencias del nacimiento de esta relación.

Ella ciertamente se verá incrementada en el futuro cercano. Los intereses pesqueros comunes, que podrían llevar a ampliar el marco geográfico del Pacífico Sur, la participación recíproca en organismos regionales, la potencialidad de preferencias comerciales, las perspectivas de la cooperación horizontal en el campo científico y tecnológico, la vinculación universitaria con la Universidad del Pacífico Sur y otras proyecciones, son todas posibilidades concretas del futuro cercano.

Más allá de la solidaridad natural entre países en desarrollo, esta relación especial se justifica a la luz de intereses comunes de ambas regiones. En el caso del Pacífico Sur, la posibilidad de relacionarse con una región de desarrollo intermedio, como América Latina, ofrece expectativas de interés en el plano del desarrollo económico. A la vez, en el futuro surgirán nuevos campos de vinculación especial, como el aprovechamiento de los recursos oceánicos y hasta la eventual participación en actividades antárticas.

Por su parte, la presencia latinoamericana en el Pacífico Sur representa una nueva visión del futuro, que valoriza la potencialidad de una civilización oceánica. Hasta ahora los océanos han sido considerados la periferia de los continentes, pero mañana los continentes serán la periferia de los océanos. De esta manera, el Pacífico y su enorme potencial viene a constituirse en el hinterland de algunos países latinoamericanos, especialmente de Chile, país que carece del tradicional hinterland continental. Además, esta relación representa una nueva alternativa para la Comunidad del Pacífico Sur, que no se basa en consideraciones de defensa, formas de vida o factores raciales, sino en el interés de una cooperación horizontal recíproca. Esta alternativa adquiriría especial relieve si otras formas de vinculación llegaran a evidenciar problemas de subimperialismo o de dependencia

acentuada. En tal caso, la relación latinoamericana vendría, además, a proporcionar un factor de estabilidad en el área.

Sin perjuicio del fomento de las posibilidades de vinculación aludidas, habría algunos esquemas concretos en que cabría pensar desde ya:

(i) La concertación de un Pacto del Pacífico entre los países latinomericanos que comparten las riberas de este océano, en cuyo marco se pueda definir una política común hacia la región Asia-Pacífico. Entre otras materias de interés cabría pensar en una Comisión Coordinadora de vías interoceánicas, en que Chile como país responsable del Estrecho de Magallanes y del paso Drake pueda coordinar su acción con Panamá, como país responsable del Canal de ese nombre, y eventualmente con Singapur, Indonesia y otros países ribereños del Estrecho de Málaca.

(ii) La concertación de un esquema de entendimiento con la comunidad emergente del Pacífico Sur, en cuyo marco se defina la cooperación recíproca.

(iii) La exploración conjunta de las posibilidades de una comunidad amplia del Pacífico, en que ambas regiones pueden apoyar recíprocamente la salvaguardia y promoción de sus intereses.

COOPERACION HORIZONTAL ENTRE AMERICA LATINA Y OTRAS REGIONES DEL TERCER MUNDO

Guillermo E. Perry R.

I. INTRODUCCION

Mucho se ha hablado y escrito sobre la comunión de interés y la solidaridad entre América Latina y el resto del Tercer Mundo. De hecho, sin embargo, la posición de varios países latinoamericanos ha distado de ser solidaria con varias iniciativas tercermundistas por el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Además, dicha posición refleja auténticos conflictos de interés, como se discutirá.

Estos conflictos se derivan, en gran parte, del hecho de que varios países latinoamericanos han alcanzado un nivel de desarrollo económico superior al promedio del Tercer Mundo. Ante tal situación, surgen las preguntas adelantadas por el organizador de este Seminario. Si América Latina no tiene un papel especial que jugar como "clase media" de las naciones, en el cual caben alianzas con el Tercer Mundo propiamente dicho, como con países industrializados.[1] Otros autores han planteado esta inquietud en forma algo diferente. Consideran que los países más desarrollados de la región, en particular el Brasil, tienen abierta la opción alternativa o complementaria a su solidaridad con el Tercer Mundo, de dejarse "cooptar" por el mundo industrializado.[2]

Mi posición al respecto es la siguiente: América Latina, o mejor, algunos de sus países, ocupan sin duda una posición especial dentro del Tercer Mundo y enfrentan conflictos de interés con los países menos desarrollados; sin embargo, estos conflictos son secundarios y solucionables y, en lo esencial, las economías del continente latinoamericano afrontan problemas comunes con las otras áreas del Tercer Mundo. En consecuencia, si bien no se debe descartar la posibilidad de

[1] F. Orrego, **Alternativas de América Latina como Clase Media de las Naciones,** Estudios Internacionales Nº 40, octubre-diciembre 1977.

[2] P. Malan, **Las Relaciones Económicas Internacionales del Brasil. Notas para una agenda de Investigación.** Estudios Internacionales, Nº 41, enero-marzo de 1978.

alianzas parciales o esporádicas con países industrializados, su verdadera opción política radica en una más estrecha cooperación con el resto del mundo en desarrollo. Lo importante es precisar la forma que puede tomar esa cooperación y los pasos que pueden conducir a ella. El presente ensayo aspira a contribuir a recorrer este camino.

En las secciones II y III se presentan los argumentos que, en lo comercial y tecnológico, sustentan la tesis propuesta y se adelantan algunas sugerencias concretas de cooperación en cada campo. En la sección IV se discuten los conflictos e intereses comunes que se les presentan a los países latinoamericanos más avanzados con otros miembros del Tercer Mundo frente a los temas del NOEI, y se sugieren posiciones estratégicas que pueden conducir a una más estrecha alianza y a mayores logros conjuntos.

II. RELACIONES COMERCIALES ENTRE AMERICA LATINA Y OTROS PAISES DEL TERCER MUNDO

Se debe comenzar por señalar que las relaciones económicas —comerciales, tecnológicas y de flujo de capitales y trabajadores— entre América Latina, Africa y Asia son casi nulas. Ello sorprende cuando se contrasta con la gran intensidad y dinamismo de las relaciones económicas intrarregionales en esos tres continentes.

A modo de ejemplo, la gran expansión de las exportaciones de manufacturas por parte de algunos países asiáticos y latinoamericanos durante la última década y media, se apoyó en gran medida en los mercados de otros países en desarrollo.[3] Sin embargo, al examinar su destino, se observa que se concentran casi exclusivamente en la misma región de origen. Esto es particularmente cierto para el caso de América Latina. Véase el Cuadro 1. Al examinar el intercambio global (Cuadro 2) se advierte un fenómeno similar, aun cuando pesan más los flujos de petróleo y otros minerales. Sin embargo, las exportaciones totales de América Latina a otras áreas en desarrollo continúan siendo casi insignificantes y no han crecido más rápidamente que las importaciones totales de dichos mercados.

Lo anterior contrasta con el hecho de que el intercambio de los países industrializados, tanto con otros países industrializados (PI) como con países en desarrollo (PED), se distribuye considerablemente por todo el orbe. Véase el Cuadro 2. Aun cuando los flujos comerciales de cada área industrializada son relativamente mayores con la

[3] Estos constituyen casi el 25% de su mercado total, cuando representan apenas menos del 15% del mercado para las exportaciones de manufacturas de los países industrializados (excluyendo a los países de la OPEP).

región subdesarrollada bajo su influencia directa (EE. UU. con América Latina, Europa con Africa, Japón con Asia), no dejan de ser significativos con las otras regiones. Estos datos indican, entre otras cosas, que los países industrializados han sabido aprovechar mejor que los propios países en desarrollo la rápida expansión de los mercados de estos últimos que ha ocurrido durante las últimas 2 décadas.

Ahora bien, ante las perspectivas mediocres de crecimiento económico de los países de la OECD y su "nuevo proteccionismo", América Latina y los otros países del Tercer Mundo tienen en sus propios mercados regionales —y especialmente en los de las otras regiones subdesarrolladas, dado el bajo nivel actual de los flujos comerciales interregionales— la mejor posibilidad para mantener una tasa alta de crecimiento de sus exportaciones, en particular en lo que a manufacturas se refiere. Para los países más avanzados de América Latina la expansión de su producción de bienes semimanufacturados y de capital, crucial en la etapa actual de desarrollo, dependerá en buena parte del crecimiento de sus exportaciones de estos bienes y de tecnología a otros países y otras áreas en desarrollo.

Debe preguntarse, entonces, por qué el comercio entre regiones del Tercer Mundo ha tenido tan escaso desarrollo y qué se puede hacer para invertir las tendencias anotadas. Ellas están relacionadas en buena parte con los siguientes fenómenos: [4]

1. El desarrollo centro-centro y centro-periferia de las líneas de transporte (y los criterios de fijación de fletes en las convenciones de transporte marítimo y aéreo, [5] de las redes finncieras y, en general, de la infraestructura para el desarrollo comercial.
2. El creciente proceso de internalización del comercio por parte de las transnacionales con sede en los países industrializados y su participación en la comercialización internacional de lo que no constituye objeto de sus transacciones intracompañía.
3. Los procesos de integración económica regionales y subregionales, otros acuerdos formales e informales (comerciales y de pagos) entre países en desarrollo situados en una misma región y la operación de algunos bancos y otras entidades financieras regionales.
4. En menor medida, la operación de algunos organismos internacionales de crédito que favorecen preferentemente el intercambio norte-sur.

[4] Véase G. Perry, **El Nuevo Orden Comercial Internacional,** COYUNTURA ECONOMICA, Dic. 1977, y **Mercados Mundiales de Manufacturas e Industrialización de los Países en Desarrollo,** ESTUDIOS INTERNACIONALES, junio 1978.

[5] Finger, J., "Effective protection by transportation costs tariffs", Q JE, Feb. 1976.

Los gobiernos latinoamericanos pueden esperar a que las transnacionales desarrollen la infraestructura comercial Sur-Sur y que en consecuencia controlen el desarrollo de este comercio, apropiándose en buena parte de sus beneficios potenciales, o pueden tomar la iniciativa para desarrollar conjuntamente con otros gobiernos africanos y asiáticos la infraestructura comercial. Sin duda las flotas latinoamericanas y sus sistemas bancarios nacionales tienen la experiencia requerida para acometer esta empresa, siempre y cuando cuenten con apoyo y subvención temporal por parte de sus gobiernos y de los gobiernos de los otros países.[6]

De otra parte, podrían adelantarse y desarrollarse convenios comerciales y de pagos con países y esquemas de integración situados en otras áreas del Tercer Mundo. Asimismo, podría obtenerse del GATT la modificación de la cláusula de Nación Más Favorecida (NMF) para que los países en desarrollo puedan otorgarse preferencias arancelarias recíprocas sin tener que extenderlas a los países industrializados. El Protocolo sobre Cooperación entre países en desarrollo que posiblemente entre a discutirse al terminar las negociaciones sobre desgravación NMF a principios de 1979, podría proveer una oportunidad para plantear éste y otros temas de los acá mencionados. Posiblemente el desarrollo de tales propuestas a través de la UNCTAD, como de hecho ya se han venido desarrollando en varias conferencias sobre cooperación, constituya el vehículo más efectivo, como ha sucedido en otros casos en el pasado.

Ahora bien, como algunos de los países menos avanzados de Africa y Asia podrían mostrarse poco interesados en las propuestas indicadas al temer el desarrollo de un saldo comercial muy favorable a algunos países latinoamericanos, podría pensarse en otorgar preferencias comerciales (arancelarias, de cuotas y en compras estatales) no recíprocas a favor de los productos de exportación de dichas naciones. La experiencia demuestra que las ventajas comerciales unidireccionales facilitan el desarrollo del comercio y las relaciones económicas entre países con distinto nivel de desarrollo económico. En su ausencia el intercambio resulta muy desbalanceado y da lugar a fricciones que con frecuencia conducen a su estancamiento. Los costos que conlleva otorgar tales concesiones para los países de mayor desarrollo se compensan por la expansión del comercio que facilitan. Considérese, por ejemplo, el caso de ALALC y Grupo Andino. El grupo surgió precisamente de la inconformidad de los países medianos con la actitud cómoda de Brasil, Argentina y México en la ALALC y tuvo buen cuidado de no repetir sus errores. Al otorgar Perú, Chile y

[6] La primera prioridad debería estar constituida por el establecimiento de tal infraestructura con países de la costa occidental del Africa. Brasil ya se mueve activamente en este terreno.

Colombia (y luego Venezuela) ventajas a Ecuador y Bolivia —en cuanto al número de ítem en las listas de excepción, los plazos de desgravación y algunas asignaciones industriales— se facilitó el desarrollo del comercio al interior del grupo. Su "performance" contrasta muy favorablemente con el del intercambio ALALC. Como otro ejemplo, el desarrollo de las actividades del CAME [7] se vio entrabado hasta cuando en 1961, mediante el llamado Programa Complejo de Profundización, se aceptaron las exigencias de Rumania en cuanto a otorgar una serie de ventajas a dicho país y Bulgaria en todos los frentes de acción conjunta. [8] Finalmente, contrástese el éxito relativo de la política económica europea frente a sus ex colonias (mediante el otorgamiento de concesiones comerciales no recíprocas y otras medidas en las sucesivas convenciones de Yaoundé, Arusha y Lomé), que ha permitido superar en buena medida las fricciones que trajo consigo el proceso de independencia nacional, con las tensiones que ha producido en las relaciones interamericanas la política abiertamente neocolonialista de los EE. UU.

Sin embargo, la ejecución del tipo de acciones propuestas no es fácil. Exigiría una mínima coordinación entre varios países latinoamericanos para superar la tendencia actual a las relaciones bilaterales, tipo Brasil y Cuba con los países africanos y una cierta profundización del proceso de integración regional. En cuanto a lo primero, un organismo como el SELA podría proveer el marco institucional adecuado para acuerdos de este tipo. La próxima renegociación de la ALALC presenta una oportunidad para adecuar este organismo a tal tipo de acciones y quizá contribuir así a revitalizarlo. El estudio de todos estos temas podría constituir un objetivo prioritario para la CEPAL. En cuanto a lo segundo, debe observarse que difícilmente podría llegarse a que los países latinoamericanos concedieran preferencias comerciales recíprocas o no recíprocas a países africanos y/o asiáticos, si no se avanza más en la desgravación del comercio intrarregional. En particular, resulta claro que antes de otorgar preferencias no recíprocas a países de otra región, la ALALC debería hacer lo propio con los países del Caribe Insular. La excesiva conexión de estas economías con las europeas sólo cederá cuando los países latinoamericanos tomen posiciones audaces de este tipo. [9]

[7] Consejo de Ayuda Mutua Económica de los países de la órbita soviética.

[8] Véase, G. Perry, **Relaciones Económicas Internacionales de los Países Socialistas, Capítulo II, por aparecer.**

[9] **Debe reconocerse que Venezuela, México y Colombia ya han dado algunos pasos al respecto.**

III. COOPERACION CIENTIFICA Y TECNOLOGICA ENTRE AMERICA LATINA Y OTROS PAISES DEL TERCER MUNDO

Más que las diferencias en niveles de vida y de producción, en la división internacional del trabajo y en los términos de intercambio y sus tendencias, lo que distingue a países industrializados y del Tercer Mundo es la medida en que unos y otros han logrado "endogeneizar" la revolución científica y tecnológica [10] que ha permitido el gran crecimiento industrial de los primeros. Mientras éstos han desarrollado en forma impresionante sus sistemas científico y tecnológico, y los han integrado directa y eficientemente con su sistema productivo, en los países en desarrollo el sistema científico-tecnológico se encuentra en un estado precario e incipiente de desarrollo y se halla disociado del sistema productivo. Este último orienta su demanda por tecnología y conocimiento hacia el extranjero.

En estas condiciones, el progreso técnico en el Sur se realiza a veces en forma ineficiente (por inadecuada y lenta transferencia de tecnología) y sobre todo en forma costosa: conlleva al pago de altas regalías y/o la apropiación de excedentes por parte de la inversión extranjera directa. Mientras en los países industrializados el progreso técnico se ha convertido en el principal motor del crecimiento, y simultáneamente permite incrementar los salarios reales y obtener excedentes para la acumulación, en el Tercer Mundo dicho progreso es más lento y los excedentes que genera salen en buena parte al exterior. Ello explica en gran medida la "distancia creciente" entre unos y otros países. De aquí la necesidad de "endogeneizar" el proceso. América Latina no escapa a esta necesidad, así algunos de sus países hayan avanzado algo más en ese camino. [11]

La "endogenización" de la revolución científica y tecnológica requiere como primeros pasos en los países del Tercer Mundo, el desarrollar la capacidad para seleccionar, "negociar" y adaptar la tecnología extranjera, fortaleciendo y modernizando gradualmente el sistema científico-tecnológico nacional, a tiempo que se "regula" la transferencia de tecnología para ir desviando la demanda del sector productivo hacia la generación y adaptación local de conocimientos tecnológicos. [12] El problema jamás se le planteó a los países industrializados

[10] Este concepto ha sido desarrollado por F. Sagasti, "Technology Planning and Self-Reliant Development A Latin American View", en imprenta.

[11] En particular el Brasil, la Argentina (como lo han demostrado los estudios de Katz, J.) y en menor medida México.

[12] Véase F. Sagasti, op. cit. Debe observarse que estudios recientes han avanzado considerablemente en permitir operacionalizar ese tipo de políticas. Véase Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, Proyecto STPI, IDRC, 1978.

en esta forma; excepto, en alguna medida, a los de tardía industrialización como el Japón. Para ellos el progreso consistió en desarrollar la generación local de ciencia y tecnología e integrarla con el sistema productivo. Por lo tanto, no se puede esperar de ellos ninguna "asistencia" o "cooperación" significativa para resolver los aspectos esenciales del problema de endogenización de la revolución científica y tecnológica, como hoy se le presenta al Tercer Mundo. Esta dependerá crucialmente de los esfuerzos nacionales y de la cooperación horizontal entre los países del Sur.

A este respecto se presenta, en mi sentir, el mayor reto a dicha cooperación. En la agenda de prioridades debería incluirse la institución de mecanismos de difusión y asesoría sobre opciones tecnológicas, criterios de selección, prácticas de negociación, procesos y prácticas de adaptación, políticas de regulación de la transferencia de tecnología y de estímulo al desarrollo tecnológico local, etc. En el establecimiento de una o varias instituciones que puedan cumplir con estos propósitos, en la búsqueda de sus fuentes de financiamiento [13] y en su operación, podrían cumplir un papel crucial los países más avanzados de América Latina, los cuales, en conjunto con los países asiáticos más desarrollados, son los que han alcanzado una mayor experiencia en estos campos.

IV. CONFLICTO Y COOPERACION EN LAS NEGOCIACIONES POR UN NOEI

En la medida en que se establezcan vínculos de cooperación en lo comercial y lo tecnológico, como los propuestos, se facilitaría que los países del Tercer Mundo promovieran en conjunto sus intereses en las mesas internacionales de negociación. En esta sección pasaremos revista a algunos de los principales temas del NOEI, señalando los conflictos y puntos de convergencia y la forma como podrían coordinarse las posiciones de los países latinoamericanos con los de otros países del Tercer Mundo.

A. El Programa Integrado de Productos Básicos (PIPB)

Es bien sabido que la posición de varios países latinoamericanos frente al PIPB propuesto por la UNCTAD ha sido poco constructiva. En particular, los países exportadores de café y azúcar han asumido una

[13] Estas podrían provenir tanto del Tercer Mundo como de países industrializados. Véase al respecto, Pizano, Perry y Sagasti, **Implicaciones Tecnológicas del NOEI**, por publicarse.

posición casi antagónica al Fondo Común propuesto, por considerar que perderían su influencia actual en los mercados internacionales respectivos sin obtener una contraprestación adecuada. Con estas posiciones algunos países latinoamericanos se han ganado la desconfianza de otros países en desarrollo. ¿No sería más razonable emplear la capacidad de análisis que existe en América Latina para buscar soluciones concretas a estos problemas específicos, haciendo más viables las propuestas de la UNCTAD, que presentar posiciones abiertamente negativas? [14]

De otra parte, ¿no sería conveniente que América Latina propusiera fórmulas concretas para lograr un procesamiento mayor de productos básicos en el Tercer Mundo y para defender la competitividad de los productos naturales frente a los sintéticos, que constituyen objetivos en la enunciación del PIPB con respecto a los cuales no se presentan conflictos de interés entre los países en desarrollo? Ante la relativa pasividad latinoamericana, la discusión se ha concentrado casi exclusivamente en el Fondo Común y no se ha avanzado en resolver los problemas que la propuesta actual presenta.

B. Negociaciones Comerciales en el GATT

La posición del Tercer Mundo en las negociaciones de la llamada "Ronda Tokio" en el GATT se ha visto debilitada por un conflicto real de intereses, si bien éste no siempre se ha hecho explícito. Como lo han mostrado varios estudios, a los países más pobres les conviene mantener los márgenes de preferencia otorgados por los Sistemas Generales de Preferencia y la Convención de Lomé. En cambio a los países más avanzados del Tercer Mundo, y en particular a América Latina en su conjunto, les conviene más la desgravación general y permanente de las tarifas NMF (de la cláusula de Naciones Más Favorecida), así se erosionen algunos márgenes de preferencia. [15]

De haberse afrontado este conflicto, seguramente se habrían encontrado fórmulas de acuerdo que hubieran permitido a los países del

[14] Este caso recuerda la posición de Colombia frente al Fondo Común de Reservas Andinas, propuesto por la Junta del Acuerdo de Cartagena. Colombia inicialmente obstaculizó el acuerdo por considerar que estaría congelando sus reservas con el peligro de que Perú y Chile, en grave situación deficitaria, rápidamente agotaran las disponibilidades del Fondo. Cuando decidió negociar, se encontraron fórmulas para sortear esta eventualidad y se ligó el acceso al Fondo con el compromiso de no aplicar salvaguardias al comercio interregional, lo cual obviamente beneficiaba al proceso de integración y a Colombia en particular.

[15] Véase Cline, W., Multilateral effects of tariff negotiations in the Tokio Round, Brookings Institution, 1978.
IBRF, Trade liberalization and export promotion, 1977.
IBRF, Prospects for developing countries, 1977.

Tercer Mundo tener una mayor influencia en estas negociaciones. Por ejemplo, existían áreas de interés común que han debido enfatizarse: la reducción de barreras no arancelarias y del escalonamiento en la estructura arancelaria de los países industrializados que otorga una alta protección efectiva al procesamiento de productos básicos realizado en el Norte. A este último respecto convenía más a los países en desarrollo la propuesta de la Comunidad Económica Europea, de desgravar en un mayor porcentaje las tarifas nominales más altas, que la de desgravación proporcional que impulsara EE. UU. Los países en desarrollo no se pronunciaron conjuntamente sobre esta discusión y la negociación ha procedido, como de costumbre, entre los países industrializados. A América Latina le hubiera correspondido orientar y aglutinar una posición del Tercer Mundo al respecto.

C. La "ayuda externa" y el orden financiero

Como un último ejemplo, consideremos el asunto de la ayuda externa. Para muchos países latinoamericanos importa poco el monto de la ayuda externa. Interesa más el libre acceso a los mercados privados de capitales en el Norte, el cual a partir de 1971 les ha permitido flexibilizar el manejo de sus balanzas de pagos y una mayor autonomía en sus proyectos de inversión, en la selección de tecnologías y en la desagregación del paquete capital-tecnología.[16] Los países más pobres, en cambio, no están en capacidad de aprovechar estas ventajas y por su carácter de monoexportadores de productos básicos y bajos niveles de ahorro interno, requieren probablemente más de la ayuda externa.

¿Por qué no, entonces, renunciar a la ayuda siempre y cuando los flujos de ésta aumenten y se hagan más libres para los países más pobres? Una posición de este tipo facilitaría las alianzas de América Latina con otros países en desarrollo en otras materias y le daría mayor autoridad al Tercer Mundo para exigir otras concesiones.[17] Entre otras cosas, esta posición le permitiría a América Latina exigir con vigor una mayor liberalización de los mercados privados, oponiéndose a cualquier acuerdo "regulatorio" o que busque restringir en exceso la liquidez internacional, y asegurándose el respaldo del resto del Tercer Mundo en la defensa de estos intereses suyos.

[16] Véase, por ejemplo, C. Díaz, Alejandro, North-South relations: The economic component, en Bergsten y Kraus, ed., **World politics and International economics**, Brookings, 1975.

[17] A más de que probablemente no haría sino anticipar una situación inevitable.

V. A MODO DE SINTESIS

En síntesis, América Latina ha mantenido por lo general una actitud pasiva en cuanto al desarrollo de su intercambio comercial y tecnológico con otras áreas del Tercer Mundo, y una posición vacilante ante las mesas de negociación internacional. Una y otra actitud pueden explicarse, pero no justificarse. En lo esencial, sus necesidades e intereses coinciden con los del resto del Tercer Mundo, así se dé un cierto grado de diferenciación que genera contradicciones secundarias y hay formas de superar tales problemas y conflictos, como espero haberlo señalado.

CUADRO Nº 1

EXPORTACIONES DE MANUFACTURAS ENTRE PAISES EN DESARROLLO

(Millones de US$ corrientes)

ORIGEN		DESTINO				
		MEDIO ORIENTE	ASIA	AFRICA	AMERICA LATINA	TOTAL
Medio Oriente	1974	876	122	207	57	1.262
	1975	1.014	155	222	59	1.460
Asia	1974	805	3.834	707	363	5.709
	1975	1.204	3.935	875	307	6.321
Africa	1974	54	103	411	37	605
	1975	66	69	322	21	478
América	1974	24	74	58	2.511	2.667
Latina	1975	48	65	138	2.379	2.630
Total	1974	1.759	4.133	1.383	2.968	10.243
	1975	2.332	4.224	1.557	2.776	10.889

FUENTE: Keesing, Recent trends in manufactured and total exports from LDC'S, mimeo, 1977.

CUADRO N° 2

COMERCIO MUNDIAL POR AREAS 1963 A 1977

Destino / / Procedencia		Norte América	Europa Occidental	Japón	América Latina	Asia Sur-Oriental	Asia Occidental	Africa
	1963	7.830	9.630	2.175	3.800	3.060	605	790
	1968	16.460	12.685	3.525	5.745	3.725	1.075	835
	1970	19.380	17.325	5.410	7.160	4.290	1.410	1.100
Norte	1973	31.960	24.915	10.005	10.640	7.090	2.980	1.705
América	1974	41.415	33.320	12.850	17.140	9.790	5.340	2.785
	1975	42.590	34.370	11.520	18.385	10.835	8.670	3.925
	1976	49.670	37.850	12.575	18.670	10.940	9.720	4.115
	1977	54.115	38.415	12.815	19.360	11.430	10.480	4.820
	1963	5.750	40.860	620	2.915	2.595	2.010	3.515
	1968	11.385	65.105	1.115	4.285	3.065	2.430	4.765
	1970	12.765	92.790	1.695	5.415	3.525	3.305	6.200
Europa	1973	22.225	179.095	3.665	8.500	6.020	7.130	10.660
Occidental	1974	26.820	226.980	4.290	12.475	8.230	11.680	16.145
	1975	24.270	236.655	3.580	13.745	8.960	18.240	21.850
	1976	26.515	269.760	4.005	12.825	9.830	21.465	23.235
	1977	32.815	306.685	4.545	15.350	11.475	26.495	29.480

Destino/ /Procedencia		Norte América	Europa Occidental	Japón	América Latina	Asia Sur-Oriental	Asia Occidental	Africa
	1963	1.645	725	——	315	1.475	180	260
	1968	4.475	1.670	——	670	3.345	460	320
	1970	6.580	2.925	——	1.050	4.530	545	500
Japón	1973	10.550	6.605	——	2.180	8.930	1.535	905
	1974	14.520	8.595	——	4.090	12.670	3.305	1.555
	1975	12.410	8.290	——	3.700	12.540	5.415	2.025
	1976	17.460	10.765	——	3.725	14.050	6.655	2.405
	1977	21.535	13.195	——	5.035	17.120	8.025	3.270
	1963	4.330	3.970	425	1.720	55	30	140
	1968	5.355	4.280	650	2.420	130	60	115
	1970	6.310	5.525	980	2.800	165	60	125
América	1973	11.035	8.430	1.600	5.025	505	275	320
Latina	1974	20.930	11.245	2.325	9.940	350	625	805
	1975	18.435	10.865	1.845	9.530	290	655	965
	1976	20.790	13.055	1.900	10.215	400	455	1.000
	1977	23.450	15.240	2.330	11.005	665	690	1.425
	1963	1.400	2.170	930	140	2.330	200	235
	1968	2.500	2.375	1.550	120	2.590	320	320
	1970	3.600	2.785	2.275	175	3.180	365	485
Asia Sur-	1973	7.555	6.115	7.075	425	6.575	720	620
Oriental	1974	10.970	7.915	10.885	1.020	9.085	1.700	1.135

Destino/ /Procedencia		Norte América	Europa Occidental	Japón	América Latina	Asia Sur-Oriental	Asia Occidental	Africa
	1975	10.650	8.310	9.450	1.085	9.000	2.405	1.425
	1976	15.530	11.640	11.540	1.315	11.230	3.145	1.600
	1977	18.935	13.285	13.960	1.515	13.150	4.000	2.005
	1963	335	2.645	555	100	375	390	185
	1968	430	4.440	1.595	130	565	660	330
	1970	540	5.510	2.020	260	740	765	390
Asia (1)	1973	1.695	12.950	4.905	1.720	2.450	1.310	525
Occidental	1974	5.860	41.125	15.935	5.170	7.435	3.300	1.620
	1975	6.060	35.095	155.235	4.900	7.440	3.245	1.695
	1976	7.565	41.870	17.415	7.265	9.120	2.925	1.765
	1977	11.355	42.220	18.435	7.840	9.875	4.300	1.925
	1963	510	4.525	135	40	160	100	405
	1968	750	6.605	355	100	220	140	500
	1970	885	8.580	520	235	240	120	750
	1973	2.585	13.355	925	765	385	205	1.055
Africa	1974	2.850	24.770	1.695	1.765	430	350	1.715
	1975	6.750	18.885	1.140	2.230	310	350	1.900
	1976	10.305	23.195	1.360	2.195	350	405	1.850
	1977	11.460	25.450	1.450	2.360	310	425	2.255

(1) Incluye Medio Oriente.

FUENTE: INTERNATIONAL TRADE, UNCTAD GATT 1977/1978.

EL DIALOGO NORTE-SUR: UNA VISION LATINOAMERICANA*

Luciano Tomassini

UNA NUEVA ACTITUD NEGOCIADORA

La situación de los países en desarrollo comenzó a atraer la atención mundial al iniciarse el reordenamiento de las relaciones internacionales que constituyó el principal desafío del período de postguerra. La profundización de los ideales igualitarios, en cuyo nombre se había librado esa contienda en la conciencia moral de la humanidad; la construcción progresiva de una civilización planetaria y el activo proceso de descolonización que triplicó el número de miembros de las Naciones Unidas durante los treinta años siguientes, contribuyen a provocar este fenómeno. Ya en 1951 un grupo de expertos, convocado por las Naciones Unidas, bajo el liderazgo del profesor Arthur Lewis, publicaba un informe titulado "Medidas para acelerar el desarrollo económico de las regiones subdesarrolladas". En la práctica, con él se iniciaba el hoy día llamado diálogo Norte-Sur. [1]

El pensamiento latinoamericano, incubado primeramente en la CEPAL y difundido universalmente después a través de la UNCTAD, tuvo una importancia decisiva en ese diálogo. [2]

* Este documento incorpora algunas ideas planteadas en el curso de los trabajos realizados hasta ahora por la Comisión Brandt, particularmente en lo que se refiere a la importancia del sur para las economías del norte, la situación especial de los países de desarrollo intermedio en la economía mundial y la identificación de intereses mutuos como una nueva plataforma del diálogo Norte-Sur. Los trabajos de la Comisión son de carácter reservado. El análisis contenido en este documento es de exclusiva responsabilidad del autor.

[1] Ver comentarios a este respecto en S. J. Patel, La Autodeterminación Colectiva de los Países en Desarrollo, en Comercio Exterior, México, julio de 1976.

[2] Véase fundamentalmente el Informe del Grupo de Expertos presentado por CEPAL en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social celebrada en Quintandinha, Brasil, en 1964, y el trabajo preparado por el Dr. Prebisch en vísperas de la primera reunión de la UNCTAD, titulado Hacia una Nueva Política Comercial para los Países en Desarrollo.

En una primera etapa, que se prolonga hasta fines del decenio pasado, se presumió la existencia de una "armonía natural de intereses" entre los países industrializados del Norte y los países subdesarrollados del Sur. De acuerdo con esta concepción, el desarrollo de estos últimos se produciría como resultado del **growth o trickle down effect** inducido en estos países por el crecimiento económico del mundo industrializado. Se suponía, por aquel entonces, que lo que era bueno para el Norte debía ser bueno para el Sur. Se admitía, ciertamente, que las relaciones entre ambos grupos de países eran marcadamente asimétricas, pero se atribuía esta situación al hecho de que los distintos países se encontraran en diferentes "etapas de crecimiento económico". El desarrollo se concebía como un proceso unilineal, y se suponía que todos los países debían recorrer un mismo camino, dividido en ciertas etapas. En esta marcha, los que habían partido primero tenían ciertas ventajas sobre los recién llegados. Los problemas planteados por esta diferenciación tenderían a superarse conforme avanzaran el desarrollo, la modernización y la integración de los países retrasados en la economía internacional. Se reconocía que, durante el período de transición, los beneficios derivados de las relaciones económicas entre estos dos grupos de países se habrían de distribuir en forma muy desigual. Sin embargo, la estructura misma de las relaciones económicas internacionales no era cuestionada, y se confiaba en poder compensar las pérdidas sufridas por los países subdesarrollados mediante programas de cooperación o "ayuda externa".[3]

Aquel período concluyó con un acendrado sentimiento de "desilusión frente a la ayuda". Dicho malestar dio lugar a comienzos de los años 1970 a un conjunto de informes que, de diversos ángulos, procuraron enjuiciar los programas de cooperación internacional ensayados durante los dos últimos decenios, tales como los informes Pearson, Peterson o Prebisch.[4] Este debate ayudó a comprender que la ayuda externa —que incluso antes del aumento de los precios del petróleo representaba menos del 10% de los ingresos obtenidos por los países del sur como consecuencia de los flujos internacionales de capital y de sus transacciones comerciales con el resto del mundo— debía ser colocada dentro del contexto de las relaciones económicas externas de los paí-

[3] Para un análisis de ese período, realizado por un destacado participante en dicho proceso, ver Introducción por F. Herrera a Diez Años de Lucha por América Latina, obra coordinada por A. Calvo y L. Tomassini, México, FCE, 1970.

[4] Recuérdese, principalmente, Partners in Development, informe encomendado por el Banco Mundial al Sr. Lester Pearson, y Transformación y Desarrollo, estudio elaborado por el Dr. Raúl Prebisch para el BID, ambos en 1970.

ses en desarrollo.[5] Por otra parte, el decenio de 1970 se caracterizó por un dramático incremento del poder de negociación de estos países, como consecuencia de la resolución tomada en la OPEP para alzar los precios del petróleo y de la decisión adoptada por el resto del Tercer Mundo en el sexto período de sesiones de la Asamblea General de la ONU y en la conferencia sobre materias primas y de desarrollo de Dakar en el sentido de mantener su solidaridad con los países de la OPEP. En 1973 se inicia así un período caracterizado por una política de confrontación, que se expresa en la Declaración y Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, adoptado en la primera de las reuniones anteriormente mencionadas y aceptado por los países industrializados en la sexta sesión especial del máximo organismo de la ONU —documentos en que se plantea un cambio profundo de las estructuras que rigen las relaciones Norte-Sur.

Al concluir sus trabajos la UNCTAD IV y la Conferencia sobre Cooperación Internacional y Desarrollo, que sesionó en París entre 1975 y 1977, las negociaciones respectivas habían conducido a muy modestos resultados. Como consecuencia de lo anterior, la política de confrontación a que se ha hecho referencia parece considerablemente debilitada, y tanto en el norte como en el sur se advierte una actitud más favorable a iniciar negociaciones basadas en la identificación de intereses recíprocos y en la formulación de acciones para mutuo beneficio. En todo caso, si una lección han arrojado las dos etapas señaladas, ésta consiste en la escasa viabilidad que tiene cualquier política que se traduzca en un **zero sum game** o en un proceso de transferencia unilateral de recursos desde los países industrializados hacia los países en desarrollo, ya sea sobre bases voluntarias, como ocurrió durante la era de la cooperación, o compulsivas, como se pretendió durante el último período. En otras palabras, ni "el petróleo fue la excepción" como algunos estimaron en algún comienzo ni "la amenaza del Tercer Mundo" se convirtió en una realidad tan ominosa como otros anticiparon.[6] Contribuyeron a este cambio de actitud a) el debilitamiento del supuesto **commodity power** que se atribuyó a los países en desarrollo y que debió servir como fundamento a las tácticas de cartelización en que debía basarse esta estrategia, como consecuencia de las dificultades existentes para generalizar los logros de la OPEP; b) la emergencia, en el interior del Tercer Mundo, de un conjunto de países de desarrollo intermedio que se encuentran más interesados en lograr un

[5] G. K. Helleiner (editor), **A Divided World: The Less Developed Countries in the World Economy**, N. York, 1976, Preface, pág. 4.

[6] S. Krasner, **Oil is the Exception**, en Foreign Policy Nº 14, 1974, y C. F. Bergsten **The Threat from the Third World**, en Foreign Policy Nº 7, 1972.

mayor acceso a los mercados internacionales de bienes y factores que en reemplazarlos por mecanismos redistributivos, de carácter más centralizado, y c) la nueva importancia que ha adquirido el desarrollo de las naciones del sur para la reactivación económica de los países del Norte.

LA IMPORTANCIA DE LAS NACIONES DEL SUR PARA LOS PAISES DEL NORTE

El papel de los países en desarrollo como un motor adicional del crecimiento de los centros ha sido subrayado en una serie de declaraciones e informes recientes. Una estimación ampliamente difundida llega a la conclusión de que un aumento de tres puntos anuales en las tasas de crecimiento de los países en desarrollo no exportadores de petróleo podría provocar un incremento de 1 por ciento anual en las tasas de crecimiento de los países de la OCDE, lo que significaría un incremento del producto agregado de aquellos países del orden de 45 mil millones de dólares y un aumento apreciable en el número de empleos.[7]

En el caso de los Estados Unidos, los mercados de los países en desarrollo en su conjunto, excluidos los países miembros de la OPEP, son más importantes para sus exportaciones que los de la Comunidad Económica Europea, Europa del Este y el Japón sumados. Entre 1970 y 1975 las exportaciones norteamericanas a esos países crecieron a una tasa promedio anual cercana al 20 por ciento, en comparación con un crecimiento que se empinó sobre el 15 por ciento en relación con los demás países industrializados. En el caso de los países en desarrollo que presentan un proceso de industrialización más acelerado, dicho ritmo de crecimiento fue del orden del 50 por ciento. Resulta significativo observar que estas tendencias se invirtieron a partir de 1975, cuando las exportaciones estadounidenses hacia otros países industrializados continuaron aumentando (aunque a un ritmo inferior), como consecuencia de la mayor capacidad de defensa de estos últimos, mientras que aquellas destinadas a los países en desarrollo se contrajeron. Una estimación de la OCDE señala que unos 15 de los 40 mil millones de dólares que representó el cambio desfavorable en la balanza comercial de los Estados Unidos entre 1975 y 1977 se debió a la contracción del

[7] UNCTAD, **Trade Prospects and Capital Needs of Developing Countries, 1976-1980,** abril de 1976. Ver también J. A. Holsen y J. L. Waelbroeck, **The Less Developed Countries and the International Monetary Mechanism,** en AER Vol. 66, Nº 2, mayo de 1976.

comercio de esta nación con los países en desarrollo no exportadores de petróleo.[8]

Sostener hoy que los países en desarrollo dependen del crecimiento de los centros sería presentar un cuadro desequilibrado. Lo contrario es igualmente cierto. El progreso de los países pobres tiene un impacto perceptible sobre el crecimiento económico, los niveles de empleo y el bienestar de los países industrializados, no sólo al estimular la demanda por los productos manufacturados y los bienes de capital que estos exportan si no también al contribuir significativamente a aliviar las presiones inflacionarias que ellos sufren, y que constituye el principal obstáculo a la reactivación de sus economías.

En su edición del 12 de junio de 1978, la reviste "Time" señalaba que "simplemente no es razonable pensar que el mundo industrializado pueda mantener —y menos aún expandir— sus economías en una especie de círculo cerrado. Este debe incorporar más y más al resto del planeta, no solamente como proveedores de materias primas, si no también como socios comerciales". Aquel ensayo propone una especie de Plan Marshall para el Tercer Mundo y llega a la conclusión de que "los países ricos y pobres no necesitan gustar unos de otros para reconocer que poseen intereses comunes que no pueden rehuir".

Se ha abierto paso así a la tesis de que las economías del norte se encuentran más estrechamente vinculadas con las del sur que en el pasado, y de que la interdependencia ha dejado de ser una realidad que tiene significación sólo entre los países industrializados (cuyas relaciones con los países en desarrollo se plantearían en el plano de la cooperación), si no que se habría convertido en un fenómeno de doble vía.

La consecución de las ganancias que podrían derivarse de esta nueva relación de interdependencia requerirá una gran sensibilidad para identificar los intereses recíprocos que poseen ambos grupos de países en algunos sectores específicos, y para formular soluciones mutuamente beneficiosas, a través de enfoques más desagregados y eventualmente diferentes en relación con las medidas de carácter excesivamente general que hasta ahora ha configurado la plataforma del Nuevo Orden Económico Internacional.

La emergencia de esta realidad permite anticipar que el reordenamiento de las relaciones norte-sur debería basarse en tres principios: a) el reconocimiento de la existencia de una compleja red de intereses mutuos entre los países industrializados del Norte y los países en desarrollo del Sur y la identificación de algunas áreas en que sea posible emprender acciones concretas para mutuo beneficio; b) la aceptación del hecho de que la implementación de acciones mutuamente

[8] OCDE, Economic Outlook Nº 22. Ver también **Prospects for the Developing Countries, 1978-1985**, Banco Mundial, 1977.

beneficiosas, como las anteriormente señaladas, supone la introducción de reformas más o menos profundas en las reglas e instituciones que actualmente enmarcan las relaciones Norte-Sur, las que generalmente discriminan en contra de este último grupo de países, y c) la conveniencia de adoptar estrategias negociadoras más desagregadas, tanto desde el punto de vista de las distintas actividades económicas o grupos de países involucrados como de los foros establecidos para la realización de las conversaciones respectivas.

ALGUNAS AREAS DE INTERES RECIPROCO

A partir de la aceptación de estos principios, cabría avanzar hacia la identificación de algunas áreas de interés recíproco, para lo cual cabe contabilizar los siguientes hechos:

— El reconocimiento de que, como consecuencia de las consideraciones anteriormente señaladas, en sus esfuerzos para combatir la recesión y el desempleo y reactivar sus economías, las naciones industrializadas podrían encontrar en los países en desarrollo (aun excluidos los países miembros de la OPEP) un importante motor adicional y un mercado que está adquiriendo una importancia creciente. En efecto, los mercados que actualmente representan los países de ingresos intermedios son ya considerables, y habrán de ampliarse conforme se incorporen a la economía internacional los de aquellos países que actualmente se encuentran marginados de ellos. Estos mercados representan tanto una fuente de absorción para las exportaciones de manufacturas y bienes de capital provenientes del norte, como un área de expansión para las empresas originadas en éstos y una fuente de ingresos provenientes de las remuneraciones pagadas por el uso de la tecnología desarrollada en el Norte.

— El reconocimiento de que si el crecimiento de los países en desarrollo es una de las condiciones necesarias para la reactivación económica en los centros, es necesario que estos últimos aseguren a los primeros una participación razonable en la creación de liquidez internacional y un acceso adecuado a fuentes de financiamiento a mediano plazo —lo cual puede implicar el establecimiento o la ampliación de facilidades diferentes a las estrictamente bancarias y una mayor apertura de los mercados internacionales de capital—, así como también del hecho de que un número creciente de países en el Sur se están convirtiendo en buenos clientes para las instituciones financieras del Norte.

— El reconocimiento de que en el largo plazo —y no obstante el neoproteccionismo introducido en las políticas económicas de los países industrializados como consecuencia de su compromiso con el mantenimiento de la actividad económica y el pleno empleo— una de las alternativas inevitables para abatir las tendencias inflacionarias de carácter estructural que actualmente han pasado a ocupar los primeros lugares en la lista de sus preocupaciones consiste en llevar efectivamente a la práctica las teorías de las ventajas comparativas, que tradicionalmente ellos mismos han preconizado, y en hacer posible una división más racional del trabajo en donde los países en desarrollo ocupen un lugar más ventajoso y más acorde con aquellas ventajas que vayan adquiriendo las diversas etapas de su proceso de desenvolvimiento económico, dentro del marco de una concepción dinámica.

— El reconocimiento de la existencia de una amenaza objetiva de que la humanidad se encamine hacia una situación de escasez de ciertos recursos naturales, principalmente de origen mineral, y de que a la tradicional dependencia industrial, financiera y tecnológica los países del Tercer Mundo frente a las naciones desarrolladas se ha venido a añadir la dependencia estratégica de estas últimas frente a las primeras, en relación con la seguridad en el abastecimiento y el comportamiento ordenado de los precios de un número creciente de aquellas materias primas requeridas para el normal funcionamiento del sistema industrial de los centros.

— El reconocimiento de que la humanidad se encuentra enfrentada a un número cada vez mayor de problemas globales, que van desde la contaminación ambiental hasta la proliferación nuclear —pasando por la planificación demográfica y el control de las migraciones, el tráfico de narcóticos, el terrorismo y la piratería aérea, y el régimen de explotación de los recursos marinos y de otros bienes comunes a toda la humanidad—, problemas que por su naturaleza requieren de la colaboración de todos los pueblos del mundo.

Pero no es posible pasar por alto que, así como la política de confrontación fue un producto de los países del sur, la filosofía de los "intereses mutuos" ha obedecido fundamentalmente a análisis y proposiciones provenientes de los países del norte.

REACTIVACION CON REESTRUCTURACION

En tal sentido, es necesario señalar que las proposiciones provenientes del norte están basadas fundamentalmente en consideraciones de corto plazo, derivadas de los problemas de estancamiento, inflación

y desempleo que enfrentan aquellos países. La idea de utilizar al Tercer Mundo como un factor de estímulo para incrementar la demanda efectiva por las manufacturas y los bienes de capital producidos por los centros y, de esta manera, estimular en ellos el crecimiento y pleno empleo —conjuntamente con algunas concesiones efectuadas en el campo del financiamiento y las materias primas— no resolverá en definitiva los viejos problemas que han afectado las relaciones Norte-Sur ni hará posible un diálogo duradero, en la medida en que continúa respondiendo a objetivos de corto plazo, y repose sobre la presunción de que la actual estructura de las relaciones económicas internacionales debe ser mantenida.

En efecto, si bien una estrategia de este tipo podría dar buenos resultados en términos de crecimiento a corto plazo tanto en los centros como en la periferia, si no se introducen transformaciones estructurales en las relaciones económicas internacionales entre ambos grupos de países, a poco andar volverían a plantearse los viejos problemas derivados de la existencia de relaciones profundamente asimétricas entre ellos, y de la subsistencia de las distorsiones y barreras que actualmente afectan a los mercados internacionales y de reglas del juego que discriminan sistemáticamente en contra de los intereses de los países en desarrollo.

En definitiva, aquellos problemas son la consecuencia de deficiencias estructurales en las relaciones Norte-Sur. Un Plan Marshall global, como el que desde ciertos ángulos del norte hoy se propone, podría atenuarlas o disimularlas durante algún tiempo, pero no corregirlas en forma duradera. Si bien la expansión podría generar un programa de este tipo, en el corto plazo podría facilitar la adopción de las medidas de ajuste que se necesitan en el interior de las economías industrializadas y la introducción de cambios estructurales en las relaciones centroperiferia, sus resultados serán precarios y engañosos si dichas medidas no se inspiran desde un comienzo en una visión de largo plazo. Lo importante es que mientras se adoptan acciones encaminadas a aprovechar las oportunidades que brinda la mutualidad de intereses existentes en el corto plazo, los países industrializados no pierdan de vista la necesidad de aceptar reformas estructurales en el plano de las relaciones Norte-Sur, en un horizonte de tiempo más largo.

El desconocimiento de esta necesidad puede dar lugar a un diálogo de sordos en detrimento, fundamentalmente, de los países en vías de desarrollo. Un buen ejemplo del diálogo de sordos que puede producirse si no se adopta una perspectiva global, como la que aquí se sugiere, se encuentra en la propuesta formulada por los Estados Unidos en Nairobi con el objeto de establecer un Banco Internacional de Recursos en respuesta a la aspiración planteada por los países en desarrollo en el sentido de adoptar un Programa Integrado de Produc-

tos Básicos y de constituir un Fondo Común para financiar dicho programa. El desarrollo de los recursos naturales disponibles en la periferia, la seguridad de su abastecimiento y el comportamiento ordenado de sus precios constituyen objetivos del mayor interés tanto para el norte como para el sur. Sin embargo, la propuesta de los Estados Unidos se centraba unilateralmente en el incremento de la oferta y en la seguridad desde el punto de vista del abastecimiento de dichos recursos, en el futuro inmediato, mientras que los países en desarrollo buscaban la estabilidad y el mejoramiento de sus precios a través de un programa que implicaba un mayor control sobre su oferta. En un plano superficial, da la impresión de que la propuesta de los Estados Unidos fue enterrada, mientras que la posición del Tercer Mundo dio lugar a la constitución de un fondo común de dimensiones mínimas. [9]

Sin embargo, el hecho de que en este tipo de diálogo de sordos son los países del Tercer Mundo los que más tienen que perder queda ejemplificado por la circunstancia de que en la actualidad el comportamiento de la economía internacional en materia de productos básicos no se caracteriza por el éxito de los mecanismos propuestos para controlar o restringir la oferta de productos básicos sino más bien por un proceso acelerado de desarrollo de los recursos naturales de que disponen los países de la periferia, estimulado por las naciones industrializadas, generalmente a través de la acción de las corporaciones transnacionales. [10]

Lo anterior pone de manifiesto la necesidad de que las medidas que se propongan con el objeto de mejorar las relaciones norte-sur contemplen en forma más equilibrada los intereses de ambos grupos de países. Sólo cabe mencionar aquí algunas de las acciones que se requerirían para asegurar ese equilibrio:

— Programas destinados a promover el desarrollo de los recursos naturales del Tercer Mundo, que tomen como punto de partida propuestas como las que han formulado los Estados Unidos, pero que incorporen medidas que contemplen los intereses de los países en desarrollo, incluyendo la estabilización y el mejoramiento de los precios de sus productos básicos y un mayor grado de procesamiento local de sus recursos naturales.

— Posiciones negociadoras en el campo del intercambio de manufacturas que no se limiten a solicitar el otorgamiento de "tratamientos preferenciales" en favor de los países en desarrollo sino que

[9] A este respecto, ver L. Tomassini, La Política Internacional en un Contexto de Escasez, en Francisco Orrego (editor), Escasez Mundial de Alimentos y Materias Primas, Santiago, 1978, págs. 280 a 282.

[10] Ver R. Basson y B. Varon, **The Mining Industry and the Developing Countries**, 1977.

pongan más énfasis en las medidas que deberían adoptar los países industrializados para abatir las barreras que actualmente existen en contra de las manufacturas que están en condiciones de exportar ventajosamente los primeros, incluyendo la revisión de las estructuras arancelarias prevalecientes en los países industriales y de las barreras no arancelarias que actualmente se oponen al ingreso de aquellos productos en sus mercados, y contemplando la posibilidad de que los países industrializados asuman el compromiso de compensar financieramente a los países en desarrollo por las pérdidas derivadas de la aplicación de este último tipo de medidas (como, por ejemplo, las llamadas "restricciones voluntarias" a sus exportaciones más competitivas).

— Políticas encaminadas a estimular y encauzar sobre bases más beneficiosas para los países en desarrollo el proceso de redistribución industrial que está teniendo lugar en las economías industrializadas, replanteando las actuales formas de subcontratación industrial, ensamblaje o "maquila", a fin de que una proporción creciente de los beneficios derivados de estos procesos industriales permanezca en manos de los países en desarrollo y promoviendo la radicación en ellos de actividades cada vez más complejas y dinámicas.

— Establecimiento de nuevas facilidades en el campo del financiamiento público internacional que, junto con reconocer la tendencia y a concentrar la ayuda de carácter concesional en los países de menor desarrollo relativo, asegure a los países de desarrollo intermedio facilidades de financiamiento a mediano plazo que les permitan mantener su nivel de importaciones desde los países industrializados y adquirir los bienes de capital e intermedios que requiere su proceso de desarrollo, replanteando, en caso necesario, el papel de los organismos internacionales de financiamiento en este campo.

— Revisión del sistema de transferencia de tecnología y, en caso necesario, del régimen internacional de patentes, con el objeto de reducir los elementos monopólicos incorporados en dicho sistema, que infligen costos excesivos a los países receptores y generan rentas monopólicas en beneficio de los países avanzados.

HACIA UNA ESTRATEGIA DE NEGOCIACION MAS DESAGREGADA

La formulación de acciones mutuamente beneficiosas para determinados países del norte y del sur, sobre la base de la identificación de áreas de interés recíproco, exigirá desarrollar técnicas de negociación mucho más desagregadas, tanto desde el punto de vista de los países

involucrados en las negociaciones respectivas, como de los productos o actividades económicas a que ellas se refiera. Al respecto, el programa oficial del Nuevo Orden Económico Internacional adolece de una excesiva generalidad, a lo menos en dos sentidos.

En primer lugar, dicho programa atribuye a los países del Tercer Mundo una homogeneidad que éstos no poseen. En efecto, dentro del mundo en desarrollo cabe distinguir, a lo menos, tres grupos de países, a saber: a) los países exportadores de petróleo, b) los países menos desarrollados y c) los países de "desarrollo intermedio", como los de América Latina o el Oriente Asiático. Sin perjuicio de la similitud que presentan sus problemas, particularmente en comparación con el mundo industrializado, cada una de estas categorías de países posee intereses y prioridades bien diferenciados.

En segundo lugar, el programa del Nuevo Orden Económico Internacional parece basarse en la presunción de que los problemas globales que hoy confronta la humanidad deben ser resueltos a través de medidas igualmente globales. En un plano oficial, estas medidas incluyen un Programa Integrado de Productos Básicos, en el campo de las materias primas; un Sistema General de Preferencias, en el campo de las manufacturas; la negociación de Códigos de Conducta generales para la regulación de las actividades de las empresas transnacionales y del proceso de transferencia de tecnología; un Plan Mundial de industrialización; un Fondo Internacional para el Desarrollo de la Agricultura, y otras medidas de alcance igualmente genérico. Otras propuestas, como las contenidas en el informe RIO, incluyen el establecimiento de una autoridad mundial para el desarrollo de los recursos naturales, de un instituto internacional de tecnología y de una tesorería mundial, que aseguraría un proceso más automático de transferencia de recursos financieros desde los países ricos hacia los países en desarrollo. La experiencia reciente ha demostrado que este tipo de propuestas globales tiende a acumular grandes resistencias al mismo tiempo que ofrecen un grado muy bajo de viabilidad, debido al elevado nivel de agregación de los problemas que con ellas se procura solucionar. [11]

Similares consideraciones cabría formular en relación con la eficacia de los foros mundiales a través de los cuales con frecuencia se procura debatir estos problemas, cuyo carácter preponderantemente retórico queda de manifiesto al observar los resultados alcanzados, y muy particularmente al compararlos con los canales que se utilizan cuando se desea conducir las relaciones Norte-Sur entre determinados países sobre bases serias.

[11] Estas observaciones se encuentran más desarrolladas en L. Tomassini, Falencias y Falacias. Notas sobre el Estudio de las Relaciones Norte-Sur, en Comercio Exterior, México, septiembre de 1977, y en Intereses Mutuos: Las Verdaderas Bases del Diálogo Norte-Sur, en Estudios Internacionales Nº 41, enero-marzo de 1978.

Se ha sugerido que en un enfoque más desagregado como el que se propone: a) cada tema debería ser negociado separadamente, b) debería establecerse un foro para cada tópico, c) los acuerdos resultantes no deberían agregarse dentro de un mismo paquete, d) sólo las partes directamente interesadas deberían participar en las negociaciones respectivas y e) deberían adoptarse procedimientos que compensaran la diferente capacidad negociadora de las partes.[12]

Estas sugerencias constituyen el reverso de los esquemas de negociación actualmente vigentes. La utilización de foros más específicos de negociación entre el Norte y el Sur no excluye, sino que supone, la existencia de instancias globales que contribuyan a compatibilizar los intereses que se encuentran en juego en dichos foros especializados, y a dirimir conflictos eventuales. Sin embargo, en todo caso, una mayor desagregación de los procedimientos y los foros a través de los cuales se manejan las relaciones económicas entre los países del Norte y los del Sur, parecería altamente aconsejable en el estado actual de las negociaciones.

UNA PARTICIPACION SELECTIVA EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

Conviene ahora examinar brevemente la viabilidad de los principales modelos de orden económico mundial que en la actualidad se encuentran en debate, y que implícitamente inspiran la multiplicidad de medidas propuestas desde diversos ángulos para orientar el reordenamiento de las relaciones Norte-Sur, a la luz de estas nuevas realidades. De hecho, la controversia que se ha venido desarrollando a este respecto y las alternativas que en forma más o menos confusa se han planteado, giran en torno al grado de integración o desintegración de los países en desarrollo en la economía internacional que se considere deseable. Hasta el presente, esta cuestión ha sido objeto de tres tipos de respuesta.

La primera está representada por la sabiduría convencional, que preconiza el **laissez faire,** tanto en el plano interno como en el internacional. En este último plano, la óptima asignación de los recursos —y, por consiguiente, la óptima distribución de los beneficios derivados de las relaciones económicas internacionales— se logra con la cooperación de la "mano invisible" que surge de las fuerzas del mercado. Este modelo implica que los países en desarrollo abran sus economías a las importaciones y a los capitales provenientes de los centros y se

[12] F. van Dam, **Development Cooperation: A Diferenciated and Thematic Approach,** ISS, La Haya, diciembre de 1977.

especialicen en aquellas actividades para las cuales poseen ventajas comparativas, integrándose lo más estrechamente posible en la economía internacional. [13]

Para los críticos más radicales de esta posición, los beneficios que podrían derivarse de una mayor apertura externa en la práctica se ven bloqueados por las imperfecciones que presentan los mercados, tanto locales como internacionales, y por la presencia de una clase dominante de origen transnacional que actúa como intermediaria entre las economías centrales y las periféricas. De acuerdo con su interpretación, históricamente esta apertura externa ha significado un importante drenaje de recursos para las economías de los países subdesarrollados, y un factor de retraso. La prescripción es, pues, el **delinking**, es decir, la segregación de los países en desarrollo frente al sistema capitalista internacional. [14]

El programa oficial del Nuevo Orden Económico Internacional se encuentra en una posición equidistante entre los dos extremos señalados. De acuerdo con este programa, el desarrollo de los países periféricos depende de que éstos logren mejorar su participación en el sistema internacional y no, como preconizan los segregacionistas, de su retiro del sistema. Sin embargo, las relaciones Norte-Sur se desenvuelven dentro de reglas del juego definidas por las potencias hegemónicas, que discriminan en contra de los países más débiles, los cuales por consiguiente requieren de un tratamiento preferencial que sólo puede lograrse a través de un grado considerable de la regulación de los mercados. De allí la necesidad de adoptar un programa integrado de productos básicos, un sistema general de preferencias, mecanismos que aseguren la automaticidad del proceso de transferencia de recursos financieros y códigos para regular el comportamiento de las corporaciones transnacionales y el flujo de tecnología proveniente de los países avanzados. Se trata, pues, de una suerte de "social democracia global", cuya raíz fabiana fuera señalada —equivocadamente, a nuestro

[13] Esta línea de argumentación se encuentra ampliamente documentada en trabajos como los del profesor Harry Johnson, principalmente en **Foreign Economic Policies for Less Developed Countries**, N. York, 1967.

[14] Esta escuela de pensamiento se encuentra reflejada con diversos matices a través de una abundante literatura aparecida durante los últimos años. Para una exposición breve y penetrante sobre la materia, ver C. Furtado, Una interpretación estructuralista de la "Crisis" Actual del Capitalismo, en Estudios Internacionales Nº 30, abril-junio de 1975, y El Reordenamiento de la Economía Mundial, en Nueva Política Nº 4, México, marzo de 1977. En esta última edición, ver también Samiz Amin, Desarrollo Autodependiente. Para un examen crítico de estas posiciones, efectuado desde un punto de vista amistoso, ver C. Díaz Alejandro, **Delinking North and South Unshackled or Unhinged?**, en Albert Fishlow et. al., **Rich and Poor Countries in the World Economy**, N. York, 1978.

juicio— por el ex embajador de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, señor Mohinyan.

El primero de los modelos anteriormente señalados propicia la plena integración de las economías periféricas en el sistema capitalista internacional, a través de los mecanismos del mercado. El tercero propone un grado de integración considerable, pero a través de medidas que implican un profundo grado de intervención en los mercados internacionales, por su reemplazo por mecanismos más centralizados. El segundo modelo, finalmente, rechaza no sólo los mecanismos del mercado, como un instrumento para integrarse en la economía internacional, sino la integración misma de los países periféricos en el sistema capitalista mundial, como una meta deseable.

Naturalmente, las estrategias más aptas para promover la implementación de cada uno de estos modelos corresponden, aproximadamente, a las alternativas de **exit, voice** y **loyalty** propuestas en su oportunidad por Albert Hirschman para analizar el funcionamiento de los sistemas sociales desde un punto de vista más amplio. Ninguno de estos tres modelos parece tener actualmente un grado de viabilidad razonable. El primero supone la existencia de mercados que funcionen bajo condiciones de competencia perfecta, lo que no ocurre debido a las distorsiones provocadas por los oligopolios nacionales o transnacionales y por las políticas proteccionistas adoptadas por los países industriales. El segundo modelo parece contrario a la experiencia histórica reciente, a la luz de la cual el crecimiento de los países en desarrollo estuvo estrechamente asociado con su progresiva participación en el comercio internacional, y con la expansión sostenida que experimenta hasta fines del decenio pasado la economía mundial.[15] Finalmente, y como ya se ha señalado, la tercera alternativa encuentra serias resistencias y hasta ahora ha conducido a logros limitados, como consecuencia de que: a) representa típicamente una estrategia de transferencia unilateral de recursos de tipo **zero sum game**, b) propone un conjunto de medidas excesivamente generales y, por consiguiente, muy difíciles de implementar, y c) no toma debidamente en cuenta las diferencias existentes en el interior de los países en desarrollo.

Frente a un modelo basado en la regulación global de los mercados, los países en desarrollo podrían encontrar una cuarta opción en una estrategia de "participación selectiva" en el sistema internacional, basada en el reconocimiento de realidades como las señaladas

[15] Una discusión extremadamente lúcida sobre la materia se encuentra en A. Fishlow, **A New International Economic Order What Kind?**, en la obra del mismo autor ya citada.

en las secciones precedentes, y en enfoques más desagregados que los que actualmente configuran la plataforma del NOEI. [16]

Esta opción se fundaría en el reconocimiento de que los mercados tienen un papel importante que desempeñar en el funcionamiento de la economía mundial, así como de los riesgos que podría implicar su reemplazo por mecanismos nuevos y más centralizados. Pero incluye también el reconocimiento de que dichos mercados, como dijera Carlos Díaz Alejandro, son "criaturas de los sistemas sociales y políticos" en que se generan y no "mecanismos surgidos espontánea e inevitablemente de una suerte de necesidad económica". [17]

Una estrategia de "participación selectiva" en el sistema, como la anteriormente propuesta, debería lograr una combinación adecuada de tres tipos de acciones: a) medidas encaminadas a corregir las imperfecciones de que actualmente adolecen los mercados internacionales; b) acuerdos entre los países del Norte y los del Sur, complementarios a las fuerzas del mercado, para la distribución de ciertas actividades económicas y la promoción de un intercambio comercial que permita maximizar la utilización de las ventajas comparativas que posea cada grupo de países en sus diferentes etapas de desarrollo, y c) programas de tipo concesional, destinados a paliar algunas de las desventajas más obvias que experimentan los países del Sur, principalmente durante las primeras etapas de su proceso de desarrollo.

LAS RESPONSABILIDADES DEL NORTE

La importancia de este enfoque radica en su mayor coherencia con los cambios que se están produciendo en la economía mundial. Cada vez se hace sentir con mayor fuerza la necesidad de operar profundas transformaciones en la estructura productiva de los países del Norte y de abrir paso al establecimiento de una división internacional del trabajo en que los países del Sur puedan desarrollar aquellas actividades productivas para las cuales posean —o dinámicamente puedan adquirir— ventajas comparativas, de acuerdo con sus respectivas etapas de desarrollo, sin tener que enfrentar las restricciones que actualmente les imponen las economías centrales para el desenvolvimiento de ciertas actividades.

[16] Uno de los primeros llamados en favor de una "participación selectiva" en el Sistema se efectuó en la Declaración sobre América Latina en la actual Coyuntura Económica Internacional, formulada por el Foro Latinoamericano en Caracas, en abril de 1975.

[17] Las relaciones Norte-Sur: El Componente Económico, en Estudios Internacionales Nº 37, enero-marzo de 1977.

Para ello es necesario que los países del Norte dejen de proteger sus actividades primarias en la forma en que lo han venido haciendo hasta ahora; que permitan un mayor grado de desarrollo y procesamiento local de los recursos naturales de que disponen los países del Sur; que hagan posible que éstos desarrollen actividades industriales capaces de generar un mayor valor agregado, una mayor capacidad de innovación tecnológica y un mayor impulso global a sus economías.

Los países industrializados deberán aplicar las políticas de ajuste que sean necesarias para que puedan operar aquellas fuerzas que en la actualidad están impulsando un reordenamiento más racional de la antigua división internacional del trabajo. Los costos de estas políticas no parecen ser excesivos en términos absolutos y, en todo caso, sólo representarían una pequeña fracción de los costos provocados por el desplazamiento de actividades productivas, la reconversión industrial y la adaptación de la mano de obra que se están produciendo como consecuencia de la especialización, la competencia y el cambio tecnológico en el interior de los propios países industrializados, así como de la concurrencia que tiene lugar entre ellos mismos.

En el fondo se trata de que los países del Norte apliquen efectivamente los principios que han sostenido durante largo tiempo. Estos países no deberían considerar aquellas políticas de ajuste como una carga excepcional asumida en beneficio de los países en desarrollo, sino como una parte normal de sus procesos de modernización industrial, que deben encarar si no quieren condenar al atraso sus aparatos productivos y perder la competencia industrial con sus socios en el Norte —e incluso, gradualmente, con sus nuevos competidores en el Sur. [18]

LAS DIFERENCIACIONES EN EL SUR

Por su parte, el Sur dista mucho de constituir un bloque homogéneo, como presume el programa del Nuevo Orden Económico Internacional. En efecto, dentro del Sur es posible distinguir, a lo menos: a) los

[18] Entre los alegatos más convincentes en favor de estas políticas, elaborados en el Norte, ver B. Evers et. al., **Perspectives on Industrial Readjustment: the EEC and the Developing Countries,** DRI, Holanda, 1977. Ver también los documentos presentados a la conferencia sobre Adjustment Policies, ISS, La Haya, 1977, especialmente su **Final Report.** Ver también los trabajos editados por P. J. Katzenstein y agrupados bajo el título **Between Power and Plenty: foreign economic policies of advanced countries,** en el vol. 31, Nº 4 de la revista International Organization, otoño de 1977. Ver también H. B. Malmgrem, **Trade Policies for Developing Countries in the Next Decade,** en The North South Debate, editado por J. N. Bhagwati, N. York, 1977, y J. K. Helleiner, **World Market Imperfections and the Developing Countries,** ODC, mayo 1978.

países exportadores de petróleo; b) los países menos desarrollados, que constituyen el llamado "cuarto mundo", y c) los países que han alcanzado una etapa de "desarrollo intermedio".

Estos últimos están adquiriendo una importancia creciente. En la actualidad, alrededor de mil millones de personas viven en países cuyo ingreso per cápita oscila entre los 500 y 3.000 dólares. Estos países producen una octava parte del producto bruto mundial, esto es, cerca de un millón de millones de dólares. Considerando que sus tasas de crecimiento, en promedio, oscilan entre el 5 y el 10 por ciento anual, y que estas tendencias con toda probabilidad se mantendrán durante el próximo decenio, cabe conjeturar que su ingreso per cápita se duplicará en términos reales y que su producción representará una quinta parte del producto bruto mundial hacia el final de este siglo.

Dichos países tienen muchos problemas en común con el resto de los países en desarrollo. Estos problemas serán más difíciles de resolver por medio de negociaciones aisladas o de acuerdos verticales, que a través de una acción mancomunada, pues la experiencia histórica reciente demuestra que el poder de negociación de los países en desarrollo se acrecienta a través de su acción solidaria. Sin embargo, a causa de los niveles alcanzados en sus respectivos procesos de desarrollo, aquellos países poseen intereses y prioridades propios, que los obligan a poner más énfasis en algunos aspectos específicos de la problemática planteada dentro del marco de las relaciones Norte-Sur.

Los países de desarrollo intermedio no están tan preocupados como el resto del Tercer Mundo con los problemas de las materias primas, la asistencia oficial para el desarrollo y la deuda externa.

Esos países, en cambio, están fundamentalmente interesados en acceder con sus manufacturas a los mercados de los países industrializados, en participar, en forma más beneficiosa en el proceso de redistribución industrial que está teniendo lugar en los centros y en ocupar, de esta manera, una posición más ventajosa en la división internacional del trabajo; en el perfeccionamiento de los mecanismos privados de intermediación financiera, a los cuales han acudido crecientemente a lo largo de los últimos años, y en un mayor acceso a los mercados mundiales de capital; en desarrollar nuevas formas de contratación con las empresas transnacionales, y en adquirir un mayor control sobre el proceso de transferencia de tecnología externa, evitando incurrir en los costos indebidos que actualmente les impone ese proceso como consecuencia de las condiciones monopólicas en que se verifica.

El reconocimiento de estas diferencias de énfasis en el interior de los países en desarrollo es una condición necesaria para el mantenimiento de la solidaridad del Tercer Mundo, tan importante para la promoción de sus intereses en el escenario internacional. Su falta de reconocimiento explica la tendencia a proponer medidas que, por su

excesiva generalidad, no satisfacen los intereses de los distintos grupos de países en desarrollo, y consiguientemente debilita el apoyo de esos países al programa del NOEI.

Los países semiindustrializados representan un elemento importante y singularmente dinámico dentro del conjunto de los países del sur e, históricamente, son los que han acumulado una experiencia más rica en materia de desarrollo y están en condiciones de proporcionar mayores elementos para anticipar la evolución probable del sur en el futuro. Por eso resulta particularmente significativo observar que estos países son, precisamente, los que en el período más reciente han demostrado poseer mayores condiciones objetivas —y una mayor voluntad política— para iniciar negociaciones con el Norte sobre la base de la identificación de sus intereses mutuos.

Lo importante, sin embargo, es que estos países comprendan que una integración indiscriminada en la economía internacional podría infligirles costos que superan los beneficios esperados, costos que por su naturaleza con frecuencia permanecen ocultos durante las primeras etapas del proceso, y opten por ensayar una estrategia de "participación selectiva en el sistema" susceptible de armonizar la maximización del bienestar que podría derivarse del incremento de sus transacciones internacionales con la preservación de su autonomía política, económica y cultural. Es también importante que tanto los países del Norte como los del Sur comprendan que para extraer las ventajas a que podría dar lugar la mutualidad de intereses que los une es necesario asumir todas las consecuencias derivadas de esa relación de interdependencia, introduciendo en el antiguo orden económico internacional aquellas reformas que fueren necesarias a la luz de una visión global y de largo plazo de la economía internacional, como la que se ha sugerido más arriba.

UN ROL LATINOAMERICANO EN EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL: LA CRISIS DE VALORES Y ESTRATEGIAS

Gustavo Lagos y
Heraldo Muñoz

EL ORDEN INTERNACIONAL DE POST-GUERRA Y LA POSICION DE AMERICA LATINA Y EL TERCER MUNDO

Terminada la Segunda Guerra Mundial, EE. UU. emergió como la principal potencia del sistema internacional y promovió un orden económico y político compatible con sus intereses nacionales. En términos generales, los componentes básicos de ese nuevo orden fueron los siguientes: 1) un sistema monetario y financiero que estaba centrado en el dólar como divisa dominante; 2) un sistema internacionalizado de producción estructurado en torno a las corporaciones transnacionales; 3) un sistema mundial de comercio y tarifas aduaneras institucionalizado en el GATT, que descansaba en el principio del "principal proveedor" y en la cláusula de la nación más favorecida, ambos mecanismos lesivos para los intereses del Tercer Mundo; 4) un sistema de precios desiguales para la comercialización mundial de los productos manufacturados y las materias primas, caracterizado por un deterioro de los términos del intercambio para los países en desarrollo productores de bienes básicos; 5) un sistema de generación de ciencia y tecnología, que concentraba la creación e innovación en este campo en los centros industrializados, los que "transferían tecnología" a los países periféricos en condiciones onerosas y, a menudo, expoliatorias.

Junto a estas manifestaciones primordialmente "económicas" del nuevo orden de posguerra, se sumaban otras de carácter más bien "político-militar", tales como la estructuración de alianzas de seguridad "occidental" dirigidas por EE. UU.; el control de Estados Unidos sobre organismos internacionales tales como la OEA; el uso político de la ayuda militar y económica; el recurso a la intervención armada directa en los asuntos internos de los países periféricos para contrarrestar avances del socialismo y la Unión Soviética que, en ese entonces y en un contexto de guerra fría se consideraban sinónimos; y a nivel más amplio, el fortalecimiento de un conjunto de relaciones de dominación-dependencia entre países industrializados y naciones subdesarrolladas, dentro de un sistema estratificado internacional.

Específicamente, en términos económico-estructurales, durante ese período se acentuó la dependencia de los países subdsarrollados con respecto a los desarrollados.

El déficit comercial de los países subdesarrollados, que era de $ 1,5 billones de dólares en 1960, aumentó progresivamente durante toda la década. Esta tendencia se aceleró con la crisis petrolera. Efectivamente, en 1973 los países subdesarrollados no productores de petróleo mostraban un déficit de 7,5 billones de dólares, que al año siguiente se transformó en 22,5 billones. [1]

Desde mediados del decenio del 50 hasta fines de la década del 60, los precios medios de las exportaciones de los países subdesarrollados, excluidos los que exportan petróleo, no registraron aumento alguno, mientras que los precios de las exportaciones de los países capitalistas desarrollados aumentaron en forma constante, principalmente como resultado de las continuas presiones inflacionarias en esos países. Durante ese período, la relación de intercambio de los países subdesarrollados sufrió un empeoramiento del orden del 12%. Una disminución semejante, del 10%, se produjo también en la relación de intercambio de los principales países exportadores de petróleo. [2] En el siguiente cuadro se pueden apreciar claramente las variaciones en los precios de las exportaciones e importaciones y de la relación de intercambio de los países subdesarrollados durante el período 1954-1972.

Esta situación de deterioro que hemos examinado se vio agravada por las operaciones de las grandes corporaciones transnacionales, las cuales, gracias a su enorme poder de negociación como compradores monopólicos u oligopólicos, muchas veces adquieren los productos de los países subdesarrollados a precios inferiores a los que se obtendrían aún en un mercado puramente competitivo.

[1] Bela A. Balassa, **Futuro Comercial de los Países en Desarrollo** (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1966), p. 122; y Banco Interamericano de Desarrollo, **América Latina en la Economía Mundial** (Washington, D. C. 1975), p. 40.

[2] Ver **Los Problemas de las Materias Primas y el Desarrollo**, Informe del Secretario General de la UNCTAD preparado para el sexto período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, Naciones Unidas, Nueva York, 1974, p. 2.

CUADRO Nº 1

VARIACIONES DE LOS PRECIOS DE LAS EXPORTACIONES E IMPORTACIONES (a) Y DE LA RELACION DE INTERCAMBIO DE LOS PAISES SUBDESARROLLADOS (1954-1972)

PRODUCTORES DE PETROLEO			NO PRODUCTORES DE PETROLEO		
Precios de las Exportaciones (b)	**Precios de las Importaciones**	**Relación de Intercambio (c)**	**Precios de las Exportaciones**	**Precios de las Importaciones**	**Relación de Intercambio (c)**
(en porcentajes)					
1954-56 a 1968-70					
+ 2	+13	—10	— 1	+12	—12
1968-70 a 1972					
+39	+17	+19	+12	+17	— 5
1954-56 a 1972					
+42	+33	+ 7	+11	+32	—16

(a) Expresados en dólares de los Estados Unidos.
(b) Basados en las variaciones de los ingresos (incluidos regalías e impuestos) por barril de petróleo crudo exportado.
(c) Relación entre los precios de las exportaciones y los precios de las importaciones.

FUENTE: Estimaciones de la Secretaría de la UNCTAD.

Cabe destacar que hacia fines de 1972 la tendencia desfavorable en la relación de intercambio de los países subdesarrollados sufrió un cambio importante en el sentido opuesto.[3] Esta tendencia positiva se vio reforzada por el brusco movimiento alcista del petróleo, motivado por la crisis de octubre de 1973. El auge de los precios de las materias primas, sin embargo, no reportó grandes beneficios para todos los países subdesarrollados exportadores, ya que las ventajas temporales obtenidas por algunos de estos últimos se vieron notablemente disminuidas a causa de los aumentos de precios de los productos manufacturados y de la recesión económica en los países avanzados. En todo caso, a mediados de 1974 los precios de las materias primas, exceptuando el petróleo, sufrieron un colapso repentino que enfrió el optimismo de quienes pensaban en una virtual desaparición de las tendencias de largo plazo al deterioro de las relaciones de intercambio.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, las corporaciones transnacionales alcanzaron una presencia significativa en el campo de las inversiones, comercio internacional y tecnología, debido a su extraordinario poder oligopólico, y pasaron a transformarse en un nuevo instrumento y manifestación de la dependencia de los países subdesarrollados.[4] Entre 1950 y 1968, las inversiones privadas de los EE. UU. en el extranjero aumentaron de 19 mil millones de dólares a más de 101 mil millones; simultáneamente, 187 empresas matrices norteamericanas, de 250 subsidiarias extranjeras que tenían al término de la Primera Guerra Mundial, pasaron a controlar más de 5.500 en 1967. Proyectando algunos de estos datos, se estimaba que "en la década de 1980 el 75% del comercio mundial y de la producción industrial estará en manos de alrededor de 300 empresas transnacionales, principalmente, pero no en forma exclusiva, de los Estados Unidos".[5]

Por otra parte, el avance de la ciencia y la tecnología en los centros, ilustrado por acontecimientos tales como la exploración del espacio, el desarrollo de la tecnología nuclear, la exploración y desarrollo de los fondos oceánicos, los sistemas de comunicación vía satélite, el control climático, etc., si bien trajo consigo importantes beneficios para la humanidad, también contribuyó a exacerbar las diferencias entre países desarrollados y subdesarrollados, acentuando, asimismo, la llamada "dependencia tecnológica" de los países periféricos.

[3] Los aumentos de precios de las materias primas se debieron, en medida considerable, a una escasez temporal de ciertos productos básicos a consecuencia de factores climáticos, y de otra índole, que coincidieron con una aceleración muy rápida de la demanda.

[4] Ver Heraldo Muñoz, "Las Empresas Transnacionales en los Países en Vías de Desarrollo", Mensaje, noviembre de 1975, pp. 504-512.

[5] Francisco Orrego Vicuña, "El Control de las Empresas Multinacionales", Foro Internacional, México, Nº 1, 1973, p. 106.

La posición específica de América Latina en todo este orden económico-político de post-guerra fue y ha sido desfavorable, aunque bien podría argumentarse que ha sido mejor que la condición de algunos países de Africa y Asia que recién lograban su independencia de las potencias coloniales de Europa Occidental.

Efectivamente, en las dos últimas décadas se ha observado un aumento del crecimiento económico de la región, un incremento en la inversión y el ahorro nacional, y una aceleración del crecimiento de la industria, todo lo cual ha ido acompañado por un aumento constante de la ingerencia del Estado en las actividades económicas. Por otra parte, en el sector externo de la economía latinoamericana se ha registrado una tendencia al crecimiento del conjunto de las exportaciones de la región, con un aumento de la proporción de exportaciones de manufacturas con respecto a las de materias primas.

Si bien es cierto que estas tendencias sugerirían que América Latina formaba parte de una "clase media", en vez de una "clase proletaria", o de una "semiperiferia", en vez de "periferia", otras tendencias y datos indican lo contrario. Por ejemplo, los aumentos de las tasas de crecimiento económico en los países de la región (la mayor parte de las cifras sobre la actividad económica de América Latina se ven en cierto modo distorsionadas por la enorme importancia relativa de Brasil, y de países tales como México y Venezuela), no han sido acompañados de una mejor distribución del ingreso hacia el interior de cada país. En muchas casos incluso se han registrado notables deterioros en la distribución del ingreso. Además, aunque el conjunto de las exportaciones de América Latina ha crecido, la participación de la región en las exportaciones mundiales ha, como se detallará a continuación, disminuido significativamente. Si bien las exportaciones han crecido, las importaciones han crecido a un ritmo más veloz aún y, consecuentemente ha aumentado el endeudamiento externo, especialmente con respecto a fuentes privadas de financiamiento.

Un indicador concreto de lo que acabamos de afirmar es que la participación de América Latina en el comercio internacional se redujo en forma alarmante de un 11% en 1950 a menos de un 5% en 1972. A principios de la década del '70 las exportaciones totales de América Latina a los mercados fuera de la región no alcanzaban a superar a las de Italia.[6] En el cuadro Nº 2 podemos observar la creciente reducción de porcentaje que América Latina ocupa en el comercio exterior de varios países desarrollados:

[6] Ver Adalbert Krieger Vasena y Javier Pazos, **Latin America: A Broader World Role** (London: 1973), p. 17.

CUADRO Nº 2

POSICION DE AMERICA LATINA EN EL VALOR TOTAL DE LAS IMPORTACIONES DE ALGUNAS REGIONES SELECCIONADAS
(en porcentajes)

	1950	1960	1965	1970	1972
EE. UU.	35,4	21,3	17,3	11,9	10,0
Europa Occidental	8,5	6,0	5,1	3,8	3,2
Japón	9,0	6,4	8,1	6,5	5,3
Canadá	4,3	5,4	4,7	3,9	3,3

FUENTE: United States, **Yearbook of International Trade Statistics** para 1950; International Monetary Fund, **Directions of Trade** (para los otros años).

Además, a pesar de las intenciones expresadas ocasionalmente por los gobiernos de la región en el sentido de diversificar las exportaciones, y del creciente rol de las manufacturas respecto de las materias primas, el comercio exterior de las naciones latinoamericanas continúa siendo básicamente de carácter monoexportador. Fuera de Argentina, Brasil y México, cuyas exportaciones están relativamente bien diversificadas, la gran mayoría de los países de la región siguieron dependiendo, para la obtención de divisas, casi exclusivamente de uno a dos productos básicos de exportación. Esto significó que el éxito o fracaso del crecimiento de las exportaciones siguió estando necesariamente relacionado, en mayor o menor medida, con la tasa de crecimiento del comercio mundial en dichos productos básicos. Al mismo tiempo, el proceso de industrialización en América Latina no produjo los efectos esperados en el sentido de mejorar el standard de vida de las masas populares de la región, ni tampoco cumplió otro de los objetivos principales que se le atribuían: la reducción de la dependencia "externa".[7]

La dimensión más dramática de la posición latinoamericana en la división internacional del trabajo de post-guerra no fue, sin embargo, la situación del comercio exterior, los procesos de industrialización en sí mismos, etc., sino el impacto de aquella inserción en la condición humana de los sectores populares de la región. Es decir, la dependencia estructural en realidad no es ni ha sido exclusivamente un fenómeno "externo", sino una situación condicionante que afecta a las estructuras domésticas de las regiones dominadas, vinculando regiones,

[7] Ver Osvaldo Sunkel, "El Subdesarrollo dependiente en América Latina", en Carlos Naudón (ed.) **América 70** (Santiago: Ediciones Nueva Universidad, 1970), p. 65.

clases sociales y sectores de una manera verdaderamente transnacional. De allí que no es de extrañar que, dada la situación de desigualdad internacional que hemos descrito, también exista gran desigualdad a nivel **interno** en los países latinoamericanos. En este sentido, América Latina experimenta, como acabamos de decir, una situación muy similar a la de otras regiones periféricas tales como Africa y Asia. En efecto, de acuerdo a datos de la CEPAL referentes a once países latinoamericanos desde 1967 a 1970, el 20% más pobre del continente latinoamericano recibía sólo un 2,5% del ingreso total. El 50% siguiente recibía sólo un 25,3%. El próximo 25% recibía un 42,3% y el 5% más alto percibía un 29,5% del ingreso total. Esta información ilustra cuán baja es realmente la condición humana de la gran mayoría de los ciudadanos de la región, a pesar de que las tasas de crecimiento económico de la región han demostrado en años recientes una tendencia ascendente. De allí también que muchos no se extrañan de ver el grado de malnutrición, mortalidad infantil y analfabetismo existentes en la zona. [8]

Dados estos hechos, y en el contexto histórico de la creciente declinación de la posición hegemónica de EE. UU. en el sistema internacional, la détente entre EE. UU. y la URSS, y el surgimiento de nuevos países del Tercer Mundo a consecuencia del proceso de descolonización, algunos países del Tercer Mundo comenzaron a clamar por el establecimiento de un nuevo orden internacional que redujese las diferencias entre centro y periferia. Específicamente, en el área de las materias primas, y debido a la continua inestabilidad de los mercados de productos básicos, la persistente inflación y la baja acelerada de los precios de las materias primas después del breve auge registrado en el período 1972-74, se produjo una movilización general de los países productores del Tercer Mundo para transformar las estructuras del comercio mundial y establecer un nuevo orden internacional.

La crisis del petróleo de 1973 dio mayor impulso al pliego de peticiones de los países subdesarrollados productores de materias primas al revelar en forma dramática la existencia de una **dependencia estratégica** por parte de los países avanzados, que obligaba a estos últimos a reevaluar la importancia de los factores económicos en la

[8] Cifras de la CEPAL citadas en Gustavo Lagos y Horacio Godoy, **The Revolution of Being: A Latin American View of the Future** (New York: The Free Press, 1977), p. 49. Nuevamente la situación de América Latina en general es menos grave que la de otras regiones del Tercer Mundo. Pero en nuestra región, cientos de personas mueren día a día de malnutrición y de otras derivaciones del subdesarrollo y la gran mayoría de los individuos de estas naciones no tienen la oportunidad de participar en igualdad de condiciones en los procesos sociales y económicos que afectan sus propios destinos.

problemática de la defensa nacional, y a repensar sus políticas exteriores hacia países exportadores de materias primas claves.[9]

En este marco histórico general surgieron una variedad de declaraciones y manifiestos como expresión fiel de la búsqueda de un nuevo orden, tales como "La Carta sobre los Derechos y Deberes Económicos de los Estados" (1974), la "Carta del Presidente de Venezuela al Presidente de los Estados Unidos de América" (1974), la "Declaración Solemne de la Conferencia de los Soberanos y Jefes de Estado de los países miembros de la OPEP" (1975), y la "Resolución y Programa de acción sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional" (1975).

Asimismo, los países subdesarrollados, agrupados en diversos organismos tales como el grupo de los 77, propusieron una serie de medidas tendientes a acabar con las disparidades de riqueza entre centro y periferia. Entre otras recomendaciones figuraban las siguientes:[10]

1) Implementación de medidas inmediatas para promover la transformación de los productos primarios en los mismos países en que se producen.

2) Eliminación de todas las barreras al comercio de las materias primas en sus formas bruta y elaborada.

3) Garantías a los países subdesarrollados de una parte cada vez mayor del comercio mundial de manufacturas y semimanufacturas mediante esquemas de preferencia y la reconversión de las estructuras de producción en los países desarrollados.

4) Aumento de las transferencias financieras y de tecnología adecuada de los países desarrollados a los subdesarrollados.

5) Ampliación de las actividades de investigación y desarrollo relacionadas con las materias primas producidas por los países periféricos.

6) Apoyo a los esfuerzos de los países subdesarrollados para reforzar el comercio y la cooperación entre ellos.

[9] Ver Heraldo Muñoz, "Dependencia Estratégica y No-Estratégica: Materias Primas y Relaciones Internacionales en la perspectiva de la Crisis Petrolera", **Estudios Internacionales**, vol. IX, Nº 33, enero-marzo 1976; y Heraldo Muñoz, **The Strategic Dependency of Advanced Capitalist Countries: A Study on Imperialism and Third World Mineral Resources**, PhD. thesis, Graduate School of International Studies, The University of Denver, 1978.

[10] **Ver Informe de la Comisión de Productores Básicos sobre su Octavo Período de Sesiones**, Junta de Comercio y Desarrollo, 15º período de Sesiones, 12 de marzo de 1975, p. 4.

Dentro de este movimiento reivindicatorio "tercermundista", descrito muy a grandes rasgos, América Latina ha tenido un papel de suma importancia, a pesar de que las vinculaciones de América Latina con el resto de los países que constituyen el llamado "Tercer Mundo" son —como lo ha indicado un autor— [11] relativamente recientes y datan del período de post-guerra, principalmente a partir de la década del 60.

América Latina ha estado consciente de las diferencias que existen entre ellas y otras regiones del Tercer Mundo, y ha buscado satisfacer sus necesidades y ambiciones especiales en forma independiente, aunque a veces discontinua, a través de organismos de coordinación tales como CECLA y, actualmente, el SELA. Sin lugar a dudas una de las más notables manifestaciones de este propósito regionalista fue el "Consenso de Viña del Mar" logrado dentro del marco de deliberaciones de CECLA, el año 1969. En esa ocasión, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Gabriel Valdés, le manifestó al presidente Nixon que "creemos que esta acción es de especial trascendencia para los EE. UU. de América, porque nunca antes vuestro país se encontró con una América Latina unida, con definiciones propias. Esto es nuevo y rompe precedentes. Es bueno que así sea, porque tenemos conciencia de que hay una profunda crisis en los conceptos, en los hechos y en las instituciones del sistema Interamericano que afecta gravemente las relaciones hemisféricas". [12]

Un año más tarde, en octubre de 1970, los países latinoamericanos presentaron en la XXV Asamblea General de la ONU un documento político que en cierto modo correspondía al consenso de Viña del Mar en el campo económico. [13] El estudio reflejaba la posición de América Latina ante los problemas de la paz y seguridad mundial. Según el documento los países latinoamericanos no consideraban la paz como la simple inexistencia de guerra o como un estado tolerable de tensiones. La paz mundial debía estar basada en la justicia y destinada a garantizar la seguridad de todas las naciones. El proyecto constituía un llamado a la justicia y a la introducción de cambios significativos en el sistema internacional prevaleciente.

La mayoría de los países latinoamericanos parecen estar conscientes ahora de la necesidad de crear un orden internacional justo a través de la unidad interna de la región y con otros países periféricos,

[11] Ver Alberto Van Klaveren S., **Las Relaciones entre América Latina y los Estados Unidos: Desde la idea del Hemisferio Occidental hasta el Tercer Mundo** (Tesis de Licenciado, Universidad de Chile, 1976).

[12] Gabriel Valdés, citado por Juan Somavía "Del Sistema Interamericano al Sistema Latinoamericano", en Carlos Naudon (ed.) **América 70**, op. cit., p. 49.

[13] Ver J. A. de Araujo Castro, "El Continente Americano dentro de la Problemática Mundial", **Estudios Internacionales**, Nº 20, oct.-dic. 1972, pp. 31-34.

aunque existen múltiples obstáculos políticos específicos que lo impiden. Sin embargo todavía no hay conciencia suficiente de que el problema del subdesarrollo va más allá del establecimiento de un nuevo orden internacional. Es decir, no está claro que el problema que enfrentan los países de América Latina y del resto del Tercer Mundo no es simplemente el de un orden internacional injusto, sino que también el de una crisis de valores y estrategias de desarrollo a nivel internacional y doméstico.

CRISIS DE VALORES Y ESTRATEGIAS: HACIA EL HUMANISMO MUNDIAL Y EL DESARROLLO INTEGRAL

Como decíamos anteriormente, la importancia para América Latina, y para el Tercer Mundo en general, del orden internacional desigual impuesto después de la Segunda Guerra Mundial es que se relaciona directamente con la situación socioeconómica de las diversas clases existentes al interior de cada país periférico. Cabe preguntarse entonces: ¿a qué sectores sociales internos beneficiaría un cambio del viejo orden internacional en favor de los países subdesarrollados? Parecería que, de no producirse cambios estructurales a nivel nacional en cada uno de los países periféricos, cambios a nivel internacional, tales como la mejor canalización de recursos financieros a los países subdesarrollados, beneficiarían justamente a quienes menos lo necesitan; es decir, a los grupos dominantes dentro de los países pobres. Como ejemplo tenemos que el embargo petrolero de 1973, y las alzas radicales en el precio del petróleo que le siguieron, dieron lugar a una transferencia sustancial de recursos financieros de los países avanzados consumidores a los países productores de la periferia que en última instancia constituyó —debido a que las estructuras domésticas de los países productores se mantuvieron intactas—, una redistribución de la riqueza mundial en favor de los sectores privilegiados de los países petroleros de la periferia a expensa de los sectores privilegiados de los países consumidores industrializados. Pareciera entonces que para mejorar las condiciones de vida en nuestros países deberíamos no sólo buscar un nuevo orden económico-político a nivel internacional, sino que, al mismo tiempo, un nuevo ordenamiento de las estructuras socioeconómicas domésticas de cada uno de los países periféricos. Más aún, sería necesario cambiar los valores, los conceptos esenciales y los modelos de desarrollo mismos que hoy sustentan la gran mayoría de los países del sistema internacional.

Toda estrategia de cambio del orden internacional que simplemente signifique la imitación por parte de los países periféricos de las sociedades de consumo de los centros deberá ser rechazada, ya

que estos modelos implican, en realidad, el derroche de recursos naturales no renovables; el empleo muchas veces de tecnologías perjudiciales para los sectores populares, la contaminación ambiental creciente, las deformaciones urbanísticas, y la alienación del individuo. Estos modelos capitalistas de desarrollo tienden al **statu quo**, y ven la solución del subdesarrollo en el incremento de la productividad de los pobres rurales y los marginados urbanos para mejorar sus ingresos, sin postergar el crecimiento ni menos alterar fundamentalmente los rasgos estructurales y las relaciones de poder predominantes en las sociedades subdesarrolladas. El modelo socialista "stalinista" de desarrollo, por otra parte, si bien soluciona muchos de los problemas materiales del subdesarrollo, presenta una serie de problemas tal como se puede observar en el cuadro de la siguiente página.

Lo que se propone para América Latina, por lo tanto, es un desarrollo integral a nivel nacional e internacional, un nuevo orden económico-político mundial, cuyos prerrequisitos serán la reorganización profunda de la sociedad y convivencia humana en el ámbito doméstico y, al mismo tiempo, el establecimiento de un orden internacional justo y equilibrado. Además será necesario que, para que realmente se imponga la sociedad humanista, se busque la creación de un nuevo hombre o individuo, una **persona multidimensional** que constituiría, en último término, la piedra angular de la sociedad humanista y/o "socialista democrática".[14] La vida de esta nueva persona estaría orientada en términos no de "tener" más sino de "ser" más, lo que implicaría el crecimiento constante de su potencial individual y el desaparecimiento de la enajenación. Una sociedad cimentada sobre este "ser multidimensional" sería una sociedad liberadora en proceso constante de construcción, en un proceso constante y permanente de renovación cultural.

Creemos que un "desarrollo multidimensional", o lo que Fernando Henrique Cardoso recientemente ha denominado el "otro desarrollo",[15] constituye la única solución adecuada al problema del subdesarrollo latinoamericano en la presente era.

[14] Gustavo Lagos y Horacio Godoy, op. cit., pp. 91-103.

[15] Fernando Henrique Cardoso, "Hacia otro Desarrollo", en Marc Nerfin (ed.). **Hacia otro Desarrollo: Enfoques y Estrategias.** (México, D. F.: Siglo XXI, 1978.)

CUADRO Nº 3 VALORES Y ANTIVALORES EN EL DESARROLLO HUMANISTA

ANTIVALORES		VALORES
Sociedad capitalista:	Sociedad socialista "stalinista":	Sociedad humanista:
— Persona unidimensional alienada.	— Persona unidimensional sujeta al Estado.	— Persona multidimensional: libre.
— Individualista (deseo de encontrar un lugar para sí mismo dentro de la estructura sin modificarla).	— Colectivismo (subordinación del individuo a la colectividad).	— Espíritu comunitario (socialismo democrático).
— Personas a su propio servicio: competitividad de una naturaleza aisladora y destructiva.	— Personas al servicio del Estado; estatismo.	— Personas al servicio de todos y cada uno: ética de la solidaridad y la liberación.
— Personas al servicio de la producción de bienes.	— Personas al servicio de la producción de bienes para el Estado.	— Personas al servicio del desarrollo humano (producción de bienes subordinado al desarrollo humano).
— El trabajo considerado como un valor secundario.	— El trabajo considerado como un valor central, pero para el beneficio del Estado.	— El trabajo considerado como un valor central para el beneficio de la humanidad.
— Tendencia al consumo ilimitado. Objetivo: tener más.	— Tendencia al consumo ilimitado de bienes. Objetivo: Producir y consumir más para superar a la sociedad capitalista.	— Tendencia a la racionalidad en el consumo: Objetivo: ser más.
— Pedagogía diseñada a fin de preservar el statu quo.	— Pedagogía orientada a la instauración del sistema socialista.	— Pedagogía liberadora orientada a la construcción del mundo: Sociedad de enseñanza-aprendizaje.

ANTIVALORES		VALORES
Sociedad capitalista:	Sociedad socialista "stalinista":	Sociedad humanista:
— Sociedad con diálogo limitado.	— Sociedad sin diálogo.	— Sociedad dialogante: diálogo entre generaciones, grupos sociales, ideologías, civilizaciones.
— Grandes disparidades en la distribución del ingreso.	— Tendencia a la distribución equitativa del ingreso limitada por surgimiento de una nueva clase.	— Tendencia a la distribución equitativa.
— Numerosos sectores marginales.	— Marginalidad de sectores que no pertenecen a la nueva clase.	— Participación de todos los sectores.
— Racionalidad orientada al logro del crecimiento económico.	— Racionalidad orientada al logro del crecimiento económico.	— Racionalidad orientada al desarrollo integral de la sociedad. Crecimiento económico subordinado a esta meta.
— Racionalidad limitada dentro del marco de la sociedad nacional.	— Racionalidad orientada a la conquista ideológica, política y económica de otras sociedades nacionales.	— Racionalidad orientada a la integración con otras sociedades nacionales con miras a maximizar la paz, el bienestar social y la justicia social a nivel mundial.
— Mantenimiento del orden público.	— Mantenimiento del orden público.	— Integración nacional y paz a nivel internacional.
— Concepto de la soberanía ilimitada, excepto para países satélites.	— Concepto de la soberanía ilimitada, excepto para países satélites.	— Soberanía limitada por implementación práctica de la cooperación y solidaridad a nivel mundial.

FUENTE: Gustavo Lagos y Horacio Godoy, op. cit., pp. 100-101.

A estas alturas, asalta la duda de la viabilidad y el realismo de este esquema alternativo de desarrollo. Muchos pensarán en el carácter utópico de las propuestas del tipo de desarrollo recién descrito. Después de todo, la solución "tecnocrática y desarrollista" puede especificar proposiciones políticas y recetas de planeación detalladas, y no tan poco "concretas" como las de la sociedad humanista o integral. Sin embargo, este último tipo de desarrollo no puede ir mucho más allá de la elaboración de políticas generales, ya que implica en sus mismos orígenes y supuestos un reordenamiento total de la sociedad. He allí la diferencia con el enfoque capitalista de desarrollo que considera a la pobreza y al subdesarrollo como problemas autocontenidos y limitados, sin proyecciones sobre otros ámbitos estructurales, y procesos sociales más amplios. De todos modos, el mismo modelo capitalista contiene —como ya algunos han señalado— claros elementos utópicos al postular un progreso futuro ideal como el resultado de la mera extrapolación del presente.

Por lo demás, reconocemos abiertamente que el modelo de desarrollo propuesto es de carácter utópico. Sin embargo, es una utopía relevante y dinámica, un modelo de un mundo preferido porque podría empezar a transformarse en un hecho histórico concreto en el plazo de dos décadas. En otras palabras, éste no es un modelo utópico estático y desligado de un contexto histórico.

Es indudable, sin embargo, que esta "utopía relevante" ofrece obstáculos formidables. A nivel internacional la unidad del Tercer Mundo, uno de los prerrequisitos para el logro de un nuevo orden mundial, se ve dificultado por el hecho de que el Tercer Mundo es un conjunto de países que tienen en común el subdesarrollo y la dependencia, pero que difieren entre sí en el tamaño, en la dotación de recursos naturales, en el grado de desarrollo o subdesarrollo económico, en el nivel actual y en las modalidades de su dependencia, etc. Si a esta heterogeneidad económica se agregan las diferencias de carácter político, resulta claro que las tareas que los países subdesarrollados se han propuesto frente a los centros requieren de un programa de acción que distinga entre medidas viables a corto plazo y aquellas que podrían materializarse a medida que se fortalezcan los lazos y las coincidencias entre los diversos países periféricos. [16]

El problema del subdesarrollo y la desigualdad a nivel nacional e internacional es, sin duda, un asunto complejo que no encuentra respuestas fáciles. De allí que este trabajo, más que plantear soluciones

[16] La posición real de América Latina dentro del Tercer Mundo complica aún más la situación, en vista —como ya se ha indicado— de su mayor grado relativo de desarrollo económico, sus vínculos con los valores y creencias de la cultura occidental y, por un factor que a veces se ignora: por su siglo y medio de vida como región formalmente independiente de su potencia colonial.

mágicas al problema, sólo haya pretendido enfatizar que cualquier conjunto de respuestas deberá no sólo apuntar a modificar las relaciones entre centro y periferia, sino también a introducir nuevos valores y estrategias de desarrollo en un contexto humanista y en un ámbito verdaderamente global.

¿Cómo avanzar a este nuevo orden humanista mundial? Como dijimos anteriormente, este modelo de "otro desarrollo" implica cambios profundos de estructuras y no es posible proponer recomendaciones muy puntuales y específicas como puede hacerlo el modelo capitalista de desarrollo. Esta afirmación no es un intento de evadir la responsabilidad de responder al cómo llegar al "debe ser", sino que es la consecuencia lógica de un esquema que parte de supuestos diferentes a los del "desarrollismo". En todo caso, en la obra **Revolution of Being**, se sugiere comenzar por identificar y reforzar las tendencias positivas que han surgido de la crisis del viejo orden, determinando qué agentes históricos del cambio podrían alentarse para impulsar el desarrollo de esas tendencias positivas, permitiendo, por consiguiente, el surgimiento del mundo preferido.[17]

Por último, parece estar emergiendo un consenso —a pesar de que todavía no se ha generalizado— en torno a un reconocimiento de la decadencia y crisis de los valores y estrategias convencionales de desarrollo, y de la necesidad de crear una sociedad mundial humanista cimentada en la justicia. Como Erich Fromm lo señala: "Existe un nuevo humanismo en la Iglesia Católica, en la Iglesia Protestante, entre los socialistas, entre científicos y filósofos. Los representantes del nuevo humanismo son todavía minoría en sus respectivos campos. Sin embargo, sus voces ya se escuchan con creciente claridad".[18] Tanto en América Latina como en el resto del mundo, casos específicos de este nuevo humanismo incluyen, entre otros, el Informe Dag Hammarskjold 1975 sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacional, el libro de Lagos y Godoy, **The Revolution of Being**, el artículo ya mencionado de Fernando H. Cardoso sobre el "Otro Desarrollo" y, las declaraciones hechas en este seminario por el ex Ministro de Relaciones Exteriores de Chile y actual encargado de América Latina del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Gabriel Valdés, cuyos contenidos centrales se asemejan notablemente entre sí. Por eso, pensamos que América Latina puede, a pesar de la naturaleza autoritaria de la mayoría de los regímenes existentes en la región, aportar un elemento moral y una serie de valores humanísticos y de justicia que todo esquema de transformación mundial requiere para superar esquemas de desarrollo ya caducos.

[17] Ver Gustavo Lagos y H. Godoy, op. cit., p. 172.
[18] Erich Fromm citado en ibíd., p. 173.

AMERICA LATINA EN EL SISTEMA DE ESTRATIFICACION INTERNACIONAL

Manfred Wilhelmy von W.

Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo
Universidad Católica de Valparaíso

COMENTARIO

I

El Marco Conceptual

La noción de América Latina como una "clase media internacional" aparece como una forma de describir una situación intermedia recurriendo a la analogía de un sistema de estratificación social.

Resulta justificado el uso de tal analogía en cuanto al sistema internacional; es un sistema estratificado en el cual, dentro de ciertos límites, los estados aparecen como miembros de "clases" más o menos claramente identificables. Por otra parte, los fenómenos de desarrollo de una conciencia acerca de la propia posición en un sistema de clases, que puede comprender también la voluntad de modificar tal posición o incluso el sistema mismo, existen en forma en cierto modo paralela en una sociedad nacional y en el sistema internacional.

Junto a estas ventajas del uso de una terminología tomada en préstamo a la sociología, el análisis de las relaciones internacionales enfrenta algunas limitaciones que deben reconocerse claramente en la utilización de tales categorías.

En el propio análisis sociológico, en primer lugar, el uso de la noción de clase, como es bien sabido, resulta problemático, por cuanto no hay acuerdo sobre el concepto y su utilidad teórica y empírica. El uso de la categoría de clase para analizar la estructura del sistema internacional puede, por lo mismo, traer consigo problemas de análisis que pueden llegar a disminuir su utilidad como concepto y en cierto modo también como analogía.

En segundo lugar, la noción de "clase media" es en sí insuficiente en cuanto alude solamente a una posición intermedia, pero no especifica ni aclara la naturaleza de las relaciones entre dicho estrato de países y los demás que existirían en el sistema internacional.

Además, el concepto de clase media, en el uso que se propone

darle, presenta algunos problemas específicos en el caso de la región latinoamericana, que pueden sintetizarse en los puntos siguientes:

a) el concepto desvía la atención de la considerable (y probablemente creciente) heterogeneidad de los estados en la región. Venezuela y Bolivia, Argentina y Ecuador, Brasil y Honduras, etc., son estados profundamente distintos entre sí, los que, de englobarse en una categoría como la que se ha comenzado a usar, llevan a la formulación de generalizaciones que, frente a un examen empírico de los casos nacionales, deberían posteriormente ser revisadas;

b) el concepto trata a cada Estado como un solo ente homogéneo, con lo que pasa por alto las considerables diferencias intranacionales en ellos. De esta manera, una característica central de la estructura interna de los estados, que ha sido objeto de diversos enfoques analíticos (como los del "dualismo estructural" y otros), y que tiene clara incidencia en el comportamiento internacional de los mismos, no recibe la atención debida;

c) por último, el concepto de "clase media" internacional no distingue entre tipos de regímenes políticos ni entre orientaciones generales de las políticas exteriores de los estados de la región (la noción de clase media en el contexto social nacional, dicho sea de paso, adolece de la misma insuficiencia). Pero tal como una clase o ciertos elementos de una clase pueden escoger diversas estrategias de comportamiento frente a otras clases en una sociedad, un Estado (considerado para estos efectos como un ente "unificado") puede escoger diversas opciones de política exterior, que en el caso de los estados latinoamericanos pueden ser, y de hecho son, bastante diversas entre sí.

Todo lo anterior, si bien no debe necesariamente llevar al abandono del rótulo de "clase media" aplicado a la realidad regional, aconseja su uso y aplicación solamente en calidad de analogía, respecto de la cual es preciso desarrollar una actitud de cautela. Los fenómenos de desarrollo industrial intermedio, de consolidación de estructuras de gobierno, de logro de un cierto bienestar para algunas capas de la población, etc., se han dado en tal medida en la región que favorecen su ubicación en la categoría comentada. No obstante, otros estados en otras regiones del mundo (y no sólo del Tercer Mundo) aparecen exhibiendo características parecidas. Con esto el fenómeno de "clase media" no sería, en todo caso, específicamente regional sino que constituiría, dentro de las limitaciones y reservas señaladas, un fenómeno más general en la estructura del sistema internacional contemporáneo.

II

La Realidad Internacional

La estructura del sistema internacional es hoy considerablemente más compleja que en cualquier momento en el período desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Esta misma complejidad creciente obliga a realizar un esfuerzo sistemático de caracterización y diferenciación de posiciones dentro del sistema. Para ello, es posible recurrir a por lo menos tres criterios centrales de diferenciación, que en su conjunto permiten avanzar hacia una descripción de distintas situaciones en el sistema. En primer término, el criterio político central de división del mundo en bloques es aún útil. Cualesquiera que sean los términos que se empleen, los bloques occidental, socialista y el conglomerado heterogéneo de los no alineados constituyen, a pesar de los grandes cambios que han ocurrido y que siguen ocurriendo, distinciones primarias que permiten efectuar una aproximación al fenómeno de la diferenciación en el sistema internacional.

Al respecto, América Latina en general ha mantenido una posición política dentro del bloque occidental o en abierto apoyo a él, si bien el caso cubano y las nuevas políticas de algunos estados de la región incluyen opciones socialistas y de no alineamiento.

En segundo término, la distinción Norte-Sur o desarrollo-subdesarrollo sigue siendo válida como criterio de "macro-diferenciación". La utilización de la categoría de "clase media" no afecta significativamente la validez de este criterio de diferenciación. En este aspecto, la ubicación de los estados de la región estaría claramente en el Sur, si bien, como se verá en seguida, es necesario refinar tal clasificación.

El tercer criterio corresponde aproximadamente a los análisis que hacen los autores de textos de política internacional sobre los elementos o bases del "poder nacional". [1]

Un primer elemento a considerar es el tamaño de los estados, que generalmente se identifica con su superficie y población. En ambos aspectos, tanto a nivel global como en América Latina y el Caribe, se advierte una creciente diversidad entre los estados. En términos de superficie, el rango comprende desde estados de dimensiones continentales, cuyas poblaciones son tanto o más numerosas que las de al-

[1] Véase, por ejemplo, Hans J. Morgenthau, **Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace**, quinta edición, Nueva York, Alfred A. Knoph, Publisher, 1973, y Klaus Knorr, **Power and Wealth – The Political Economy of International Power**, Nueva York, Basic Books, 1973.

gunos de los principales países industrializados, hasta estados que escasamente reúnen el equivalente de población de una urbe mediana en un territorio de reducidas dimensiones. La aparición de estos "miniestados", producto de la liquidación del colonialismo residual en la región, hace cada vez más insostenibles las ficciones relativas a la igualdad soberana de los estados, al mismo tiempo que afecta el funcionamiento de las organizaciones internacionales en que la igualdad formal de éstos sigue siendo reconocida.[2]

El segundo elemento se refiere a la dotación de recursos y el nivel de desarrollo, puntos que han concentrado la mayor parte de la discusión sobre la coyuntura internacional, por cuanto ha sido en este aspecto que se han producido los cambios más profundos. En el caso de la región latinoamericana, las transformaciones ocurridas en la última década —especialmente el rápido surgimiento de la economía brasileña, el creciente poder financiero y nivel de desarrollo de Venezuela— apuntan, como se ha indicado anteriormente, a una mayor diferenciación de los países de la región. Con esto se comienzan a manifestar significativos síntomas de formación de subsistemas en que prevalece la influencia de los estados más poderosos: Brasil intenta conformar una periferia de estados unidos a su sistema económico; Venezuela proyecta su influencia en el Caribe y el área andina, y México hace lo propio en Centroamérica.

De esta manera, resulta evidente la interdependencia entre las políticas de desarrollo y las relaciones internacionales en la región. Si al análisis anterior se agregan las diferencias en términos de poder militar entre los estados, que en la última década parecen haberse acentuado en la región, el cuadro de diferenciación al interior de ésta queda más completo. Normalmente, el factor militar no es objeto de mayor atención en el análisis de la presunta situación de "clase media" de América Latina. Una somera observación del panorama internacional, sin embargo, revela en este aspecto la existencia de una estratificación más compleja que la inicialmente intuida a través de la noción de "posición intermedia". En América Latina, los estados que disponen de mayores fuerzas militares (y de cierta capacidad de fabricación local de armas) se encuentran bastante por detrás de otros estados que, por su posición geográfica expuesta, su participación en determinados conflictos y/o su pertenencia a sistemas de alianzas, han realizado esfuerzos militares de consideración.

[2] Las proposiciones de encarar el problema de los "miniestados" mediante la creación de la categoría de "miembro asociado" de las Naciones Unidas no han tenido apoyo suficiente. Véase Michael Gunter, "What Happened to the UN Ministrate Problem?" **American Journal of International Law**, Vol. 71, Nº 1, enero 1977, pp. 110-124.

La denominación de potencias militares intermedias se aplica con más propiedad a estos últimos países (por ejemplo, Israel, Canadá, Turquía, Taiwán, etc.) y no a los países latinoamericanos, con la posible excepción de Brasil, que desde su breve participación activa en la Segunda Guerra Mundial ha aspirado a un asiento en el círculo de las potencias militares occidentales.

Conclusión.

Sería posible continuar la enumeración de criterios de comparación para situar los estados latinoamericanos en el sistema de estratificación político-económica internacional. Dicha tarea es necesaria, pero excede los límites de este comentario.

En general, las tendencias del sistema internacional apuntan hacia una mayor diferenciación tanto en los aspectos políticos como económicos. Esto ha hecho posible el surgimiento de la concepción de América Latina como una "clase media internacional", la cual permite desarrollar —por analogía— algunas hipótesis sobre el comportamiento de los principales estados de la región. No obstante, las líneas de división del sistema internacional originadas en el período de la guerra fría, la división Norte-Sur y la existencia de diversos niveles de "poder nacional" y de diversas orientaciones político-ideológicas, configuran una gama de posiciones y situaciones nacionales en la región que es probablemente más compleja y diferenciada que en cualquier período anterior de la historia moderna de América. Ello contribuye a aumentar las oportunidades de acción internacional de los estados, al mismo tiempo que aumenta los desniveles y diferencias al interior de la región.

PROGRAMA DEL SEMINARIO

Lunes 27 de noviembre de 1978.

9.30 horas: — América Latina: ¿clase media de las naciones? Profesor Francisco Orrego Vicuña, Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

— Discusión.

11.15 horas: — El rol emergente del Japón en el marco de una nueva relación con América Latina. Profesor Chihiro Hosoya, Facultad de Derecho, Universidad de Hitotsubashi, Tokio.

— Discusión.

15.00 horas: — Reflexiones sobre América Latina. Señor Gabriel Valdés S., Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

— Discusión.

16.45 horas: — La cooperación horizontal entre América Latina y El Tercer Mundo. Profesor Guillermo Perry, Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo, Bogotá.

— Discusión.

Martes 28 de noviembre de 1978.

9.30 horas: — La redefinición de las relaciones de América Latina con los centros de poder internacional: las perspectivas del diálogo Norte-Sur. Señor Luciano Tomassini, Comisión Económica para América Latina.

— Discusión.

11.15 horas: — **La integración de América Latina como instrumento de acción internacional.** Doctor Francisco Villagrán Kramer, Vicepresidente de la República de Guatemala.

— Discusión.

Miércoles 29 de noviembre de 1978.

9.30 horas: — **El surgimiento de las potencias medias latinoamericanas y su rol internacional.** General Edgardo Mercado Jarrín, Presidente del Instituto Peruano de Estudios Geopolíticos y Estratégicos, Lima.

— Discusión.

11.15 horas: — **Las perspectivas de la relación latinoamericana con la región Asia-Pacífico.** Profesores Walter Sánchez y Francisco Orrego, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

— Discusión.

15.00 horas: — **Un rol latinoamericano en el nuevo orden internacional: la crisis de valores y estrategias.** Profesor Heraldo Muñoz, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

— Discusión.

16.45 horas: — **Las perspectivas del futuro y los modelos de estudio.** Señora Catherine Gwin, Council on Foreign Relations; Instituto Chileno de Estudios Humanísticos; Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

— Discusión.

NOMINA DE PARTICIPANTES

Sra. Pilar Armanet Armanet
Profesora
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sra. Rebeca Bordeu Schwarze
Ayudante
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sra. Gisele Delhaye
Representante
Commission des Communautés
Européennes
Delégation pour l'Amérique Latine
Avda. Ricardo Lyon 1177
Santiago

Sr. Ramón Downey Alvarado
Presidente
Instituto Chileno de Estudios
Humanísticos
Los Conquistadores 1927,
Depto. 405
Santiago

Sra. Catherine Gwin
Directora Ejecutiva del Proyecto
para 1980
Council on Foreign Relation
58 East 68 Street
New York, N. Y. 10012
U. S. A.

Padre Renato Hevia Rivas
Director
Revista Mensaje
Almirante Barroso 24
Santiago

Sr. Chihiro Hosoya
Profesor Facultad de Derecho
Hitotsubashi University
3-16-4 Chome
Midoricho
Koganei,
Tokio
Japón

Sra. Jeannette Irigoin Barrenne
Profesora
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sr. Iván Lavados
Director
CINDA
Bilbao 2626
Santiago

Sr. Alejandro Magnet Pagueguy
Profesor
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

General Edgardo Mercado Jarrín
Presidente del Instituto Peruano
de Estudios Geopolíticos y
Estratégicos
Arequipa 1032
Lima
Perú

Sr. Heraldo Muñoz Valenzuela
Profesor
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sr. Claudio Orrego Vicuña
Director
Editorial Aconcagua
Echaurren 211
Santiago

Sr. Francisco Orrego Vicuña
Director
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sr. Félix Peña
Secretario Ejecutivo
Consejo Argentino para las
Relaciones Exteriores
Pueyredón 1734 - 6º piso
Buenos Aires
Argentina

Sr. Guillermo Perry Rubio
Director Alterno
FEDESARROLLO
Calle 37 número 2027
Bogotá
Colombia

Sr. Walter Sánchez González
Profesor
Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad de Chile
Condell 249
Santiago

Sr. Andrés Sanfuentes
Director
Departamento de Economía
Universidad de Chile
Rancagua 257, Of. 1603
Santiago

Sr. Joachim Schirnding
Consejero
Embajada de Alemania
Agustinas 785
Santiago

Sr. Luciano Tomassini
Representante de CEPAL
Vitacura 3030
Santiago

General Horacio Toro Iturra
Profesor
Academia Superior de Seguridad
Nacional
Eleodoro Yáñez 2760
Santiago

Sr. Gabriel Valdés Subercaseaux
Director Regional para América
Latina del Programa de las
Naciones Unidas para el
Desarrollo
Bandera 341 - 9º piso
Santiago

Sr. Francisco Villagrán Kramer

Vicepresidente de la República
de Guatemala
Consejo de Estado República de
Guatemala
3ª Calle "B" 7-59 Zona 10
Guatemala

Sr. Edgar Villanueva Vargas

Jefe del Estado Mayor del
Vicepresidente de Guatemala
4ª Calle 8-17 Zona 2
Guatemala

Sr. Manfred Wilhelmy von Wolff

Profesor
Instituto de Ciencias Sociales
Universidad Católica de
Valparaíso
Av. Brasil 2950
Valparaíso

Padre Mario Zañartu

Profesor Investigador
Departamento de Economía
Universidad de Chile
Rancagua 257, Of. 1603
Santiago

AMERICA LATINA:
¿CLASE MEDIA
DE LAS NACIONES?

se terminó de imprimir en el mes de
julio de 1979 en las prensas de
Talleres Gráficos Corporación Ltda.
Alonso Ovalle 748
Santiago de Chile